

BAUDELAIRE

LAS FLORES DEL MAL



Lectulandia

Las flores del mal es el más difundido de los libros de poemas, cuando menos en Occidente. Aunque poco celebrado en el momento de su publicación, en 1857, desde la muerte de su autor su impacto fue creciendo, dominando a través de los simbolistas el fin de siglo pasado y erigiéndose luego, con el surrealismo, en una piedra angular del edificio moderno.

Charles Baudelaire

Las flores del mal

ePub r1.0

Titivillus 25.10.2024

Título original: *Les Fleurs du mal*
Charles Baudelaire, 1857
Traducción: Ángel Lázaro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

EL POETA DE «LAS FLORES DEL MAL»

LA mejor prueba de que un poeta está vivo es que un editor reedite sus versos. Dentro de cuatro años se cumplirán los cien de la muerte del poeta Charles Baudelaire. ¿Cuántas ediciones se han hecho desde entonces de Las flores del mal? Tal vez se ha perdido ya la cuenta. Tan numerosas son.

No. No es cierto que los libros de versos no se lean; lo que ocurre es que entre la selva formada por quienes hacen versos —los poetas voluntarios, como les llamó Juan Ramón— es raro encontrar al auténtico poeta. Actualmente, por ejemplo, hay en España una verdadera selva de poetas líricos. Está bien ese entusiasmo por la poesía; pero sería pueril creer que, por bien que estén los versos de todos ellos, son todos poetas. El poeta es una flor rara. Ser poeta no consiste en tener más o menos talento; se puede incluso —como decía Ramón Gómez de la Serna—, se puede ser tan poeta, que ni siquiera se necesite escribir versos para serlo; en cambio, por buenos versos que haga quien no sea poeta —que es cosa de «ser» y no de «saber»— nunca se le podrá considerar dentro de la cofradía en la que se entra porque sí, es decir, por derecho de indudable autenticidad, o no se entra de ninguna otra manera.

Y, cosa curiosa, es la gente, es el público, es el lector desconocido el que, al cabo, canoniza al poeta, el que lo lee en vida y el que lo consagra muerto, por muy exquisito o muy de minorías que haya podido parecer en algún momento. El caso de Rubén Darío en lengua española y el caso de Charles Baudelaire en lengua francesa, son bien elocuentes a este respecto. ¿Quién no los lee, quién no los conoce? Más recientes están en España los casos de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado; ninguno de los dos ha tenido necesidad de conceder nada al llamado vulgo para que hoy su poesía sea conocida de todos. Y si no su poesía, sí sus nombres como tales poetas.

La poesía gusta y llega no sólo a los iniciados. Y no es cierto que los versos no tengan lectores. Nadie explicaba mejor esto que el director de una famosa revista española que, sin saberse por qué, dejó de publicar versos en sus páginas.

—¿Pero de verdad que no hay lectores para la poesía? ¿De verdad que el público no quiere versos? —le preguntó un colaborador.

—Voy a decirle a usted la verdad. Lo poesía verdadera, los buenos versos sí que gustan, como han gustado siempre; a unos lectores más que a otros, claro está, pero lo suficiente para que yo siguiera publicando versos en la revista. Lo que ocurre es que si publico los versos buenos, los de la media docena de poetas con que, en verdad, puede contarse, y acaso me estiro un poco, tengo que publicar también todo el montón de versos que con recomendaciones y presiones de toda clase me cae encima... «¿Es que no ha publicado usted los versos de fulano?», alegan cuando no los publico. ¿Y cómo le digo al que reclama que fulano es un poeta y que él no lo es? ¿Cómo le digo que sus versos pulidos, alambicados, semejantes a los de docenas de jóvenes —a veces no tan jóvenes— iguales que él, no valen lo mismo que los de fulano? Por eso he decidido no publicar versos. Y la razón que doy es que no tienen lectores.

Es lástima que los simuladores, los eternos amateurs del verso, hayan acabado con los versos en las revistas editadas «para todo el mundo»; porque, con ser útiles y necesarias las revistas de grupo, los cuadernos de poesía para sólo una minoría de lectores, es indudable que no hay poeta «consagrado» si no es conocido incluso por quienes no han leído sus versos.

Charles Baudelaire es uno de estos poetas. Habladle a cualquiera de Las flores del mal; podrá haber leído o no haber leído a Baudelaire, pero sabe que existe o existió un poeta que escribió unos versos llamados así, y, si no todos sus poemas, alguno, o algún verso suelto ha llegado a sus oídos.

Esto, en cuanto al lector anónimo. Porque en lo tocante a la estimación, a la fama, a la gloria que Baudelaire ha conquistado dentro de los medios literarios más exigentes, puede decirse que no más de ayer mismo, en el número de primero de agosto de 1963, Les Nouvelles Littéraires, de París, dedicaba un largo artículo de entrada al gran poeta francés.

Baudelaire está ahí, para las minorías y para la inmensa mayoría que ha ido devorando edición tras edición, no sólo para los lectores franceses sino de otras lenguas a las que ha sido traducido. ¿Ocurrió así con Baudelaire en vida?

Hemos llegado al punto de su biografía, aunque la biografía de un poeta lírico está en sus versos, y para saber lo que fue la vida de Baudelaire —toda su vida, con entrega total— nada mejor que leer los versos que integran este libro.

«Tomad y leed, ésta es mi sangre», pudiera decir el poeta, imitando a Jesús, al ofrecernos su obra, esta hermosa, abundante, milagrosa cosecha de sus poemas.

** * **

Nace Charles Baudelaire en el mes de abril de 1821, en París. Quien iba a ser su padre, François Baudelaire, había casado a los sesenta años en segundas nupcias (1819) con Caroline Archimbaut-Dufays, que cuenta veintiséis y que había nacido en Londres. A los seis años del nacimiento de Charles muere el padre, el buen francés que desempeña un importante cargo administrativo en el senado. Al año siguiente contrae de nuevo matrimonio la joven viuda, esta vez con el coronel Jacques Aupick.

A los doce años, el niño es internado en el Colegio Real de Lyon; a los quince, el padrastro logra que sea admitido en el Collège Louis-le-Grand, de París; Charles obtiene un premio por una traducción de versos latinos; a los diecisiete hace las primeras amistades literarias; a los dieciocho es expulsado del Collège Louis-le-Grand; a los diecinueve está complicado amorosamente con una joven judía llamada Sarah, inspiradora al parecer de cierto poema; a los veinte años, el coronel Aupick, preocupado por el carácter independiente del joven Charles, lo mete en un velero anclado en Burdeos y lo envía rumbo a Calcuta... En una escala en la isla Bourbon —o Reunión— el joven queda encantado por el paisaje tropical y se resiste a continuar el viaje. Esa estancia allí, de un año aproximadamente, fue decisiva, a nuestro juicio, para su vida y su obra.

¿Qué ha pasado durante los años de infancia? Nadie mejor que el poeta podrá decírnoslo cuando escribe después:

*«porque desde mi infancia lejana he conocido
la risa sin motivo y los sombríos llantos».*

El niño no había sido feliz con su padre postizo, no porque éste fuera cruel, ni siquiera rudo con el muchacho, sino seguramente porque había en él una sensibilidad singular: había nacido poeta... Basta leer su poema «Bendición» para saber lo que Baudelaire piensa del nacimiento y la infancia del poeta, es decir, de la aparición de esa peregrina criatura que es el nacido poeta, en este mundo que él viene a cantar, a descubrir maravillado, por lo cual a veces ha de ser mirado con curiosidad, o con burla, o con recelo,

como esos forasteros —¿no es siempre un poco forastero el poeta en este mundo?— que recorren la gran ciudad asombrados de todo.

Charles Baudelaire, veinte años, en la cubierta de un velero, desde Francia, rumbo a la India... ¿No empieza aquí el poeta verdadero? Solamente un año escaso dura, como decimos, la estancia de Charles en la isla lejana, donde ha escrito su soneto A una dama criolla («A une dame créole»), que es ya un poema admirable.

En febrero de 1842 regresa a Francia a bordo de L'Alcide. Tiene veintiún años; en el viaje escribe su gran poema El albatros, el poema por el que Baudelaire es ya un gran poeta; el poema que lo define más que otro ninguno; el poema que, una vez leído, nos hace ir a buscar ya todos los otros versos del poeta, toda su obra; el poema que tira siempre de nosotros; el más puro, el más noble, el más completo, porque es aquel en que el poeta se retrata, se deja para siempre a sí mismo. Y si Baudelaire no hubiera escrito más que este poema, estaría ahí como está, verbigracia, Jorge Manrique en la poesía española por sus solas «Coplas» a la muerte de su padre, o más tarde Bécquer por una sola de sus «Rimas». Hubiera muerto allí, a los veintiún años, Charles Baudelaire, y El albatros, y con él el nombre de su autor, sería inmortal.

Ése es el poeta.

* * *

Aquel viaje y aquella permanencia en una tierra exótica serían ya a lo largo de la vida y de la obra de Baudelaire algo decisivo. Un año escaso, no más, y ya para siempre queda en el espíritu del poeta una huella que ha de atravesar su obra. ¿De qué modo?

Decía Flaubert que para describir una siesta tropical no había como sentarse en una tarde de invierno ante una chimenea con troncos encendidos. Pues bien: cuando leemos Cuadros parisienses, de Baudelaire, y nos maravillamos ante sus descripciones de la gran ciudad, que él pinta en su despertar, en sus muchedumbres que bullen en las calles céntricas, o en los viejos borrachos que van dando tumbos por los arrabales, cuando se extasía ante sus ocasos, o se acurruca como un gato voluptuoso tras las cortinas en su gabinete de París, adivinamos al poeta soñando, recordando o imaginando todo eso bajo los cocoteros lejanos, apenas salido de la adolescencia; y de tal modo el otro paisaje —el del trópico— se le acerca cuando retorna a lo suyo, que siempre, hasta el final, como en su poema A

una malabaresa, está viendo en París lo distante, y siempre como queriendo volver allá, es decir, vuelta su nostalgia a aquello mismo que le hizo un día sentir la otra nostalgia, la de su patria, la de su tierra, la de su paisaje, y la de todo ese mundo que vemos latir a lo largo de sus versos.

Trazad imaginativamente una línea desde El albatros y A una dama criolla hasta A una malabaresa y advertiréis esa constante en la obra del poeta. En su retrato espiritual, en esa autobiografía que son sus versos, tal línea está perfectamente clara, a nuestro juicio.

¿Es que su mismo enamoramiento de Juana Duval, la mulata que hemos de ver immortalizada una y otra vez en cada poema, no es como la sostenida nostalgia que el poeta experimenta, hundido hasta el pecho en el lodo de París, por las tierras donde las mujeres tienen piel color de tabaco y se mueven con ritmo y languidez que parecen los del cocotero acariciado por la brisa?

Con todas las perversiones, los refinamientos, las exquisiteces sensuales que pueda haber en los versos que inspira esta «venus negra», hay por debajo un puro recuerdo de adolescencia. Y la lealtad que Baudelaire profesa a esta mujer, de la que cuida hasta el último momento, cuando ya ella está vieja y enferma, demuestra esa pureza de sentimientos que no puede provenir más que de aquella pura juventud arrancada de sus raíces, de su ambiente, de la patria, en suma, en un velero que ha de llevarlo a mares remotos.

Esta ternura que, repetimos, ha de salvar a Baudelaire de toda caída definitiva, aunque se familiarice con los antros que luego ha parodiado, sin saberlo, el existencialismo francés de última hora, si bien, claro está, no con la belleza y el estremecimiento del autor de «Les fleurs du mal» —el «nuevo estremecimiento», de que hablaba Víctor Hugo—, esta ternura, decimos, que está, entre otros, en su poema Las viejecitas, y en El amor del engaño, donde recuerda a la vieja sirvienta cuyos despojos estarán tiritando comidos del gusano, y a cuya tumba quisiera él llevar unas flores, es la ternura de la niñez, es aquel sentimiento de la pura adolescencia con que Baudelaire veía al pobre albatros cazado sobre cubierta, sufriendo las burlas y las torturas de los marineros—, y, como según Ortega y Gasset, a propósito de la condesa de Noailles, «la poesía es adolescencia fermentada y así conservada», vemos en Baudelaire cumplirse la definición orteguiana, vemos la adolescencia hedía poesía, el fermento milagroso que ha de convertir en materia poética cuanto toca.

¿Cómo se explica, por tanto, la blasfemia, el satanismo, lo que se ha llamado también la perversidad bodeleriana? Hay que estar muy desesperado para blasfemar como lo hace Baudelaire en ocasiones. Pero esa misma desesperación, ese mismo blasfemar y maldecir de este «poeta maldito» nos está diciendo su inconformidad con la fealdad del mundo que le rodea, nos está revelando la aspiración a lo infinitamente bello y lo infinitamente bueno, y es, a su manera, un camino de perfección, porque Baudelaire siempre acaba por encontrar a Dios, siempre acaba por encontrar el bien, la pureza. En su más «condenable» poema, el de Mujeres condenadas, acaba él mismo por pronunciar la sentencia, por lanzar la condenación, como poseído de un divino designio, y vemos al Espíritu descender sobre todas las aberraciones, sobre todos los desvaríos, sobre todos los delirios de la carne y de la sensualidad.

Baudelaire, en Castilla, hubiera cantado a la manera del Quevedo que dice «polvo seré, mas polvo enamorado», o como la Teresa de Cepeda del «muero porque no muero».

Pero es curioso que, mientras la seca, alta y desnuda meseta castellana transforma el frenesí de la sensualidad en puro espíritu, en el delirio con Dios o en el platónico arrobamiento con que don Quijote ama a Dulcinea, la rica y jugosa tierra francesa —«mollar y tibia», cantó Unamuno— transforme la exacerbación y el frenesí sensual —sensual y erótico en su más genuina acepción, es decir, como fiesta de los sentidos y culto amoroso— en este estremecimiento voluptuoso, en este erotismo sublime que Baudelaire representa —sublime en él, deleznable en sus malos imitadores—, que nos parecería a veces corruptor, si no fuera la expresión de un espíritu torturado en la búsqueda de lo eterno, a través de todos los paraísos, todos los purgatorios y todos los infiernos de este mundo.

A este respecto, observad que Baudelaire siempre acaba por refugiar su cabeza, harta de tantos senos voluptuosos, en el regazo de la eternidad.

** * **

Seguir paso a paso, en fechas, en detalles, en pequeños sucesos la vida de Baudelaire, no es nuestro propósito.

Nos parece, insistimos, que la vida del poeta, y más de un poeta como Baudelaire, está en sus versos. Es más: sería un error en ocasiones tomar por vida lo que no es sino apariencia cotidiana y vulgar de la vida verdadera; hay innumerables cosas que un poeta hace a lo largo de su vida porque no le

queda más remedio que hacerlas, y que enumeradas, no harían sino desfigurar su verdadera biografía, su semblante verdadero. «Aquél no era yo», podría decir de sí mismo revisando muchas acciones de su pasado, muchas obligaciones que no estaban en la vocación y que encubrieron, en su momento, la autenticidad del ser, el modo esencial del poeta.

Por eso, nos parece un juego pueril y poco útil para conocer a un poeta, dar un tironcito de cordel a la cometa maravillosa que ha elevado en el cielo, y traerla a la realidad de su vida, cada vez que él, para redimirse precisamente de la fealdad y la prosa que lo rodea, traza en el azul un giro deslumbrante, logra una evasión milagrosa, describe un asombroso vuelo, realiza, en fin, su verdadera vida, apresando la realidad ideal del poema que ha de dar fe de que verdaderamente ha vivido.

Este dejarse un trozo de sí mismo en cada poema, este comunicar al verso la propia sangre, para dejarla en él, cálida, palpitante, es la forma de la inmortalidad. Y cada vez que leemos un poema de Baudelaire, tenemos al hombre retratado de cuerpo entero ante nosotros, y, más aún, tenemos su corazón estremecido y su espíritu trasfundido al verso.

Pero hay que decir ineludiblemente algunas cosas: no fue comprendido de todos sus contemporáneos en la medida de su valor. Hoy, sin embargo, es el más «popular» —llamémosle así—, no sólo en Francia sino en el mundo, con una popularidad que llega hasta quienes no lo han leído, o que le conocen por malas referencias, esto es, por lo que en Baudelaire pueda haber de pecado. Otros poetas franceses, Ronsard, Mallarmé, Musset, Verlaine, han quedado, naturalmente, y han influido y siguen influyendo tal vez en los poetas de aquí y de allá; pero sólo Las flores del mal, aunque quien las miente desconozca el nombre del autor, están en labios de todos. Ciertamente lo logran también, a veces, obras deplorables, pero cuando se produce la coincidencia de la popularidad en la gran obra de arte, cuando, como ante el Pórtico de la Gloria compostelano, se extasía el aldeano y el ilustre, es que el genio se haya presente. Y la presencia de Baudelaire es la presencia del genio.

Que no gozase de la consagración que hoy tiene, no quiere decir que Charles Baudelaire no fuera conocido, loado, respetado, y perseguido también, que es una forma de la gloria (perseguido y encausado por jueces que estimaron condenables algunos de sus poemas y le armaron el proceso consiguiente) durante su vida.

Es París, es la villa de esplendores y miserias, el marco de esta vida, con escapadas al campo, a la naturaleza que él amaba como otras cosas

mayúsculas: amor, arte... Y en este punto, él ha de ser un crítico de arte admirable, animador de pintores que luego serían famosos, figura familiar en teatros, exposiciones y salas de concierto. Viste con elegancia inconfundible, la misma que hay en sus versos: es cuidadoso en extremo de su aseo personal.

Las mejores revistas y los diarios más importantes publican sus versos y sus críticas de arte, pese al escándalo que en algún momento suscita el nombre del poeta. ¿No hay en Baudelaire una complacencia íntima en escandalizar a aquellos por quienes se sabe no del todo comprendido?

Tal vez fue Juana Duval quien mejor le comprendió en algún instante. Nunca, naturalmente, el coronel Aupick, su padrastro, que lo embarca hacia Calcuta casi un niño, ni la pobre señora Caroline Archimbaut-Dufays, en cuyos brazos, ya viuda de Aupick, muere el poeta en París, el día 31 de agosto de 1867. Tenía, pues, cuarenta y seis años.

Por caprichos del sino, el poeta es enterrado en el cementerio de Montparnasse, al lado mismo de su padrastro, «el hombre que él había odiado más en la vida», como si un castigo doméstico le persiguiera al tomar contacto definitivo con la tierra, él, que había hecho todo lo posible y lo imposible por libertarse de lo cotidiano.

Después de su muerte, *Las flores del mal* es como un lugar obligado de peregrinación de todo lector de libros, algo así como las torres de Notre Dame en el itinerario de París y en la imaginación de cuantos sueñan con verlo.

* * *

Aquí están sus versos. Aquí tiene el lector de habla castellana todo Baudelaire, aquí se le ofrece *Las flores del mal* íntegramente, aquí está ese libro buscado, o leído en parte, o del que se ha oído hablar; el que esconden con cierto guiño travieso las lectoras que gustan de lomar estos versos por donde queman; pero también el obligado para el literato profesional, el lector enterado, selecto, que sabe que *Las flores del mal* no puede faltar en ninguna antología de obras maestras, verdaderamente inmortales.

¿Cuál ha sido nuestra norma y nuestro empeño al realizar verso a verso su traducción? He aquí la aprobación que quisiéramos; he aquí el juicio a que aspiramos: a que esta traducción de *Las flores del mal* parezca una obra escrita originalmente en castellano.

ÁNGEL LÁZARO.

Prólogo

No sé si Charles Baudelaire es el más conocido de los poetas modernos pero estoy convencido de que Las flores del mal sí es el más difundido de los libros de poemas, cuando menos en Occidente. Aunque poco celebrado en el momento de su publicación, en 1857, desde la muerte de su autor su impacto fue creciendo, dominando a través de los simbolistas el fin de siglo pasado y erigiéndose luego, con el surrealismo, en una piedra angular del edificio moderno.

Ningún otro poeta ha tenido tal continuidad ni ha gozado del fervor de tantas generaciones sucesivas. Las flores del mal ha fascinado a multitud de lectores; pero para sucumbir a la seducción de Baudelaire la primera lectura de sus poemas ha de hacerse desde la juventud. Quien acceda al texto con posterioridad puede admirarlo literariamente aunque es difícil que acepte el arrebató propuesto. Puede calibrar la técnica, disfrutar de la extraordinaria imáginería y del humor corrosivo; no será, sin embargo, cómplice.

Para ser cómplice de Baudelaire y emprender la aventura por sus flores es necesaria una disposición de espíritu no maleada todavía por la brutalidad de la experiencia. En este caso puede desarrollarse un entero ciclo a lo largo del cual el buen lector quedará prisionero, al inicio, de los hechizos y espejismos baudelairianos para, después, emanciparse de ellos, denunciando su trampa. El tercer estadio, el de la madurez en la lectura, proporcionará la ecuanimidad, desvaneciendo las quimeras adolescentes y redescubriendo la genialidad de una imaginación única. Al final de la aventura el iniciado conocerá la diversidad y riqueza de los perfumes absorbidos.

Paradigma de la poesía moderna, Las flores del mal es un libro voluntariamente «clásico» en su concepción, con un enorme rigor estilístico y una arquitectura formal poco usuales. En este sentido encierra en su quintaesencia el talante paradójico de Baudelaire quien, si bien era un lúcido perceptor de las tendencias de la vida moderna, no ocultaba su deseo de ser «antiguo».

A este respecto, la posición del poeta francés es siempre inevitablemente dual, como él mismo teoriza en uno de sus principales ensayos, El pintor de la vida moderna; de un lado, dirigiéndose hacia la captación de lo efímero y contingente y de otro, reflejando una explícita voluntad de trascendencia. Desde el punto de vista formal también su poesía responde a esta tensión, de manera que su honda renovación de lenguaje poético, que le lleva a incorporar en sus obras un lenguaje urbano, no desmiente su inclinación por el gusto clásico.

La modernidad para Baudelaire implica poner de relieve las contradicciones, a menudo violentas, de la vida moderna. En esta perspectiva, Las flores del mal representa un arco de imágenes maravillosamente tenso. Y la flecha, una vez disparada, vuela directamente al corazón de la conciencia moderna haciendo estallar sus múltiples hipocresías.

Así puede comprenderse la relación de amor y odio del poeta con casi todos sus temas. La ciudad es el escenario imprescindible del nuevo artista, donde brota la materia prima y la memoria, pero también es un territorio hostil en el que se embrutece multitudes anónimas y en el que se disuelve cualquier asomo de armonía. Paralelamente, el progreso, con sus secuelas industriales y técnicas, es un monstruo devorador que engulle a sus víctimas mientras les ofrece felicidad.

El conjunto de paradojas baudelafricanas halla su más alto simbolismo en la exaltación, plástica pero también metafísica, del Mal, presentado no sólo como espacio destructor de la hipocresía del Bien sino también paisaje de huida con respecto a las cadenas de la realidad y del tiempo. En este sentido las flores malignas brotan de semillas fugitivas.

La conquista de lo nuevo, motivo central de Baudelaire, como subraya en el verso final del poema El viaje, es precisamente la vía de escape. Lo nuevo es lo todavía no configurado, no moldeado, lo que se substrahe a la pesadez del ser y de las horas, a los siniestros demonios que para el poeta tenían nombre propio: lo irreparable, lo irreversible, lo irremediable. Lo nuevo es el trayecto de la imaginación antes de llegar a puerto.

Las grandes imágenes de Las flores del mal surgen de esta lógica. Las periferias son preferidas al centro; los exotismos prevalecen sobre la civilización; la perversidad sensual se impone sobre la anodina moral de los normales. Al fondo, en un fondo que huye siempre como si fuera una escenografía fantasmagórica, más allá de la realidad, flotan, prometedores,

los paraísos artificiales que Baudelaire invoca con más entusiasmo que convicción.

Pero la contrapartida de los paraísos, el tedio, está situado en el primer plano de la vida. Nada teme tanto Baudelaire como el tedio, la monotonía, la rutina de una sociedad moralmente autosatisfecha. Contra ellos dispara, a la manera de flechas, sus flores del mal. A menudo con desespero: hasta construir una obra maestra.

RAFAEL ARGULLOL

Charles Baudelaire

Las flores del mal

Dedicatoria

Al poeta impecable, al perfecto mago de las letras francesas, a mi muy querido y venerado maestro y amigo Théophile Gautier, con los sentimientos de la más profunda humildad, dedico estas flores enfermizas.

CH. B.

Al lector

La necedad, el yerro, la culpa, la codicia,
upan nuestro espíritu, trabajan nuestro cuerpo,
como los mendigos se nutren de miseria,
sotros nos nutrimos de los remordimientos.

Nuestro pecado es terco, la contrición, cobarde;
s hacemos pagar muy bien lo confesado,
creyendo lavar con vil llanto las culpas,
s volvemos alegres al camino de fango.

En la almohada del mal es Satán Trimegisto
que sabe mecer y embrujar nuestra alma,
el precioso metal de nuestra voluntad
aporar su mano químicamente sabia.

El diablo es quien maneja los hilos que nos mueven.
ractivo encontramos en lo más repugnante;
da día al infierno descendemos un paso
r tinieblas hediondas y espantosos lugares.

Igual que un libertino que besara y mordiese
seno maltratado de una vieja ramera,
amos al pasar un placer clandestino
e exprimimos lo mismo que una naranja seca.

Espeso, hormigueante, como un millón de helmintos,
pueblo de demonios hierve en nuestro cerebro;
cuando respiramos baja a nuestros pulmones,
mo un río invisible, la muerte, el paso quedo.

Si el estupro, el veneno, el incendio, el puñal,
han bordado hasta ahora dibujos a capricho
este cañamazo que destino llamamos

¡ay!, porque no somos lo bastante atrevidos.

Pero entre los chacales, las panteras, los lince,
¡monos y escorpiones, los buitres, las serpientes,
¡monstruos aulladores, rampantes, gruñidores,
esa fauna horrible del vicio, ¡uno aparece

más feo todavía, más malo, más inmundo!
¡gesticulaciones, sin lanzar grandes gritos,
¡cuerpo, por su gusto, de la tierra un despojo,
tragaría el mundo de un bostezo infinito:

¡es el tedio! Él nos llena de llanto sin motivo,
fumando su pipa, imagina cadalsos.
¡conoces, lector, al delicado monstruo
hipócrita lector—, —igual a mí—, ¡mi hermano!

Spleen e ideal

I

Bendición

Cuando, por un decreto de potencia suprema,
poeta aparece en este mundo hastiado,
pantada la madre, dolorida, blasfema,
spa el puño hacia Dios, que la mira apiadado.

«¡Ah!, un nido de serpientes mejor haber parido,
tes que amamantar esta pobre irrisión.
aldita sea la noche de placer fementido
que mi propio vientre concibió la expiación.

Pues entre las mujeres sólo a mí me escogiste
ra ser repugnada por mi propio marido,
no puedo a las llamas arrojar este triste
como carta de amor—, este monstruo encogido,

yo he de hacer recaer tu odio inacabable
bre el hijo maldito, con odio de mujer;
torceré con saña este árbol miserable
ra que así sus ramas no puedan florecer!»

Ella la espuma así de su odio revela;
puede comprender los designios eternos,
enciende del infierno, en tanto se desvela,
piras consagradas a crímenes maternos.

Pero en tanto de un ángel baja la sombra leve,
niño condenado ante el sol se extasía,
en todo lo que come y en todo lo que bebe
lla el néctar bermejo y encuentra la ambrosía.

Y juega con el viento, charla con el celaje,
se embribe cantando camino de la cruz;

espíritu síguelo en su peregrinaje
lora al verlo alegre cual pájaro en la luz.

Todos a quienes ama le observan con recelo,
bien se desazonan con su tranquilidad,
scando la manera de causarle algún duelo
acer en él la prueba de su ferocidad.

En el pan y en el vino destinado a su boca
os mezclan ceniza e impuros salivazos;
solapadamente derriban cuanto él toca,
o acusan de haberse interpuesto en sus pasos.

Su mujer, deslenguada, en público atestigua:
ues me encuentra tan bella que me quiere adorar,
seré para él como una diosa antigua,
en oro, como ella, me tendrá que dorar.

Y de nardo embriagarme, y de mirra y de incienso,
le genuflexiones, de manjares y vinos,
ra saber si aún de un corazón inmenso
edo esperar, riéndome, homenajes divinos.

Y cuando quede hastiada de esas farsas impías,
mano fuerte y frágil en su pecho pondré,
con mis uñas, uñas cual las de las arpías,
sta su corazón un camino abriré.

Como un pequeño pájaro que tiembla y que palpita,
corazón sangrante yo le habré de arrancar,
para que se sacie mi bestia favorita,
r tierra, con desdén, se lo habré de arrojar».

Al cielo, en que sus ojos ven un trono translúcido,
eno alza el poeta sus dos manos piadosas,
os vivos relámpagos de su espíritu lúcido
ocultan la mirada de las gentes furiosas.

«¡Sed bendito, Dios mío, que dais el sufrimiento,
al divino remedio, a nuestras impudicias,
í como el mejor, el más puro alimento

e prepara a los fuertes a las santas delicias!

Yo sé que vos guardáis un lugar al poeta
las filas hermosas de angélicas legiones
en la gloriosa fiesta que lo eterno interpreta
tronos, de virtudes y de dominaciones.

También sé que el dolor es la única nobleza
e jamás ni la tierra, ni infiernos morderán;
ra mí una corona de mística belleza
r todo el universo los tiempos tejerán.

Ni las joyas perdidas de la antigua Palmira,
s metales preciosos, las perlas de la mar,
n por vos engarzadas, sin provocar tu ira,
sa bella diadema podrían igualar.

Pues no estará formada sino de lumbre pura,
grada hoguera de milagrosos reflejos.
r la cual los mortales, a su celeste albura,
son sino enturbiados, desvaídos espejos».

II

El albatros

Suelen, por divertirse, los mozos marineros
zar albatros, grandes pájaros de los mares
e siguen lentamente, indolentes viajeros,
barco, que navega sobre abismos y azares.

Apenas los arrojan allí sobre cubierta,
íncipes del azul, torpes y avergonzados,
ala grande y blanca aflojan como muerta
a dejan, cual remos, caer a sus costados.

¡Qué débil y qué inútil ahora el viajero alado!
, antes tan hermoso, ¡qué grotesco en el suelo!
n su pipa uno de ellos el pico le ha quemado,
o imita, renqueando, del inválido el vuelo.

El poeta es igual... Allá arriba, en la altura,
né importan flechas, rayos, tempestad desatada!
sterrado en el mundo, concluyó la aventura:
is alas de gigante no le sirven de nada!

III

Elevación

Por encima de lagos, de valles y praderas,
montañas, de bosques, de nubes y de mares
r más allá del sol, de rutas estelares,
ís allá del confín de remotas esferas,

¡oh tú, espíritu mío!, te mueves ágilmente
mo el buen nadador se mece en libertad
rcando alegremente la azul inmensidad,
a indecible dicha gozando virilmente.

Evádete muy lejos de enfermizos miasmas,
be a precipitarte al aire superior,
ebe como un puro y divino licor
claro fuego que ahuyenta los fantasmas.

Después de los hastíos y de las hondas penas
e abruman con su peso la existencia dudosa,
iz aquel a quien un ala vigorosa
iza hacia las regiones radiantes y serenas.

Tú que, al igual que alondras, elevas tus ideas
el cielo matinal en un vuelo saludas,
mprendes sin esfuerzo, sobre las cosas feas,
habla de las flores y de las cosas mudas.

IV

Correspondencias

Naturaleza es templo donde vivos pilares
van salir a veces una palabra oscura;
entre bosques de símbolos va el hombre a la ventura,
símbolos que lo miran con ojos familiares.

Igual que largos ecos lejanos, confundidos
una tenebrosa y profunda unidad,
está como la noche y cual la claridad,
responden perfumes, colores y sonidos.

Así hay perfumes frescos cual mejillas de infantes,
dulces como praderas, dulces como el oboe,
hay otros corrompidos, estridentes, triunfantes,

de una expansión de cosas infinitas henchidos,
como el almizcle, el ámbar, el incienso, el aloe,
se cantan los transportes del alma y los sentidos.

V

Las épocas lejanas me encanta recordar
que a Febo placía las estatuas dorar.
Cuando mujer y hombre en plena agilidad
zaban sin engaño, perfidia ni ansiedad,
le su noble máquina, bajo el cielo amoroso,
salud pregonaban en un juego armonioso.
beles era entonces fértil y generosa,
creía a sus hijos una carga onerosa;
da de corazón henchido de ternuras,
tría al universo con sus ubres oscuras.
gil y fuerte el hombre, podía en buena ley
esidir las bellezas que lo hacían su rey;
itos, de todo ultraje vírgenes, sanos, puros,
citando al mordisco en sus dientes maduros.

Pero hoy, cuando el poeta pretende imaginar
la aquella grandeza en donde contemplar
desnudez del hombre y la de la mujer,
nte que un negro frío quiere su alma envolver.
el cuadro que contempla le causa tal espanto,
e sobre él pusiera piadosamente un manto.
h, qué torsos enclenques, qué monstruosos desnudos!
h, qué cuerpos, torcidos, flácidos y ventrudos!
rque el dios de lo útil, implacable y severo,
ños aún, los envuelve en pañales de acero.
¡ay!, vosotras mujeres, pálidas como cirios,
rrompidas, roídas, que un día fuisteis lirios,
hora arrastráis la herencia de la maternidad
as deformaciones de la fecundidad.

Tenemos, es verdad, naciones corrompidas,
los antiguos pueblos, bellezas no sabidas;
stros roídos por llagas del corazón

bellezas que tienen lánguida sugestión.
as esas invenciones de unas musas tardías
podrán impedir al correr de los días
e las razas enfermas, decadentes, del mundo
a juventud rindan homenaje profundo.
la juventud santa, simple, de dulce frente,
de la mirada límpida como clara corriente,
que va a todo dándose así, sencillamente,
como el azul del cielo, las aves y las flores,
sus perfumes, sus cantos y sus dulces calores.

VI

Los faros

Rubens, río de olvido, jardín de la pereza,
rnal almohada donde es imposible amar,
ro donde la vida emana su belleza
mo el aire en el cielo y la mar en la mar.

Leonardo es un espejo de luz que no se nombra,
nde ángeles esbeltos, de sonrisa exquisita,
rgada de misterio, se ven bajo la sombra
glaciares y pinos que el paisaje suscita.

Rembrandt, triste hospital, murmullo solamente,
n un gran crucifijo tan sólo decorado,
donde la laceria es un rezo llorado
que un rayo de sol traspasa de repente.

Miguel Ángel, los Hércules con increíbles músculos,
ezclados con los Cristos, seres para los miedos,
ntasmas poderosos que en los lentos crepúsculos
sgarán sus sudarios con estirar los dedos.

Impudicias de fauno, iras de luchador,
que supiste hallar del pillo la delicia,
razón orgulloso en rostro de ictericia,
get, de los galeotes pálido emperador.

Wateau, de corazones ilustre carnaval,
e como mariposas vagan centelleando
decorados donde lucernas de cristal
lejan la locura de los que están danzando.

Goya, todos los monstruos, todas las pesadillas;
aquelarres, fetos que se están cocinando;

ejas ante el espejo, y desnudas chiquillas
e tientan al demonio sus medias ajustando.

Delacroix, lago rojo, de ángeles malos lleno,
r un bosque de abetos siempre verde, sombreado,
donde, bajo un cielo gris, fanfarrias sin freno
san igual que un Weber apenas suspirado.

Estas blasfemias, estos llantos y maldiciones,
os éxtasis, gritos, tedéum estremecido,
n. un eco por mil laberintos venido,
e es como opio divino para los corazones.

Un grito que repiten mil y mil centinelas,
nsigna por millares de voces transmitida,
un faro que alumbra sobre mil ciudadelas,
umor de muchedumbre en un bosque perdida.

Porque es, Señor, el sumo testimonio que pueda
recer nuestra humilde, contrita dignidad:
e ardiente sollozo que por los siglos rueda
ra morir al borde de vuestra Eternidad.

VII

La musa enferma

Mi pobre musa, ¡ay!, ¿qué ocurre esta mañana?
Sus ojos están llenos de delirios nocturnos,
No puedo reflejarse en tu tez con desgana
Locura, el horror, fríos y taciturnos.

El súcubo verdoso o el duende sonrosado,
¿Se volcaron el miedo y el amor de sus urnas?
¿Es que la pesadilla como un puño apretado
Oprimió hasta anegarte en lágrimas nocturnas?

Quisiera que de olor de salud saturado
Llenara de ideas fuertes tu seno frecuentado,
Que en tu sangre cristiana el ritmo de ola hubieses,

Y las antiguas sílabas de numerosos sonos
Donde reina el padre de todas las canciones:
El viento y el viejo Pan, que es señor de las mieses.

VIII

La musa pobre

Tú, mi musa querida, que adoras los palacios,
¿verás cuando se acerquen los cierzos desatados,
las noches de invierno —¡oh alfombras y topacios!—,
¿verás que caliente tus pobres pies morados?

¿Reanimarás entonces tus bellos hombros fríos
los nocturnos rayos, cubierta con su tul?
al sentir con tu estómago los bolsillos vacíos,
¿recogerás el oro de la bóveda azul?

Es necesario, musa, ganar el pan diario,
como el niño del coro mover el incensario,
sin mucho creer los tedéum cantar.

O, saltimbanqui ayuno, tu destreza mostrando
con una sonrisa la lágrima ocultando,
¿verás de esparcimiento a la gente vulgar.

IX

El mal monje

De los claustros antiguos sobre los grandes muros,
ostrábase en retablos la sagrada verdad,
e al penetrar caldeando los corazones puros
viaban él frío de aquella austeridad.

Y cuando la simiente de Cristo florecía,
ís de un sabio enclaustrado, hoy echado en olvido,
r taller, solitario camposanto escogía,
gloria de la muerte consagrande sin ruido.

Mi alma es como una tumba que igual que un cenobita
sde la eternidad mi propio ser habita;
da embellece el muro ni limpia los abrojos.

¡Oh tú!, monje holgazán, ¿cuándo sabré yo hacer
l viviente espectáculo y el triste padecer
labor de mis manos y el amor de mis ojos?

X

El enemigo

Mi juventud fue sólo tenebrosa tormenta
fulgurantes soles alternada y de gozo;
¡ rayos y las lluvias han hecho tal destrozo
que en mi jardín apenas lo que ha quedado cuenta.

Ved que para mi vida ya llegó la otoñada,
hace falta emplear la pala y el rastrillo
para extender de nuevo en la tierra anegada
con huecos como tumbas— del abono el mantillo.

¡Quién sabe si las nuevas flores que yo he soñado
podrán brotar en un arenal desolado
con la mística esencia que les dará esplendor!

¡Oh dolor, oh dolor! Come el tiempo la vida,
el oscuro enemigo que en nuestro pecho anida
en nuestra propia sangre crece y cobra vigor.

XI

La mala suerte

Para cargar tan rudo fardo,
sifo, dame tu coraje.
En toda el alma yo trabaje;
tiempo es corto, el arte es largo.

De célebres sepulcros huyendo,
cua un cementerio callado,
corazón, tambor velado,
marcha fúnebre va batiendo.

Más de un diamante amortajado
perme en tinieblas olvidado,
cos de picos y de sondas;

más de una flor a su pesar
ne su aroma que exhalar
las soledades más hondas.

XII

Mi vida anterior

Habité largo tiempo en pórticos grandiosos
r los soles del mar teñidos de cobalto,
que con sus pilares, altos, majestuosos,
nejábanse, a veces, a grutas de basalto.

Las olas reflejaban imágenes del cielo,
mezclando con solemne y mística manera
¡potentes acordes —¡oh incomparable vuelo!—
color del ocaso, fantástica vidriera.

Allí he vivido yo en venturosas calmas,
medio del azul, de oleajes, de esplendores,
desnudos esclavos impregnados de olores,

que en la tarde oreaban mi frente con sus palmas,
en donde todo mi cuidado consistía
ahondar el secreto en que languidecía.

XIII

Caravana de gitanos

La profética tribu de pupilas ardientes
se puso en marcha, los, hijos a la espalda;
ellos marchan llorosos, cogidos a la falda;
ellos muerden hambrientos los pezones pendientes.

Los hombres van a pie, armas en bandolera,
llevando a los carromatos por sendas y rastros,
mirando sobre el cielo los apenados ojos
por la oscura nostalgia de lejana quimera.

Asomado al reducto de su agujeró, el grillo,
haciéndolos pasar, redobla su estribillo;
la tierra, que los ama, prodiga sus verduras,

y hace manar la roca, florecer el desierto
para los caminantes que tienen siempre abierto
su familiar imperio de las sombras futuras.

XIV

El hombre y el mar

¡Hombre libre, tú siempre preferirás el mar!
El mar es el espejo en que tu alma se mira,
su onda infinita eternamente gira,
tu espíritu sabe lo amargo saborear.

Hundiéndote en su seno, desnudo para el viaje,
acaricias con brazos y ojos; tu corazón
distrae muchas veces de su propia canción
escuchar la suya, indómita y salvaje.

Los dos sois tenebrosos y a la vez sois discretos:
El hombre, nadie ha llegado al fondo de tu abismo;
El mar!, nadie ha llegado a tu tesoro mismo;
Con tan celoso afán guardáis vuestros secretos!

Y entre tanto que pasan siglos innumerables,
Con valentía y sin miedo uno y otro atacáis,
Con tal modo la muerte y el combatir amáis,
Con eternos luchadores, oh hermanos implacables!

XV

Don Juan, en los infiernos

Cuando don Juan bajó hasta el oscuro río
una vez que a Caronte su óbolo entregó,
mo Antístenes fiero, un mendigo sombrío
inclinó vengativo en su barca y remó.

Con los pechos temblando, rasgando las camisas,
¡mujeres convulsas, bajo el firmamento,
mismo que un rebaño de víctimas sumisas,
trás de él se arrastraban con un largo lamento.

Sganarello reclama su paga sin esperas
tanto que don Luis con dedo tembloroso
mostraba a los muertos que iban por las riberas
hijo que ultrajó el cabello canoso.

Tiritando en su luto, la casta y magra Elvira
to al pérfido esposo, su amante de un momento,
r la sonrisa última parece que suspira
a luz y el dulzor del primer juramento.

Aferrado al timón, en su negra armadura,
gigante de piedra cortaba el agua oscura;
ro el héroe tranquilo, apoyado en la espada,
ntemplaba la estela sin dignarse ver nada.

XVI

Castigo del orgullo

En los tiempos dorados en que la teología
reció con más savia y con más energía,
cuenta que un doctor de los más eminentes
tras de haber convertido almas indiferentes,
spués de haber su negra conciencia iluminado
a la celeste gloria haberla encaminado
r caminos difíciles y para él mismo oscuros,
lamente cruzados por espíritus puros—,
mo un hombre que asciende por demás, sintió pánico,
exclamó poseído de un orgullo satánico:
Jesús, pobre Jesús, muy en alto te he puesto!
ro si combatirte yo me hubiera propuesto,
vergüenza sería tanta como tu gloria,
ú no fueras más que una cosa irrisoria».

Sucedió que en el acto él perdió la razón;
sol se le cubría con un negro crespón;
convirtió en un caos aquella inteligencia,
el templo que otro tiempo era todo opulencia
ajo cuyos techos tanta pompa hizo ruido,
noche silenciosa se quedó convertido.
no a ser como un sótano cuya llave no existe,
semblante fue como el de una bestia triste,
uando como ciego por los campos pasaba,
rque estíos de inviernos ya no diferenciaba,
erco, inútil y feo, con su figura fofa,
os chicos servía de juguete y de mofa.

XVII

La belleza

Bella soy, ¡oh mortales!, como una pétrea flor,
ni seno que a todos por turno ha torturado,
hecho para inspirar al poeta un amor
como mi materia, inmortal y callado.

Tengo un trono en lo azul, esfinge incomprensida;
blancor es de cisne, mi corazón es frío;
sdeño el movimiento que altera mi medida,
como nunca lloro, tampoco nunca río.

El poeta, a quien deslumbra mi impasible actitud,
nejante a la de los grandes monumentos,
aplicará al estudio con austera virtud;

pues para fascinar mis amantes sedientos,
ros espejos tengo que hacen las cosas bellas;
s grandes ojos y las eternas estrellas.

XVIII

El ideal

No serán nunca aquellas beldades de viñeta,
productos averiados que dio un siglo vacío,
es para borceguíes, dedos de castañeta,
; que contenten a un corazón como el mío.

Yo le dejo a Gavarni y a sus musas llorosas
rebaño de sus bellezas de hospital,
es no puedo encontrar en sus pálidas rosas
flor que se asemeje a mi rojo ideal.

Lo que este corazón —hondo abismo— quisiera
a vos, lady Macbeth, alma en el crimen fiera,
eño de Esquilo abierto a un clima de huracanes;

o a ti, noche grandiosa, de Miguel Ángel hija,
e apacible retuerces en una actitud fija
; formas modeladas por labios de titanes.

XIX

La gigante

Allá, cuando Natura, en su fuerza primera,
liario concebía un hijo monstruoso,
junto a una gigante vivir querido hubiera
mo junto a una reina un gato voluptuoso.

Y ver cómo su cuerpo con su alma florecía
ociendo libremente en su terrible juego,
adivinar en ella una llama sombría
ravés de la niebla de sus ojos de fuego.

Acariciar a gusto sus formas prodigiosas,
par por su vertiente —rodillas poderosas—,
a veces, en estío cuando de un sol violento

derribada ella fuera en la vasta campaña,
su seno a la sombra descansar somnoliento
mismo que una aldea al pie de una montaña.

XX

La máscara

*Estatua alegórica, al modo del Renacimiento
(A Ernest Christophe, estatuario)*

Contempla este tesoro de gracias florentinas.
En la ondulante forma del cuerpo musculoso,
elegancia y la fuerza son hermanas divinas.
Esa mujer, bocado realmente milagroso,
finamente ágil, fina adorablemente,
apta para reinar en lecho suntuoso
encantar a un pontífice o un príncipe eminente.

«También al sonreír con voluptuosidad
y un largo paseo para la fatuidad;
mirada burlona, lánguida, deliciosa,
su rostro gracioso al que un velo aprisiona
le parece decirme con un gesto de diosa:
El placer me preside y el amor me corona!”
este ser adornado de tanta majestad,

y que ningún encanto incitante perdona
contemplemos, y hagamos ofrenda a su beldad.
Oh blasfemia del arte! ¡Oh sorpresa fatal!
cuerpo que promete delicias y ternezas
que me a ser al final monstruo de dos cabezas».

«¡Mas, no! Máscara es solamente del mal.
Ese rostro animado de exquisito mohín
falso, aquí lo tienes, crispado horriblemente;
rostro verdadero, lo feo, el alma ruin,
oculta tras el velo de la verdad que él miente».

«¡Oh pobre y gran belleza verdadera! En tu río
lágrimas abreva este corazón mío.

Mas ella, ¿por qué llora? Hermosura completa
e al humano linaje vio a sus plantas vencido,
ué misterioso mal roe el flanco de atleta?».

«Ella llora, insensato, porque ella ha vivido.
porque vive, llora. Mas, lo que ella deplora
bre todas las cosas, lo que la hace temblar
que mañana, ¡ay!, vivirá como ahora,
el otro día, y siempre». Vivir, vivir, durar.

XXI

Himno a la belleza

¿Vienes del alto cielo o surges del abismo,
belleza? Tu mirar, infernal y divino,
caridad y el crimen derrama a un tiempo mismo,
y lo que te podemos comparar con el vino.

En tu mirada están el ocaso y la aurora;
halas los perfumes de un día tormentoso;
¡besos son un filtro que todo lo devora
y hacen cobarde al héroe, y al niño, valeroso.

¿Surges del negro abismo, bajas de las estrellas?
tu destino a tu lado camina como un perro;
sustos y alegrías van dejando tus huellas;
dices de todo, pero no respondes del yerro.

Pisas sobre los muertos, te burlas del vencido;
el horror de tus joyas suele ser atrayente;
para ti el homicidio es un dije querido
y sobre el vientre orondo baila orgullosamente.

La efímera en tu lumbre se quema deslumbrada,
se apita, estalla y dice: «¡Bendito sea el fuego!».
El amante inclinado sobre su bella amada
parece estar cavando su fosa para luego.

Que vengas del infierno o del cielo, ¡qué importa,
belleza!, enorme monstruo como jamás lo ha habido,
tu mirar, tu cuerpo y el pie que lo soporta
y el infinito que amo y nunca he conocido.

De Satán o de Dios, ¡qué más da!, ángel, sirena,
¡qué importa, si me vuelves —hada de ojos sedantes—
con tu mo, perfume, luz, ¡oh tú!, mi reina buena,

mo, perfume, luz, ¡oh tú!, mi reina buena,
nos odioso el mundo, más leves los instantes.

XXII

Perfume exótico

Si, cerrados los ojos, en la tarde otoñal,
aspiro en tu regazo un olor capitoso,
o ante mí extenderse un litoral dichoso,
me tiendo a dormir en ese litoral.

Una isla perezosa donde lo natural
el hermoso árbol con su fruto sabroso;
animales que tienen cuerpo esbelto y vigoroso,
y riberas con mirada de fresco manantial.

Por tu aroma hacia climas hechiceros guiado,
o un pequeño puerto, velas y arboladuras
y las hirvientes olas del viaje han fatigado.

Mientras del tamarindo los perfumes ligeros
cubren mi nariz, y en el aire perduras,
mi alma adormezco en una canción de marineros.

XVIII

La cabellera

¡Oh vellón que se riza casi hasta la cadera!
¡Oh bucles! ¡Oh perfume cargado de desvelo!
¡Extasis! Porque puedan poblar la alcoba entera
¡Los recuerdos dormidos en esta cabellera,
¡Llevarla en el aire quiero como un pañuelo.

El Asia perezosa y el África abrasada,
lo un mundo olvidado, remoto, se consume
tus profundidades, floresta perfumada.
omo hay almas que bogan sobre música alada,
mía, ¡oh amor, amor!, navega en tu perfume.

Yo me iré a donde el hombre, el árbol, el paisaje
 sfallecer parecen de ardientes calenturas.
 ertes trenzas, servidme vosotras de oleaje.
 y en ti, mar de ébano, la promesa de un viaje
 n velas, con remeros y altas arboladuras.

Un puerto rumoroso en donde yo he abrevado
 gamamente el sonido, el perfume, el color;
 donde los navíos, sobre el moaré dorado
 l agua, abren los brazos hacia un cielo soñado,
 ro y estremecido del eterno calor.

Con ansias de embriagarme hundiré mi cabeza
ese negro océano que a otro mar ha encerrado;
espíritu sutil, por la onda acariciado,
prá recuperaros, ¡oh fecunda pereza!,
lanceo infinito del ocio embalsamado.

¡Oh cabellos sedosos, tinieblas extendidas,
devolvéis el cielo que en su comba azulea!

la noche de vuestras guedejas retorcidas
embriago ardientemente de esencias confundidas,
aceite de coco, el almizcle y la brea.

¡Mi mano a esa melena ya por siempre le augura
ofrenda del rubí, la perla y el zafir
ra que a mi deseo nunca te muestres dura!
lo eres tú cual oasis donde sueño y la pura
encia del recuerdo y de lo por venir?

XXIV

Te adoro como adoro la bóveda nocturna,
un vaso de tristeza, oh grande taciturna!
tanto más te amo, cuanto más me reproches,
porque tú sola eres el lujo de mis noches.
pudiera añadir aún, irónicamente,
que hay de mí a los cielos, aunque es irreverente.
ataque me lanzo con furores insanos
sobre un cadáver un coro de gusanos,
—¡oh mi cruel enemiga, oh mi bestia implacable!—
esta esa frialdad te hace más adorable.

XXV

El universo entero meterás en tu alcoba,
hacer impura. El tedio rinde tu alma de loba.
ercitas tus dientes en juego singular
in corazón al día podrías devorar.
is ojos, cual nocturnas galas de joyería,
como deslumbrantes cohetes de romería,
an con insolencia de un poder usurpado
ya ley de belleza tú siempre has ignorado.

Máquina ciega y sorda que, con placer inmundado,
es gran bebedora de la sangre del mundo;
onstruo, ¿no te sonrojas, no ves en el espejo
da día tu rostro más pálido y más viejo?
grandeza del mal de que te ufanas tanto,
o te ha hecho alguna vez retroceder de espanto,
ando naturaleza, con designios sagrados,
ti puede servirte, reina de los pecados
de ti, vil animal— para un genio amasar?

¡Oh grandeza enlodada! ¡Oh ignominia ejemplar!

XXVI

«Sed non satiata»

Deidad extraña, oscura belleza sin reproche,
n perfume de almizcle y aroma del habano,
oducto de algún Fausto de caprichosa mano,
aja del flanco de ébano, criatura de la noche.

Aún más que el opio y más que la noche prefiero
licor de tu boca donde el amor se ufana;
ando de mis deseos va a ti la caravana,
¡ojos son cisternas donde brilla un lucero.

Por esos grandes ojos, suspiros de tu alma,
monio sin piedad, ¡dame un poco de calma!
no soy el Estigio para dar nueve abrazos,

¡ay!, y tampoco puedo, ¡oh furia libertina!,
ra amansar tu ímpetu ahogándote en mis brazos,
tu lecho infernal volverme Proserpina.

XXVII

Con sus vestidos ondulantes, nacarados,
sta cuando camina se creyera que danza,
mo esas largas sierpes que juglares sagrados
itan, cadenciosas, en lo alto de una lanza.

Como el triste arenal y del desierto el cielo
insensibles los dos a angustias y avatares—,
mo ese largo encaje que dibujan los mares,
liferentemente ella se quita el velo.

Sus ojos son bruñidos minerales radiantes,
nde sólo hay acero, oro, luz y diamantes,
a esfinge se abraza al ángel inviolado.

Igual que un astro inútil brillan perennemente,
algo en ellos, extraño, hay simbólicamente
la estéril mujer que nunca un hijo ha dado.

XXVIII

La serpiente que danza

Mujer indolente, yo gozo
en tu cuerpo veo,
tal que una seda ondulante,
leve espejeo.

Sobre tu cabellera profunda,
aroma salvaje,
ar olorosa y vagabunda de azul oleaje,

como un navío al que despertara
fresco viento matutino,
alma su aparejo prepara
cia un remoto destino.

Tus ojos, de secreto que ignoro,
amargor y sin ambrosías,
n igual que dos joyas frías,
oradas de hierro y de oro.

Al andar indolentemente,
aciosa, bella, abandonada,
diría que una serpiente
nza en un bastón enroscada.

Y tu adormilada cabeza,
a de un niño semejante,
balancea con la pereza
un pequeño elefante.

Tu cuerpo se estira y se afloja
leve como una piragua
e acuesta la borda y que moja

vela en el agua.

Lo mismo que un río al que afluyen
acaciares rugientes,
risas asoman y fluyen
olor de tus dientes.

Y entonces me embriago de hembra,
mar y vencer!
En líquido cielo me siembra
estrellas el ser!

XXIX

Una carroña

Recuerda aquella cosa que vimos, alma mía,
día soleado:
lado de un sendero una carroña había,
cuerpo espantado.

Con las piernas al aire, como una mujer lúbrica,
lanando veneno,
allí, abandonada, de la muerte la rúbrica,
n el vientre de cieno.

El sol resplandecía sobre esta podredumbre
mo para cocerla,
la naturaleza —¡oh milagrosa lumbré!—,
ndo ciento por uno, devolverla.

El cielo la soberbia osamenta miraba,
e era un cráneo o una flor.
tu cuerpo en la hierba casi se desmayaba,
n fuerte era el hedor!

Las moscas sobre el vientre daban su bordoneo,
entras iban saliendo en negros batallones
larvas que corrían como un líquido feo
bre aquellos jirones.

Todo ello descendía, subía cadencioso,
ía, destellaba;
érase que el cuerpo, a un soplo misterioso,
viendo se agitaba.

El mundo daba entonces una música extraña
mo el agua y el viento,

el grano que el harnero sobre la parva apaña
en suave movimiento.

Las formas se borraban y no eran más que un sueño,
esbozo confuso en la tela olvidado
que el pintor un día da el último pergeño
en el pincel que pinta sólo lo recordado.

Y detrás de las rocas estaba un perro inquieto
que nos miraba airado,
esperando el momento de husmear el esqueleto
que busca del bocado.

«Tú serás algún día igual que esta basura,
con esta horrible infección,
con la rella de mis ojos, calor de mi ternura,
con el hielo de mi pasión!

¡Sí! Tal habrás de ser, ¡oh mi dulce querida!,
después del postrer sacramento,
cuando tus huesos bajo la tierra florecida
cubran su memento.

Entonces, ¡oh mi bella!, dile tú a los gusanos,
que se hundan en tus huesos,
que aún guardará el recuerdo de tus besos malsanos
la esencia de mis besos».

XXX

«De profundis clamavi»

Yo imploro tu piedad, tú, la única amada,
desde el fondo del pozo en que mi alma ha caído.
un negro horizonte el mundo sin sentido,
blasfemia responde al horror de la nada.

Un sol triste de invierno para mí va a llegar,
después vendrá la noche con negros cobertores;
país más desnudo que la tierra polar,
¡bestias, sin arroyos, sin bosques ni verdores.

No hay horror en el mundo que supere a este frío,
esta crueldad de un sol que hiela el pecho mío,
cura, inmensa noche, del viejo caos hermana;

del más vil animal ahora envidio la suerte,
queda dormir un sueño semejante a la muerte...
van lentamente el tiempo su madeja devana!

XXXI

El vampiro

Tú que, como una cuchillada,
mi corazón te has metido;
que a una loca manada
diablos tienes parecido,

sobre mi espíritu humillado
ieres caer como una hiena;
¡inferné!, a quien estoy atado
mo el forzado a su cadena,

como a su juego el jugador,
¡al que el borracho a la espita,
mo a la podre el roedor...,
¡maldita seas, sí, maldita!

Pedí, de odio y de ira lleno,
libertad a la espada un día;
pliqué al pérfido veneno
e redimiese mi cobardía.

Y, ¡ay!, el veneno como la espada
e respondieron con fría actitud:
'tu alma no es digna de ser salvada
esa maldita esclavitud.

¡Imbécil! ¡Si tal se lograra
ndole a tu alma un respiro,
amor a besos resucitara
cadáver de tu vampiro!».

XXXII

Una noche, junto a una horrorosa judía,
mo junto a un cadáver un cadáver tendido,
e di a pensar, al lado de aquel cuerpo vendido,
la triste belleza que mi deseo ansia.

Y me representaba su majestad nativa,
mirar vigoroso, de gracia penetrado,
s cabellos que le hacen un casco perfumado,
yo solo recuerdo el amor en mí aviva.

Pues con fervor tu noble cuerpo hubiera besado,
sde tus frescos pies al cabello trenzado,
profundas caricias desatando el tesoro,

si alguna vez tu rostro lágrimas verdaderas
rcaran fácilmente, reina de las panteras,
niendo en tus pupilas como un temblor de oro.

XXXIII

Remordimiento póstumo

Cuando en el fondo duermas, mi bella tenebrosa,
una bóveda en mármol oscuro trabajada,
¿a no tengas más por alcoba y morada
e una llovida cueva y que una hueca fosa;

cuando la tierra oprima tu carne perezosa
tus flancos que el ocio con encanto ha pulido,
haya en tu corazón el amor, ni el latido,
tus pies puedan ir tras de ninguna cosa,

la tumba, confidente de mi sueño infinito,
esas noches de las que el sueño está proscrito
la tumba y el poeta son hermana y hermano—

te dirá: «Cortesana de atractivos inciertos,
¿qué te vale ahora ignorar a los muertos?»
Como un remordimiento te roerá el gusano.

XXXIV

El gato

Ven, bello gato, ven, amansa mis enojos,
r un momento esconde las uñas de tu pata
leja que me hunda en tus dos bellos ojos
mezcla de metal y de ágata.

Cuando mi mano acaricia
lomo elástico y tu cabeza,
siente la profunda delicia
e hay en tu eléctrica pereza,

a mi amante parece que aguardo.
mirar es, ¡oh bestia amada!,
profundo y frío como un dardo.

Y desde la cabeza a los pies
aire sutil ella es,
a nocturna encrucijada.

XXXV

Duellum

Dos guerreros se acechan mutuamente; sus armas
fulgores sangrientos el aire han encendido.
El juego y sus chasquidos de acero son alarmas
que el amor, ¡oh jóvenes!, dio su primer vagido.

¡Las espadas se han roto! Igual que nuestra aurora,
¡rayer. Mas ahora hay dientes, hay uñas aceradas;
y, a falta de espada, una daga traidora.
Lloro de almas maduras por el amor llagadas!

En el foso que rondan panteras y leopardos,
estos héroes en un fiero abrazo han caído;
recerá por ellos la aridez de los cardos.

La sima es el infierno, que está de amigos lleno.
mazona inhumana, trotemos sin sentido,
¡in de eternizar de nuestro odio el veneno!

XXXVI

El balcón

¡Madre de los recuerdos, querida de queridas;
mis placeres todos; tú, todos mis deberes!
Recordarás las bellas caricias compartidas,
dulzura del fuego en los atardeceres,
madre de los recuerdos, querida de queridas!

Las tardes alumbradas por el carbón ardiente,
¡tardes al balcón, las nubes como rosas.
Qué dulce era tu seno, tu corazón clemente!
cómo nos decíamos las inefables cosas,
¡tardes alumbradas por el carbón ardiente!

¡Qué hermosos son los astros en las tibias veladas!
qué profundo es el cielo! ¡Qué impulso el alma toma!
¡Reclinado en tu pecho, reina de las amadas,
cómo respirar de tu sangre el aroma.
¡Qué hermosos son los astros, reina de las amadas!

La noche iba espesando en torno su negrura,
en lo oscuro mis ojos tus ojos descubrían,
¡debía tu aliento, ¡oh veneno, oh dulzura!,
tus pies en mis manos fraternas se dormían.
La noche iba espesando en torno su negrura.

Yo sé cómo evocar los minutos dichosos
sobre tus rodillas revivir el pasado.
¿Dónde podría hallar tus brazos perezosos,
cuerpo estremecido, tu corazón amado?
Yo sé cómo evocar los minutos dichosos!

Juramentos, aromas y besos encendidos,
¿nacerán un día de los propios pesares?

í ascienden los soles como recién nacidos
s de haberse bañado en lo hondo de los mares.
h aromas, juramentos y besos encendidos!

XXXVII

El poseído

El sol está cubierto de un crespón. ¡Haz lo mismo,
envuélvete entre sombras, oh luna de mi vida!
¡Duerme o sueña a tu gusto, muda y ensombrecida,
húndete toda entera del tedio en el abismo.

Te amo así. Sin embargo, si hoy quieres por ventura,
hazme un astro eclipsado que descorre el cendal,
hazme volver a lugares que aturde la locura,
¡está bien! ¡En su estuche, ahí tienes el puñal!

Tus pupilas de loca en esa llama prende.
¡Los ojos de algún rústico en el deseo enciende.
¡El órbido o petulante, todo en ti me es placer.

Sé lo que quieras, noche negra, aurora de oro;
¡hay fibra en este cuerpo, que haces estremecer,
¡y no grite: «¡Oh querido Belcebú, yo te adoro!».

XXXVIII

Un fantasma

I

Las tinieblas

En las cuevas de una insondable amargura
nde el destino ya me tiene relegado,
a donde la alegría del sol nunca ha llegado,
olas con la noche, que es azafata dura,

vengo a ser un pintor al que algún dios burlón,
medio de tinieblas, ¡ay!, condena a pintar,
cocinero que si quiere algo cenar,
de hervir y comerse el propio corazón.

A veces brilla, abriéndose lo mismo que una flor,
espectro formado de gracia y de esplendor.
pasar desvaído como un sueño oriental
cuando ya ha logrado su belleza total,
la visita, al fin, reconozco a la hermosa:
s ella! ¡Es ella! Oscura y a la vez luminosa.

II

El perfume

Lector, ¿quizá recuerdas el haber respirado
n singular delicia, gozosamente suave,
incienso que llena de una iglesia la nave,
almohadilla de olor que el almizcle ha guardado?

Profundo encanto mágico con que aún nos excita,
viendo en el presente el pasado distante.
bre el cuerpo adorado asimilando el encanto

bre el cuerpo adorado asimismo el amante
aricia el recuerdo, esa flor exquisita.

Igual su cabellera, elástica y pesada,
ensario de alcoba o perfumada almohada,
halando un salvaje y penetrante olor;

y también su vestido, pues me dejaba en él,
pregnado de un sano y juvenil frescor,
e vago perfume de la axila y la piel.

III

El marco

Lo mismo que un gran marco pone en una pintura,
unque sea de un pincel muy alabado,
no sé qué de mágico, no sé qué de encantado,
aislarlo en el acto de la inmensa Natura,

así la joya, el mueble, la alfombra, el decorado
adaptaban precisos a su belleza rara,
i la mínima mengua de su perfección clara,
es todo para ella parecía creado.

Hasta se hubiera dicho que ella misma creía
e era amada de todos y por todo; se hundía
luptuosamente en la seda y el lino.

Y, lenta o brusca, era en cada movimiento,
gún fuera el enfado o el mimo del momento,
antil como un mono, cauta como un felino.

IV

El retrato

La enfermedad, la muerte, ceniza hacen del fuego
e ardía por nosotros y que nos alumbraba;
aquella boca en donde mi corazón se ahogaba,

aquellos grandes ojos, encendidos o en ruego.

Los besos que provienen de un designio glorioso,
¡impulsos, los éxtasis, los goces de algún día,
¿qué nos queda de todo? ¡Es horrible, alma mía!
¡venas la miseria de un tricolor borroso,

que, como yo también, en soledad se muere
al que el tiempo implacable —ese viejo injurioso—
en su ala cada día un poco más lo hiere.

(Como un villano ebrio, como un brutal soldado
que derriba un tabique, y todavía emporcado
contra de una belleza el brazo delicado).

¡Asesino del arte y de la vida escoria!,
has de lograr jamás matar en mi memoria
que fue mi placer y la que fue mi gloria.

XXXIX

Yo te ofrezco estos versos porque si dignos son
alcanzar felizmente las épocas futuras,
hacen soñar un poco a las tristes criaturas,
ellos tú —bajel que empuja el aquilón—

te salvarás. Tal como las fábulas primeras
en su ritmo encadenan del niño la atención,
[por un fraterno, misterioso eslabón,
memoria irá unida a mis rimas severas.

¡Ser maldecido a quien del abismo más hondo
sta el más alto cielo, tan sólo yo respondo!
¡Oh tú!, que como sobra de vuelo transparente,

pasas con un mirar tan sereno, el pie alado,
a quien los ignorantes por amarga han juzgado,
ngel de ojos de jade y de bronceínea frente!

XL

«Semper eadem»

¿De dónde viene —dices— este pesar henchido
que sube como el mar sobre un negro peñón?
Después que ha vendimiado ya nuestro corazón,
vivir es un mal, tenedlo por sabido.

Una angustia muy simple y nada misteriosa,
como tu alegría, visible para todos.
¡Ja, pues, de indagar, ¡oh mi bella curiosa!
¡Tu voz es dulce, pero ¡calla de todos modos!

¡Calla, calla, ignorante! ¡Alma siempre encendida!
Loca de infantil risa! Más aún que la vida
muerte con sutiles lazos nos sabe atar.

Deja, deja a mi alma de mentira vivir;
tus ojos un dulce, largo sueño, dormir,
¡En la penumbra de tus pestañas, soñar.

XLI

Toda entera

El demonio, que todo lo asalta,
mañana me vino a ver,
queriendo pillarme en falta,
me dijo: «Quisiera saber,

entre todas las bellas cosas
se coinciden en su primor,
entre las cosas negras y rosas
se hacen su cuerpo encantador,

¿qué es lo más dulce?». Y tú, ¡oh alma mía!,
respondiste al aborrecido:
«¡Esto que en ella todo porfía,
toda puede ser preferido.

A quien todo le encanta, ignora
que es mejor en tal derroche:
que deslumbra como la aurora
que consuela como la noche.

Y es demasiada la armonía
que gobierna su cuerpo hermoso
para hacer una crítica fría
del acorde numeroso.

¡Oh misterioso encantamiento
que en uno mis sentidos sume,
que es de música su aliento
y que su voz es de perfume!».

XLII

¿Qué dirás esta noche, pobre alma callada,
é dirás, corazón en un tiempo abatido,
a siempre tan bella, a la buena, a la amada,
¡o cuya mirada de nuevo has florecido?

Pondremos nuestro orgullo en cantar su loor;
da iguala el encanto que hay en su autoridad;
carne espiritual tiene angélico olor,
sus ojos me visten de suave claridad.

Así sea en la noche y solitariamente,
¡sea en la calle y en medio de la gente,
fantasma en el aire danza y su luz pregona.

A veces, habla y dice: «Yo soy bella, y por ello,
es me amáis, os ordeno no améis más que lo bello;
y el ángel guardián, la musa y la madona».

XLIII

La antorcha viviente

Delante de mí van sus ojos soberanos,
e un ángel sapientísimo imantó sonriendo;
í van esos divinos hermanos, mis hermanos,
mis ojos su fuego diamantino vertiendo.

De caídas salvándome y del grave pecado,
cia lo bello saben mis pasos conducir;
n como dos esclavos que me han esclavizado.
ue mi ser siempre vea esta antorcha lucir!

Bellos ojos, que tienen esa luz —se diría—
los fúnebres cirios que arden en pleno día.
rojo sol no puede esa llama apagar.

Ellos honran la muerte, cantando el renacer.
mi resurrección de nuevo vais a arder,
ros que ningún sol logrará marchitar.

XLIV

Reversibilidad

Ángel pleno de gozo, ¿sabes lo que es la angustia,
vergüenza, el remordimiento, los dolores
esas terribles noches cuyos vagos terrores
corazón oprimen como una seda mustia?
ángel pleno de gozo, ¿sabes lo que es la angustia?

Ángel de bondad pleno, ¿conoces la crueldad
los puños crispados, las lágrimas de hiel,
la venganza, dueña de su infernal papel,
hace la capitana de nuestra voluntad?
ángel de bondad pleno, ¿conoces la crueldad?

Ángel de salud pleno, ¿conoces tú la fiebre
aquellos que entre muros de un horroroso hospicio,
como los desterrados, o los hijos del vicio,
buscan el sol y beben el más amargo pebre?
ángel de salud pleno, ¿conoces tú la fiebre?

Ángel de beldad lleno, ¿sabes de las arrugas
el miedo a la vejez, y el odioso tormento
leer en los ojos el negro pensamiento
quien todos los bienes y bellezas conjugas?
ángel de beldad lleno, ¿sabes de las arrugas?

Ángel pleno de dichas y alegres luminarias,
avid muriente habría la salud demandado
as emanaciones de tu cuerpo encantado!
pero de ti no imploro yo más que tus plegarias;
ángel pleno de dicha y alegres luminarias!

XLV

Confesión

Una vez, una sola, dulcemente amoroso,
mi brazo tu brazo
apoyó. (De mi alma el fondo tenebroso
arda el pálido trazo).

Era tarde; lo mismo que una medalla nueva
luna llena relucía,
París, como un río que a la noche nos lleva,
teando dormía.

Los gatos por debajo de las puertas cocheras
deslizaban furtivamente,
ambién en acecho, cual sombras de rameras,
s venían siguiendo lentamente.

De súbito y en medio de aquella intimidad
e a la pálida luna se abría,
ti, rico instrumento, de tal sonoridad
e en él no vibra más que la alegría;

de ti, clara y gozosa, cual fanfarria valiente
una jubilosa mañana,
escapaba una nota, melancólicamente
lorida y humana.

Como un niño enfermizo, sombrío, horrible, inmundo,
e a su familia sonrojara
il que durante años, por ocultarlo al mundo,
una cueva encadenara,

cantaba, ¡pobre ángel!, la nota inesperada.
Iada es cierto aquí abajo; todo es uno y lo mismo.

ve siempre pasar la torpe mascarada
l humano egoísmo.

Es un oficio duro el de mujer hermosa,
es un trabajo muy banal,
nazar desfalleciendo lo mismo que una rosa
n una sonrisa maquinal.

No se edifica nada sobre los corazones;
lo se agrieta y cruje; amor, belleza, infieles,
lo el olvido lo echa al cesto de los papeles...
ólo la eternidad impone sus razones!»

Yo evoco muchas veces esa luna encantada,
silencio, su lánguida, su nocturna emoción,
aquella confidencia horrible, musitada
el confesonario de nuestro corazón.

XLVI

El alba espiritual

Cuando en los pervertidos el clarear de la aurora
tra el rayo ideal que es siempre un rondador,
r una misteriosa faena vengadora
les revela siempre un ángel triunfador.

El cielo espiritual de azul inaccesible
ra el hombre caído que todavía sueña
abre como un abismo que de su alma se adueña.
í, querida diosa, ser lúcido y sensible,

sobre el despojo humeante de estúpidas orgías
recuerdo más claro, más dulce, más rosado,
te mis ojos nunca de pasar ha dejado.

El sol ha oscurecido la luz de las bujías.
í, vencedor siempre, tu fantasma es igual
alma resplandeciente— a ese sol inmortal.

XLVII

Armonía de la tarde

Ya viene el tiempo en que del tallo estremecido
da flor se evapora igual que un incensario;
nes y aromas hacen de la tarde un rosario;
elancólico vals en cadencia mecido!

Cada flor se evapora igual que un incensario,
violín es igual que un corazón herido;
elancólico vals en cadencia mecido!,
cielo es triste y bello como altar solitario.

El violín es igual que un corazón herido,
n tierno corazón con su dolor diario!;
cielo es triste y bello como altar solitario,
su sangre cuajada el sol se ha sumergido.

¡Un tierno corazón con su dolor diario
recorriendo el rastro del pasado encendido!
¡su sangre cuajada ya el sol se ha sumergido...,
¡tilla en mí tu recuerdo como en un relicario!

XLVIII

El frasco

Hay perfumes que en toda materia hallan igual
poroso. Diríase que filtran el cristal.
Cuando abrimos un cofre venido del oriente
cuya cerradura rechina levemente,

o bien, en una casa desierta, algún armario
que exhala vejez se pudre solitario,
contramos, a veces, ese frasco olvidado,
una-rosa a la que hemos resucitado.

Pensamientos dormidos, cual fúnebres crisálidas
que duermen dulcemente en lejanías pálidas,
que alas entreabren en un vuelo sonoro;
mariposas de azul, lunadas de rosa, vivas de oro.

Y ya revolotea el recuerdo embriagante
en el aire; los ojos se cierran al instante.
El vértigo posee nuestra alma vencida
y nos lanza otra vez a lo hondo de la vida.

La tumba al borde de un abismo milenario,
donde —Lázaro ungido, desgarrado el sudario—
descansa el yacente cadáver espectral
de un viejo amor, a un tiempo hermoso y sepulcral.

Así, cuando de mí ya no quede memoria,
no podré gozar aún de una siniestra gloria,
porque me hallen igual que ese frasco olvidado,
crépito, podrido, sucio, abyecto, humillado.

Y yo seré tu féretro, amada pestilencia,
testigo de tu fuerza y de tu virulencia.

veneno preparado por ángeles! ¡Licor
e me fue consumiendo!... ¡Oh vida, muerte, amor!

XLIX

El veneno

Revestir sabe el vino los tugurios peores
un lujo milagroso, .
hacer surgir un bello pórtico fabuloso
entre rojos vapores,
tal que un sol de oro en un cielo brumoso.

El opio lo hace todo desvaído, ilimitado
sta la infinidad;
onda en el tiempo, y a la voluptuosidad
da un placer cansado;
lma él alma por encima de su capacidad.

Mas todo eso no vale el veneno vertido
r tu verde mirada,
go donde mi espíritu se refleja invertido...
is sueños han bebido
el amargo pozo de tus ojos, amada.

Todo ello no vale ese placer nefando
e tu saliva vierte,
ne hunde en el olvido, y mi alma pervierte
entras la va arrastrando
sfallecida a las riberas de la muerte.

L

Cielo nublado

Tu mirada parece que en un sueño se pierde,
mirar misterioso —¿es azul, gris o verde?—,
ernativamente tierno, cruel, soñador,
ñeja la indolencia del cielo y su color.

Recuerdas esos días blancos, tibios, velados,
e hacen fundirse en lágrimas a los acongojados
ando un mal ignorado que los nervios excita
burla, despertándola, del alma que dormita.

Te asemejas, a veces, a esas tierras hermosas
e iluminan los soles de estaciones brumosas.
ómo luce de nuevo el paisaje mojado
ando se asoma el sol tras un cielo nublado!

¡Oh mujer peligrosa! ¡Oh climas seductores!
doraré yo, pues, tu clima y tus rigores
ra lograr así del implacable invierno
ís profundos placeres, con un sabor eterno?

LI
El gato

I

En mi cerebro se rebulle,
mo en su lecho un gran señor,
gato hermoso, encantador.
o se le siente aunque maúlle.

Tal es su timbre dulce y discreto.
a su voz apacible o grave,
sulta siempre rica y suave.
e es su encanto y su secreto.

Esta voz que, húmeda, penetra
mi fondo más tenebroso,
e colma, verso numeroso,
rso que no tuviera letra.

Adormece los males más crueles,
los los éxtasis suscite;
necesitan palabra escrita
s frases más dulces y fieles.

No he de encontrar arco que muerda
corazón —noble instrumento—,
que con mayor sentimiento
ga cantar su vibrante cuerda

que tu voz, gato misterioso,
to seráfico y extraño.
omo un ángel —¡oh mi ángel huraño!—
es sutil cuanto armonioso.

II

Hay en su piel leonada y bruna
perfume de tal delicia
e basta una sola caricia
ra embriagarnos, sólo una.

Él es mi espíritu familiar;
eside, inspira, juzga, impera
todo. ¿Es una fiera,
mago, un dios por revelar?

Si van mis ojos al gato amado,
mo atraídos por un imán,
i suave y dócilmente van
e quedo en mí mismo encantado.

Me sumerjo profundamente
sus pupilas, marinos faros,
vientes ópalos, fanales claros
e me contemplan fijamente.

LII

El bello navío

Yo te quiero contar, ¡oh lánguida hechicera!,
¡diversas bellezas que hay en tu primavera.
Empezaré esta vez
por la belleza que es infancia y madurez.

Cuando mueves el aire con tu falda ligera,
reces un bajel que se va mar afuera,
volando la vela al viento
en balanceo suave y perezoso y lento.

Sobre tus anchos hombros, sobre tu largo cuello,
graciosa cabeza pavonea lo bello;
en aire plácido y triunfante,
ajestuosa criatura, tú sigues adelante.

Yo te quiero contar, ¡oh lánguida hechicera!,
¡diversas bellezas que hay en tu primavera,
Empezaré esta vez
por la belleza que es infancia y madurez.

Tu pecho, perfilado por la seda tirante,
un arca preciosa ese pecho triunfante.
Son turgentes, duros, trémulos palpitando,
igual que dos escudos luceros reflejando.

¡Escudos retadores con sus dos puntas rosas!
Arca dulce en secretos, llena de buenas cosas,
Rosas, perfumes y licores,
Lirio de cerebros, del corazón traidores.

Cuando mueves el aire con tu falda ligera,
reces una barca que se va mar afuera,

ndo la vela al viento,
n balanceo suave y perezoso y lento.

Las piernas, que a través del volante entreveo,
lando mis dientes, aguzando el deseo;
s brujas que preparan su conjuro
tiendo un filtro negro dentro de un vaso oscuro.

Tus brazos, que ahogarían los héroes precoces,
n los émulo vivos de las boas feroces,
chos para apretar con tanta obstinación
e a tu amante imprimieras en ese corazón.

Sobre tus anchos hombros, sobre tu largo cuello,
graciosa cabeza pavonea lo bello;
n aire plácido y triunfante,
ajestuosa criatura, tú sigues adelante.

LIII

La invitación al viaje

¡Hermana criatura,
ensa en la dulzura
ir a vivir juntos allá, a lo distante!
nar sin cesar,
iar y expirar
ese país a ti semejante.

Los soles mojados,
¡cielos nublados
nen el encanto
e hay en tu mirada,
idora, taimada,
ando da su brillo a través del llanto.

Allí todo es orden y todo es belleza,
luptuosidad, lujuria, pereza.

Muebles relucientes, preciosa madera
e el tiempo puliera,
rán deliciosa nuestra íntima estancia;
¡más raras flores
rán su fragancia,
ezclando con ámbar sus vagos olores.

Los artesonados,
¡viejos espejos, profundos, callados,
n un esplendor oriental,
lo le hablaría
edo al alma mía
dulce lenguaje natal.

Allí todo es orden y todo es belleza,

luptuosidad, lujuria, pereza.

Mira en ese río
mir el navío
suave balanceo—
mo un vagabundo;
r satisfacer tu menor deseo,
sta aquí ha venido del cabo del mundo.

El sol del ocaso
ña los canales, la campiña entera, toda la ciudad,
flores, jacintos de oro y de raso;
mundo se duerme en su claridad.

Allí todo es orden y todo es belleza,
luptuosidad, lujuria, pereza.

LIV

Lo irreparable

I

¿Podemos hacer algo contra el remordimiento,
e vive se agita y escarba,
nutre de nosotros lo mismo que una larva
l muerto, o que la oruga del roble corpulento?
odemos hacer algo contra el remordimiento?

¿En qué filtro, en qué vino, en qué tisana
ogar a ese inclemente,
structor y goloso como una cortesana,
como la hormiga, paciente?
n qué filtro, en qué vino, en qué tisana?

Dile, bella hechicera, ¡oh, di!, si lo has sabido,
ni pecho angustiado,
ial que un moribundo al que pisa otro herido,
el casco de un caballo lo deja magullado,
e, bella hechicera, ¡oh, di!, si lo has sabido.

dile a este agonizante al que el lobo olfatea,
es el ala del cuervo ya sombrea la luz,
este soldado roto!, si es preciso que crea
e no hallará una tumba y una cruz.
h pobre agonizante al que el lobo olfatea!

¿Se puede iluminar un mudo y negro cielo?
e puede en la tiniebla contemplar las estrellas?
. tiniebla más negra que la pez, ese velo
e ni siquiera habrán de rasgar las centellas.
e puede iluminar un mudo y negro cielo?

La esperanza que antaño fue posible hostería
para siempre ha muerto.
Sin luna y sin estrellas, ¿qué refugio hallaría
el corazón incierto?
El diablo ya apagó la luz de la hostería!

Adorable hechicera, ¿amas los condenados?
Dime si tú conoces el castigo irredento,
¿dardas al corazón, dardos envenenados,
¿sabes tú lo que es, dime, el remordimiento?
Adorable hechicera, ¿amas los condenados?

Lo irreparable muerde con su lima maldita
esto ser semejante a un viejo monumento,
socava, socava, igual que la termita
minando el cimiento.
Lo irreparable muerde con su lima maldita!

II

Una vez en el fondo de un teatro banal
se aturdió una orquesta sonora,
un hada aparecer en un cielo infernal
al milagrosa aurora;
Una vez en el fondo de un teatro banal

Vi a un ser que parecía hecho de gasa y luz,
acercarse al terrible Satán;
En mi corazón, bajo un negro capuz,
como ese teatro en donde siempre están
operando a ese ser de las alas de luz.

LV
Conversación

¡Eres un bello cielo de otoño claro y rosa!
ro en mí la tristeza sube cual la marea,
leja en el reflujo en mi boca morosa
limo amargo y un negro sabor de brea.

Tu mano se desliza vanamente en mi pecho;
que ella encuentra, amiga, es un lugar vacío;
n la garra y el diente la mujer lo ha deshecho.
s bestias devoraron este corazón mío.

Es igual que un palacio por la turba asaltado,
nde beben, se matan, se arrancan el cabello.
lota un perfume en torno de tu desnudo cuello!...

¡Belleza, duro azote del alma, lo que quietas!
n tus ojos de fuego que para mí han brillado
lcina estos despojos que han dejado las fieras.

LVI

Canto de otoño

I

Pronto nos hundiremos en las frías tinieblas;
¡o, radiantes cielos y tardes estivales.
escucha ya ese ruido, entre fúnebres nieblas,
e hace al caer la leña en los fríos corrales.

En mi pecho va a entrar otra vez el invierno:
¡o, temor, horror, el trabajo forzado,
o mismo que el sol en su polar infierno
¡a mi corazón rojo y a un tiempo helado.

Cada tronco parece caer en una tumba;
cadalso no se alza con tan sombrío eco.
¡o espíritu es la torre que por fin se derrumba
golpe del ariete infatigable y seco.

Me parece, al oír el monótono ruido,
e están cavando un féretro deprisa en cualquier parte
¿para mí?—. Adiós, verano; ¡el otoño ha venido!;
¡o, adiós, amor, belleza, ensueño, arte...

II

Me gusta de tus ojos el verdoso fulgor,
¡o beldad; mas hoy yo no te puedo amar,
¡o nada, ni el *boudoir*, ni el fuego, ni el amor
¡o len hoy para mí lo que el sol sobre el mar.

Y, sin embargo, ámame con maternal ternura,
¡o al que a un hijo ingrato, díscolo, indiferente;
¡o mi amante y mi hermana con la misma dulzura

mi amante y mi hermana con la misma dulzura,
un otoño glorioso o un dorado poniente.

¡Breve tarea ya! La tumba ávidamente
uarda. ¡Déjame, la frente en tus rodillas,
star, mientras añoro un verano caliente,
tiempo de las hojas amarillas!...

LVII

A una madona

Exvoto a la manera española

Quiero alzar para ti, madona, dueña mía,
altar desde el fondo de mi melancolía,
en el rincón más negro que haya en mi corazón,
y lejos del deseo y del mirar burlón,
cer una hornacina de azul y oro esmaltada,
onde tú te levantes, estatua consagrada.
Mis versos, damasquino del más puro metal,
diamante incrustado de estrellas de cristal,
arán para tus sienes una hermosa corona;
después con mis celos, ¡oh mi mortal madona!,
dré cortarte un manto singular, de manera
que el pliegue, duro y rígido, de piedra pareciera,
fuese la garita que encierra tus encantos.
No de perlas bordadas, pero sí con mis llantos!,
túnica será mi deseo que prende,
dulce, crece, sube impetuoso o desciende;
y en las cumbres desmaya, en los valles reposa,
que de besos viste tu cuerpo blanco y rosa.

Haré con mi respeto más rendido dos finos
carpines de raso para tus pies divinos;
¡aprisionarán tan justa y suavemente
que quedará su molde en el raso crujiente.
No puedo, a pesar de mi mejor deseo,
a la luna de plata recortarte, yo creo
que podré colocarte a los pies la serpiente
que muerde mis entrañas, y tú angélicamente,
¡reina victoriosa!, fecunda en redenciones,
sobre el monstruo de odio hundirás los talones.

Verás mis pensamientos en fila, cual los cirios

e a la reina del cielo alumbran entre lirios,
azul cielo raso del cielo constelar
con ojos de fuego mirarte sin cesar.
como todo en mí te admira y ama, pienso
e todo se hará mirra, benjuí, ámbar, incienso;
racia ti, eternamente, cumbre nevada y rosa,
cenderá en vapores mi alma tormentosa.

En fin, para hacer bien tu papel de María
mezclar el amor con la barbarie impía,
egra voluptuosa!, de los siete pecados
ré siete cuchillos sabiamente afilados.
enzándolos igual que un juglar aburrido
omando por blanco lo que te es más querido,
e de clavarlos en tu corazón palpitante,
corazón gimiente, tu corazón sangrante!

LVIII

Canción de siesta

Aunque esas cejas malignas
den un extraño aire
bruja de ojos tentadores—
e no es, por cierto, el de un ángel,

te adoro, ¡oh frívola mía,
pasión inconfesable!,
n la misma devoción
e a un ídolo hay que adorarle.

Dan el desierto y la Selva
u pelo olor salvaje;
frente, tus actitudes
n un enigma inviolable.

Tu carne un perfume exhala
mo un sahumerio fragante;
ífa tenebrosa y cálida,
mo la noche, adorable.

¡Ah, no existe ningún filtro
e a tu pereza se iguale!
os muertos revivirían
tú los acariciases!

De tus pechos se enamoran
as caderas sensuales;
¡cojines soliviantas
n tus desperezos suaves.

Rabiosa de amor, a veces
ecisas para calmarte,
steriosa y grave a un tiempo,

steriosa y grave a un tiempo,
morderme y el besarme.

Me hieres, bruna adorada,
n un fingido desaire.
n cual la luna tus ojos
mi corazón posándose;

Bajo tu chapín de raso
us pies incomparables
ngo mi dicha, mi genio,
ngo mi destino... ¡ámame!

A mi alma sólo la curan
z y color de tu imagen,
que en mi Siberia eres
fuego a qué calentarse.

LIX

Sisina

Imaginad a Diana, cinegética alada,
avesando bosques, matorrales saltando,
ros y pelo al viento, de júbilo embriagada,
berbia, sus mejores jinetes fatigando.

¿Habéis visto a Théroigne, en las matanzas fieras,
un harapiento pueblo al asalto azuzando,
mirada de fuego, de su hazaña gozando,
bir, sable en el puño, las reales escaleras?

¡Pues igual es Sisina! Mas la dulce guerrera
una mezcla rara de monja y de ramera;
coraje, embriagado de pólvora y tambores,

sabe bajar el arma ante los suplicantes;
corazón, rabioso unos momentos antes,
ne para los dignos sus lágrimas mejores.

LX

«Franciscae meae laudes»

Versos compuestos para una modista erudita y devota

Novis te cantabo chordis,
iovelletum quod ludis
solitudine cordis.

Esto sertis implicata,
emina delicata
r quam solvuntur peccata!

Sicut beneficum Lethe,
uriam oscula de te,
ae imbuta es magnete.

Quum vitiorum tempestas
babat omnes semitas,
paruisti, Deitas,

velut stella salutaris,
naufragiis amaris...
spendam Cor tuis aris!

Piscina plena virtutis,
as aeternae juveritutis,
oris vocem redde mutis!

Quod erat spurcum, cremasti;
od rudius, exaequasti;
od debile, confirmasti.

In fame mea taberna,
nocte mea lucerna,
rte me semper gubernas.

Adde nunc vires viribus,
lce balneum suavibus,
guentatum odoribus!

Meos circa lumbos mica,
castitatis lorica,
ua tiñera seraphica;

patera gemmis corusca,
ñis salsus, mollis esca,
vinum vinum, Francisca!

LXI

A una dama criolla

En un país de sol, de aromas, de caricias,
jo los flamboyanes verdes y purpurados,
palmeras que ponen en los ojos delicias,
nací a una criolla de encantos ignorados.

La tez pálida, fresca; trigueña encantadora,
acioso y noble el cuello en todas sus maneras,
saba, alta y esbelta, como una cazadora,
sonrisa frutal, moradas las orejas.

Si alguna vez, señora, vais al país glorioso,
lla el verde Loira o del Sena brumoso,
lla, digna de ornar las antiguas mansiones,

haríais germinar en rincones discretos
; más apasionados y rendidos sonetos,
nviniendo en esclavos todos los corazones.

LXII

«Moesta et errabunda»

Dime, ¿tu corazón, Ágata, a veces huye
de los del negro océano de la inmunda ciudad,
busca de otro mar que centellea y fluye
dulce, claro, profundo cual la virginidad?
Dime, ¿tu corazón, Ágata, a veces huye?

¡El mar, el vasto mar, consuela nuestros males!
¿Qué demonio ha dotado al mar, ronco cantor
que acompaña el órgano de fieros vendavales,
con esa virtud sublime de acunar el dolor?
El mar, el vasto mar, consuela nuestros males!

¡Llévame tú, vagón! ¡Embárcame, navío!
Lejos, lejos! El lodo se amasa aquí con llanto.
¿Verdad que, por veces, tú, Ágata, amor mío,
dices: «Basta de crímenes, remordimiento, espanto...».
Llévame tú, vagón! ¡Embárcame, navío!

¡Qué lejos estás ya, paraíso perfumado,
lejos, bajo el azul, hay amor y alegría,
lejos cuanto se ama digno es de ser amado,
lejos en puro deleite el alma se extasía!
¿Qué lejos estás ya, paraíso perfumado!

Pero ese paraíso de infantiles amores,
paseos, de cantos, de besos, de violetas,
violines vibrando detrás de los alcores,
en los vasos de vino, de noche, en las glorietas
pero ese paraíso de infantiles amores—,

paraíso inocente, de furtivos placeres,
está más lejos ya que la India y que la China?
¿Podremos revivir con quejas los averes

odremos revivir con quejas los ayeres
nimar todavía de una voz argentina
verde paraíso de furtivos placeres?

LXIII

El aparecido

Como un ángel de fiera pupila
lveré hasta tu alcoba tranquila,
¡abré deslizarme sin ruido,
legar a tu cuerpo dormido.

En la sombra he de darte, ¡oh mi bruna!,
sos fríos igual que la luna,
caricias de sierpe ondulante
e una fosa rondara reptante.

Cuando al alba despiertes de frío,
contrando mi sitio vacío,
podrás recobrar el calor.

Si algún día te di mi ternura,
tu vida de alegre hermosura
iero ahora reinar por terror.

LXIV

Soneto de otoño

Me preguntan tus ojos, claros como el cristal:
Qué mérito has podido encontrar en mí, amado?».
encantadora y calla. Mi corazón hastiado
cesita del simple candor casi animal.

No quiere descubrirte su secreto infernal,
no acariciadora que al largo sueño invita,
su negra leyenda que está con fuego escrita.
¿temo a la pasión y el *esprit* me hace mal.

Amémonos en calma. Que amor en su garita,
reboso, emboscado, tiende el arco fatal.
¿mozco los recursos de su viejo arsenal:

crimen, horror, locura. ¡Rosa que se marchita!,
o eres tú, como yo, también sol otoñal,
mi blanca, mi tierna, mi fría Margarita?

LXV

Tristezas de la luna

Esta noche la luna sueña con más pereza,
mo sobre cojines tendida una belleza
e, acariciando leve con mano distraída
contorno del seno, se va a quedar dormida.

Sobre su suave espalda con pálidos nublados,
oribunda, se entrega a éxtasis prolongados,
basea sus ojos por las blancas visiones
e en el azul ascienden igual que floraciones.

Cuando sobre este mundo su languidez ociosa
ja caer alguna lágrima silenciosa,
poeta piadoso, enemigo del sueño,

en su mano recoge esta lágrima fría
mo un fragmento de ópalo que al iris desafía,
le ella al solitario corazón hace dueño.

LXVI

Los gatos

Lo mismo los amantes que los sabios austeros
oran a los gatos, orgullo de la casa,
suave y alto lomo —sobre él la mano pasa—
mo ellos sedentarios, como ellos frioleros.

Amigos de la ciencia y el deleite a la vez,
horror y al silencio de la tiniebla fieles,
; tomara el Erebro por fúnebres corceles,
a esclavitud pudiera inclinar su altivez.

Somnolientos, imitan las nobles actitudes
las esfinges que en lejanas latitudes
ermen su largo sueño, inmóviles, tranquilas.

Cuando enarcan su lomo hay como un centelleo;
rtículas de oro, finas arenas veo
stellar cuando abren sus mágicas pupilas.

LXVII
Los búhos

Al abrigo de los aleros,
; búhos meditan en fila,
gilante la roja pupila,
mo filósofos austeros.

Inmóviles permanecerán
sta la melancólica hora
que el sol las colinas dora,
s sombras acechando están.

Su actitud dice al sabio el secreto:
y que saber estarse quieto,
del tumulto tener cuidado.

¡Cuántos —y yo soy buen testigo—
n sufrido el justo castigo
r haber de sitio cambiado!

LXVIII

La pipa

Yo soy la pipa de un autor.
advierde en mi fisonomía
Abisinia o de Cafrería,
e mi dueño es gran fumador.

Si está abatido de dolor,
humeo como la cocina
una casucha campesina
e está esperando al labrador.

Yo su alma de niño he enlazado
a acuno en el humo azulado
mi pipa, infantil chimenea.

Y le doy el cordial generoso
e conforta su pecho amoroso,
e alivio el afán... Así sea.

LXIX

La música

Hay veces que la música me absorbe como el mar.
dejando blanca estela,
en bruma o con luceros me lanzo a navegar...,
y andada va la vela!

Adelantando el pecho, de aire y de yodo henchido,
medio de la noche, por las olas mecido,
vego descuidado.
me siento vibrar con todas las pasiones
mismo que un navío;
viento favorable; la calma, los ciclones
no igual que una cuna sobre el abismo inmenso.
no quieto el mar a veces se queda que yo pienso
y es el espejo de mi hastío.

LXX
Sepultura

Si en una noche lenta y oscura
hombre bueno y apiadado,
una vieja sepultura
tierra tu cuerpo alabado,

cuando enmudezcan las espadañas
as estrellas se queden frías,
arán su tela las arañas,
¡ víboras parirán sus crías.

Y por toda oración tus oídos
cucharán largos aullidos
lobos, de brujas gritando,

de viejos lúbricos suplicando,
ruchicheos de bandidos
e están sus ganancias contando.

LXXI

Un grabado fantástico

Este curioso espectro tiene un solo atavío;
a diadema horrible sobre su cráneo frío,
a horrible diadema que huele a carnaval.
1 espuelas, sin látigo, cabalga un animal
1 fantasma como él, escuálido, esquelético,
y as fauces babea cual las de un epiléptico.
través del espacio, va el jinete ligero
llando lo infinito con casco aventurero.
caballero un sable flamígero pasea
bre la turba que su corcel pisotea,
semejante a un príncipe contemplando un palacio,
cruza un cementerio, desierto, inmenso espacio,
nura inacabable bajo un sol desvaído,
nde yace el recuerdo de los pueblos que han sido.

LXXII

El muerto gozoso

En una tierra grasa, haziado ya de besos,
quisiera por mi mano cavar, profunda y sola,
una fosa en que puedan, al fin, mis pobres huesos
dormir en el olvido como el pez en la ola.

Odio los testamentos y los llantos acerbos;
no quisiera que mendigar una lágrima al mundo,
ni pediría, vivo, invitar a los cuervos
a ensangrentar su pico sobre mi cuerpo inmundo.

¡Gusanos!, silenciosos y ciegos compañeros,
aquí un muerto gozoso que hoy ha venido a veros;
sois de toda podre, filósofos despiertos,

¡moveos libremente sobre mi sepultura,
¡dichos si reserváis aún alguna tortura
a este cuerpo sin alma, al muerto entre los muertos.

LXXIII

El tonel de odio

De las Danaides pálidas, el odio es el tonel;
venganza sin tino, de rojos brazos yertos,
vano se ha cansado de volcar sobre él
bos llenos de sangre y lágrimas de muertos.

El demonio se pone agujeros a abrir
r donde huirán mil años de esfuerzos y sudores
si las pobres víctimas pudieran revivir
las sometería a tormentos mayores.

El odio es un borracho hundido en la taberna
e siente que su sed crece con el licor
que se multiplica cual la hidra de Lerna.

Los buenos bebedores, tienen su vencedor,
es sobre el odio es tal la maldición que pesa
e ni siquiera puede dormir bajo la mesa.

LXXIV

La campana hendida

En las noches de invierno es dulce y es amargo,
erto al fuego que humea y palpita, escuchar
voz de los recuerdos despacio despertar
entras da la campana un son brumoso, largo.

Dichosa tú, campana, garganta vigorosa,
e pese a tu vejez lanzas, abierta y clara,
a voz, ese grito, fielmente religiosa,
mo un viejo soldado que en su tienda velara.

Pero mi alma está hendida, y cuando taciturna,
nplar quiere en canciones la frialdad nocturna,
voz es débil, triste, de sonidos inciertos;

y semeja un herido que se queda olvidado
erto a un lago de sangre, y que muere callado,
leante, sin moverse, bajo un montón de muertos.

LXXV
«Spleen»

Irritado pluvioso contra la villa entera,
arte de su urna en olas un frío tenebroso
e la paz del pequeño cementerio no altera,
netrando de muerte el arrabal brumoso.

El gato en el cojín encuentra su litera
el elástico cuerpo estira perezoso;
alma del poeta resuena en la gotera
n la trémula voz de un fantasma medroso.

Se escucha una campana, cruje el leño encendido,
reloj deja oír del péndulo el latido,
entras que en la baraja de baratos olores,

herencia de una vieja muerta de hidropesía,
sota y el caballo, con gentil cortesía,
saludan y hablan de sus viejos amores.

LXXVI

Yo tengo más recuerdos que si hubiera mil años.
Un arcón atestado de papeles extraños,
rosos, cartas de amor, procesos, aventuras,
ros de pelo envueltos en cintas y facturas,
arderá menos secretos que mi cabeza ociosa.
Como una pirámide, también como una fosa,
no más muertos aún
que en la fosa común.

Yo soy un cementerio de la luna olvidado,
sin el remordimiento, gusano encarnizado,
por aún que el error, la culpa, los olvidos,
seceba siempre con los muertos más queridos.
Y un viejo *boudoir* con rosas deshojadas,
donde yace un montón de cosas anticuadas;
¡pasteles ya rancios y un Boucher apagado
que inspiran el olor de un frasco destapado.

No hay nada parecido a esas largas jornadas
caminando, bajo los gruesos copos de las nevadas,
tedio —que es el no tener curiosidad—
que imita la apariencia de la inmortalidad.
Desde ahora, eres sólo, ¡oh materia viviente!,
un granito de arena en el Sahara ardiente;
¡esa esfinge olvidada a quien nadie hace caso,
contemplada tan sólo por el sol del ocaso.

LXXVII

«Spleen»

Soy un rey que reinara en un país lluvioso,
o, pero impotente, joven, pero achacoso;
e despreciando la cortesana reverencia,
encierra con sus perros y se aburre a conciencia,
da puede alegrarle, ni venado, ni halcón,
su pueblo muriendo al pie de su balcón.
El bufón favorito la grotesca balada
distrae ya el hastío de su alma agotada;
lecho flor de lis, en tumba se ha trocado,
as damas no saben qué impúdico tocado
drían inventar para hallar el secreto
arrancarle una leve sonrisa al esqueleto.
mago que fabrica su oro no ha podido
tirpar de su ser el humor corrompido.
los baños de sangre de los tiempos romanos
e devolvían el vigor a los ancianos,
han logrado encender del príncipe el deseo,
es tiene, en vez de sangre, verde agua del Leteo.

LXXVIII

«Spleen»

Cuando el cielo caído pesa como una losa
bre el gimiente espíritu, sumido en su letargo,
el horizonte es una terrible cosa
e hace eterna la noche y el día más amargo;

cuando el mundo es igual que un calabozo frío
nde, como un murciélago a ciegas, bate el ala
esperanza en el muro, y se cuelga el hastío
los techos podridos, y la llovizna cala

las paredes, dejando esos largos regueros
e semejan las rejas de una vasta prisión,
cuando las arañas de alfileres arteros
n tejiendo su tela en nuestro corazón,

hay campanas que empiezan a sonar de repente,
izando hacia los cielos sus fúnebres clamores,
mo gentes sin patria que van eternamente
itando su desdicha, su angustia, sus dolores.

Carrozas funerales, en marcha silenciosa,
sfilan por mi alma en lenta procesión;
esperanza vencida, la angustia victoriosa
ivan sobre mi cráneo su negro pabellón.

LXXIX

Obsesión

Me imponéis, grandes bosques, como las catedrales;
más como los órganos; nuestros pechos malditos,
gar de eterno luto y estertores mortales,
nuestros *De profundis* responden con sus gritos.

¡Yo te odio, océano! Tus calmas, tus tumultos
nbién los hay en mi alma; y esa risa sin par
l vencido, repleta de sollozos e insultos,
la escucho en la risa enorme de la mar.

¡Oh, qué bella sería la noche sin estrellas
e con su luz nos hablan un lenguaje sabido,
es yo busco lo incierto, lo negro, lo desnudo!

Que mis propias tinieblas me dan las cosas bellas,
res desconocidos que antes nadie ver pudo
os rostros de todos los que amé y me han querido.

LXXX

El gusto de nada

Triste espíritu mío, otro tiempo esforzado,
esperanza, que ayer atizaba tu ardor,
ya no quiere espolearte! Échate sin pudor
como un caballo viejo que en todo ha tropezado.

Duerme, duerme, alma mía, corazón resignado.

Para ti ya no cuentan, espíritu burlado,
el amor, ni la lucha, viejo merodeador.
Acercas, no tentéis la sombra y el dolor.
Llévos, cantos, suspiros... La flauta se ha callado.

¡Primavera adorable, has perdido tu olor!

El tiempo me devora, segundo por segundo,
como la nieve inmensa a un cuerpo ya sin vida;
contemplo desde lo alto la redondez del mundo
y no hallo en todo él para mí una guarida.

Avalancha, ¿quisieras llevarme en tu caída?

LXXXI

Alquimia del dolor

Uno te alumbra con su ardor,
otro el dolor te da, Natura.
que a uno dice: ¡Sepultura!,
e a otro: ¡Vida y esplendor!

Hermes ignoto que me asistes
a todas horas me intimidas,
me vuelves igual a Midas,
quimista triste entre tristes,

oro por cobre —error eterno—,
paraíso por infierno
e cambias. Y en mis inquietudes

veo en las nubes muertos amados,
en los celestes acantilados
nstruyo negros ataúdes.

LXXXII

Horror simpático

Di, ¿de ese cielo anubarrado,
mentoso cual tu destino,
é pensamientos han bajado
sta tu alma? Di, libertino.

Todo lo oscuro e incierto envidia,
desolado amo también;
he de quejarme como Ovidio
hado del latino edén.

Cielo sombrío, triste arenal,
te saludo de igual a igual.
gro cortejo: mis sueños son,

como tus nubes enlutadas
us luces atormentadas,
ñerno grato al corazón.

LXXXIII

«El heautontimorumenos»

A J. G. F.

He de golpearte sin cólera,
tal que Moisés la roca,
sta que brote de tus párpados
agua para mi boca.

Navegaré mi deseo
tu llanto; sonarán
mo, un tambor tus sollozos
tiendo su rataplán.

¿No soy un acorde falso
una bella sinfonía,
entras me sacude y muerde
a voraz ironía?

Ella es sangre de mi sangre
le mí mismo el reflejo.
furia en mí se contempla,
soy su siniestro espejo.

Soy la herida y el cuchillo,
y él esclavo y el yugo,
penado y la prisión,
víctima y el verdugo.

De mi propio corazón
ndenado a ser vampiro,
i reír sin más razón.
sa que, al fin, es suspiro.

LXXXIV
Lo irremediable

I

Una idea, una forma, un ser
e del azul ha descendido
sta el Estigio cenagoso,
l ojo del cielo perdido;

un ángel, viajero imprudente,
que tentó todo lo deforme
que ahora agita los brazos
una pesadilla enorme,

luchando como un nadador
un gigante remolino;
loco que hace piruetas
la tiniebla del camino;

un embrujado sin ventura,
sabedor que nada sabe,
en calabozo de reptiles
encuentra la luz, ni la llave;

un condenado que a oscuras baja
a interminable escalera
el barandal —olor a humedad
el negro abismo que le espera,

con monstruos viscosos que aguardan,
pupila fosforescente,
hacen día de la tiniebla
para ellos únicamente—;

un navío en un mar helado
mo en un cepo de cristal,
sin saber qué derrotero
condujo a la trampa fatal.

—Signos claros, cuadro perfecto
una fortuna irremediable
e hace pensar que el diablo procede
mpre de modo irreprochable.

II

¡Diálogo sombrío de un alma
nvertida en su propio espejo!
zo de verdad, claro y negro,
nde una estrella da su reflejo;

antorcha de satánica fiesta,
aro irónico, infernal,
ico alivio, única gloria.
conciencia dentro del mal.

LXXXV

El reloj

¡Reloj!, dios implacable, siniestro, solapado,
yos dedos: «¡Recuerda!» dicen amenazantes;
mismo que en un blanco, los dolores vibrantes
n de ir a clavarse en tu pecho aterrado.

Semejante a una sílfide detrás de un bastidor,
irá hacia el horizonte el placer, la caricia;
da instante devora un trozo de delicia
hombre concedida, mustia un poco la flor.

Tres mil seiscientas veces a la hora, el segundo
s repite: «¡Recuerda!», con seca voz de insecto.
ayer dice soy el ahora, y en efecto,
he chupado tu vida con este labio inmundo.

«¡Remember! ¡Esto memor! ¡Acuérdate!» (Sonoro
blo todas las lenguas con gorja de metal).
minuto es la ganga, ¡oh inconsciente mortal!,
la que es necesario extraer todo el oro.

«¡Recuerda!» Porque el tiempo es jugador tenaz
e nos gana sin trampa, golpe a golpe, lo sé.
e el día, ya viene la noche. «¡Acuérdate!»
agota la clepsidra; el abismo es voraz.

Se acerca ya la hora en que el divino azar,
a augusta virtud, tu esposa aún intocada,
el arrepentimiento (¡oh postrera posada!)
dirán: «¡Muere, al fin, viejo loco de atar!».

Cuadros parisienses

LXXXVI

Paisaje

Para versificar eglógicos monólogos
quiero cerca del cielo dormir, cual los astrólogos,
que escuchen campanas escuchar somnoliento
sus himnos solemnes traídos por el viento.
Quiero mano en el mentón, desde mi alta buhardilla,
contemplaré los negros tejados de la villa,
chimeneas y mástiles, campanarios, veletas,
esos cielos eternos que sueñan los poetas.

Es dulce ver nacer, tras la bruma lejana,
el azul la estrella, la luz en la ventana,
ver cómo los ríos de carbón subir al firmamento,
ver derramar la luna pálido encantamiento.
Contemplaré veranos, otoños, primaveras,
hasta que al llegar el invierno con sus nieves primeras,
las cortinas y cortinas cerraré muy despacio
para alzar en la noche mi mágico palacio.

Entonces soñaré cielos azules, astros,
sueños en que el agua llora en los alabastros,
besos y besos, pájaros cantando en la mañana,
como ese bello idilio de la infancia lejana.
El ruido, golpeando mi cristal vanamente,
me hará levantar del pupitre la frente,
y estaré gozando la voluptuosidad
de tener primavera hecha a mi voluntad,
de ver un sol de mi alma, y en el anochecer
de ver en el silencio el pensamiento a arder.

LXXXVII

El sol

Por el viejo arrabal con casuchas, persianas
e ocultan la lujuria, salgo por las mañanas
ando el sol ya redobla en los techos amigos,
bre muros y huertos, sobre campos y trigos,
¡jercitar a solas mi fantástica esgrima
smeando en los rincones del azar y la rima,
ropezando a veces como en el empedrado
ra encontrar el verso largo tiempo soñado.

Este padre nutricio, que odia enfermizas cosas,
los campos despierta los versos y las rosas,
ce que las zozobras se evaporen con él
lena las colmenas y las almas de miel.
¡juvenece a quienes se apoyan en muletas,
ciéndolos alegres como chicas coquetas,
¡ las mieses ordena madurar y crecer...
orazón inmortal, siempre has de florecer!

Cuando, como el poeta, desciende a las ciudades,
noblece hasta las más viles realidades,
como un rey, sin séquitos ni músicas marciales,
entra por los palacios y por los hospitales.

LXXXVIII

A una mendiga pelirroja

Pelirroja y blanca niña,
ya harapienta basquiña
permíteme ver la pobreza
y la belleza.

Para mí tiene su hechizo
joven cuerpo enfermizo,
ese pálido color
y dulzor.

Luces más galantemente
de una reina altivamente
sus coturnos y embelecados,
¡grandes zuecos.

Que en vez de un falducho escaso
quiero traje de raso
que gasten por los salones
¡y tacones;

que en vez de las medias rotas,
quiero miradas devotas
y tu pierna áureo puñal
tan feroz;

que los nudos desatados
que gasten a nuestros pecados
¡y pechos —flor entre abrojos—
y no dos ojos;

y que para desnudarte
ya antes que suplicarte,

que traviesa rechaces
nos audaces,

perlas del más bello oriente,
netos de Belleau, ardiente
z del galán que, rendido,
s tesoros te ha ofrecido;

y tropa de rimadores,
indándote sus primores,
e atisbar tu pie quisiera
la escalera.

Más de un paje ebrio de amor,
Ronsard, o un gran señor
piaría tu hermosura
r la cerradura.

Llenarían tus salones
rdelizados blasones,
más de un Valois a tu ley
ría grey!

Sin embargo, vas husmeando,
sureros rebuscando,
un Véfour de encrucijada
a entrada;

vas codiciando al pasar
rajitas de bazar,
que no puedo, ¡oh, perdón!,
certe don.

Ve, pues, sin más ornamentos,
rfumes, perlas, ungüentos
e tu propia donosura,
n mi hermosura!

LXXXIX

El cisne

A Victor Hugo

I

«¡Andrómaca, yo pienso en vos!». El pobre río,
este y pequeño espejo que antaño reflejara
majestad inmensa de vuestro afán —y el mío—
el mentido Simois que vuestro llanto hinchara,

mi mente fecundó por maravilla,
entras yo atravesaba el nuevo Carrousel.
fue el viejo París (la forma de una villa
cambia, ¡ay!, muy deprisa; el corazón es fiel).

Sólo veo en espíritu aquellos barracones,
el montón informe de capiteles y arcos,
el llorar de los ladrillos en confusos montones,
¡hierbas, los escombros, el verdín de los charcos.

Allí estuvo en un tiempo una casa de fieras,
í vi una mañana de invierno, cuando el frío
se dice: «¡Hala, al trabajo!», y de las cambroneras
bebe en el aire mudo un huracán sombrío,

un cisne que se había de su jaula escapado
con sus torpes patas hollando el pavimento,
a la arrastrar en lodo su blanco inmaculado,
llegado a un arroyo seco, con su pico sediento.

Agitando sus alas en aquel sucio suelo
cruce, llena el alma de su suelo natal:
Cuándo caerás tú, rayo? ¿Cuándo lloverás, cielo?».
Yo veo algunas veces, mito extraño y fatal,

como el hombre de Ovidio, veo a ese desdichado,
uelto hacia el cielo cruel y azul por paradoja,
guiendo la cabeza, el cuello delicado,
ra decirle a Dios su sed y su congoja.

II

¡París cambia! No cambia nada mi hipocondría.
uevos palacios, bloques, andamios, horizontes,
ajos barrios..., ya todo se me hace alegoría.
e pesan los recuerdos como si fueran montes.

Así, frente a este Louvre, una imagen me oprime:
pienso en mi gran cisne, convulso, como loco,
omo los desterrados, ridículo y sublime,
ído de un deseo sin tregua! Y desemboco

en vos, los brazos que al esposo confía
drómaca, o esclava a merced del poder
Pirro; ante una tumba en éxtasis, vacía...,
ida de Héctor, ¡ay!, y de Heleno mujer.

Y metido en la negra tísica enflaquecida,
tre el lodo, buscando con ceñuda mirada,
anos cocoteros del África encendida
ravés del telón de la bruma cerrada.

Pienso en los que han perdido lo que no se recobra
más, jamás! ¡En esos que se abrasan en llantos
naman la desgracia como una buena loba!
n los huérfanos, flores de miseria y quebrantos!

También en esta selva donde estoy desterrado
pla un viejo recuerdo su terca sinfonía.
ienso en el marinero en la isla olvidado,
cautivo, el vencido... y en otros todavía!

XC

Los siete viejos

A Víctor Hugo

Hormigueante ciudad, ciudad llena de sueños,
onde el espectro a veces camina entre la gente.
Es misterios, cual savia, y de la calle dueños,
circulan por las venas del coloso potente.

Una mañana, en tanto que en la calle sombría
las casas, que la niebla vagamente alargaba,
recían los muelles de una brumosa ría,
el decorado el alma del actor semejaba,

Iba yo entre la niebla como un héroe vencido,
luchando con mis nervios, con mi alma disputando.
El arrabal, por recios volquetes sacudido,
me daba entre bostezos y brumas despertando.

En esto, un pobre viejo cuyos andrajos eran
de color semejante al de un cielo lluvioso,
sobre quien compasivas las limosnas cayeran
no ser por sus ojos de mirar malicioso,

apareció ante mí. Diríase que, untada
pupila con hiel, en la mano un garrote,
barba en largos pelos, recta como una espada,
era la sombra misma de Judas Iscariote.

No andaba propiamente curvado: su espinazo,
siguiendo con sus piernas casi un ángulo recto,
tanto tiempo que el garrote completaba su trazo
el paso entorpecido—, le daba cierto aspecto

de un cuadrúpedo inválido o un judío en tres patas.

la nieve y el lodo se hundía fieramente,
al si aplastara muertos bajo sus alpargatas,
stil al universo más bien que indiferente.

Lo seguía otro igual: barba, garrote, trapos,
lo igual, parecía del infierno venido,
ntenario gemelo; espectros con harapos,
an con paso igual a un fin desconocido.

¿Sería yo la víctima de algún conjuro astuto,
qué maligno azar conmigo se cebaba?
es conté siete veces, minuto por minuto,
mo el siniestro viejo se me multiplicaba.
ien, ingenuo, pretendía reírse de mi inquietud
i sentir el impulso de la mano fraterna,
ense bien que, a pesar de su decrepitud,
s siete monstruos eran de una apariencia eterna.

¿Podría yo a un octavo contemplar con mutismo,
sias inexorable, irónico y fatal,
nundo Fénix, hijo y padre de sí mismo?
olví entonces la espalda al cortejo infernal.

Lo mismo que el borracho que ve dobles las cosas,
lví a casa y cerré la puerta horrorizado,
fermo, herido por visiones misteriosas,
nsando en tanto absurdo, febril, desconcertado.

Mi razón vanamente al timón se agarraba;
istraba mis esfuerzos la tempestad maldita,
ni alma, ya sin velas ni mástiles, danzaba
bre una mar inmensa, monstruosa, infinita.

XCI
Las viejecitas
A Víctor Hugo

I

En los pliegues sinuosos de viejas capitales
donde el mismo horror suele tener su encanto,
acecho, obedeciendo antojos humorales,
ertos seres decrepitos y humildes que amo tanto,

Estos monstruos han sido mujeres algún día.
ponina o Laís!, monstruos rotos, torcidos,
robados, ¡amémoslas!, son almas todavía.
ujo rotas enaguas, bajo pobres tejidos,

se arrastran, por el cierzo inicuo flageladas,
nblando al estruendo del ómnibus pesado,
apretando en su pecho cual reliquias preciadas
bolsito de flores y de estrellas bordado.

Trotan, trotan iguales que pobres marionetas,
cojeando a veces como bestias heridas;
lanzan sin quererlo haciendo piruetas,
al si un demonio impío sacudiera sus vidas.

Sus ojos, perforantes igual que la barrena,
ucen como el charco que en lo nocturno brilla;
as tienen los ojos divinos de la nena
e de todo se asombra, todo le maravilla.

¿No habéis visto que muchos ataúdes de viejas
n casi tan pequeños como los de un infante?
muerte muestra así en dos cajas parejas,
n pareja ternura, un símbolo inquietante.

Y cuando yo entreveo algún fantasma débil
a pesar el cuadro de ese París bullente,
siempre se me figura que aquella cosa flébil
como una nueva cuna camina dulcemente.

A no ser que el obrero, fiel a la geometría,
te unos pobres miembros faltos de proporción,
también por capricho de su carpintería,
¿dé a esos ataúdes la forma de un cajón.

Sus ojos, pozos hechos para el luto y el llanto,
soles de un metal enfriado de luna,
sus ojos misteriosos, de un invencible encanto,
para quien se amamanta de la negra fortuna.

II

De Frascati difunto, vestal enamorada,
litora de Talía, ¡ay!, cuyo apuntador
ya sido ya olvidado; célebre evaporada
en Tívoli sombreaba en su primera flor,

¡todas me embriagan! Pero en mi amor hay escalas,
están los seres que hacen del dolor un consuelo
al sacrificio dicen, pidiéndole sus alas:
Hipogrifo potente, condúceme hasta el cielo!».

La una, ya al infortunio por su patria avezada,
otra a quien el esposo abrumó de quebrantos,
y otra, por su hijo madona traspasada,
¿cómo hacer pudieran un río con sus llantos!

III

¡Ah!, cuántas he seguido de esas pequeñas viejas.
Una de ellas, a la hora en que el sol declinante
sangrienta el ocaso con heridas bermejas,
insatisfecha sentábase en un banco distante.

Escuchaba un concierto, rico en cobre sonoro,
esos con que los parques se llenan de soldados,
que, cuando la vida vuelve en las tardes de oro,
arten cierto heroísmo en los pechos cansados.

Y la vieja, al oír los acordes marciales
a pesar de sus años, con fiereza se erguía;
sus ojos parecían al de un águila iguales,
su frente de mármol el laurel merecía.

IV

Así vais caminando estoicas, entre tantas
returas y prisas de la ciudad viviente,
madres de alma sangrante, cortesanas o santas,
vuestros nombres antaño repetía la gente.

A vosotras que fuisteis la belleza o la gloria
ahora nadie os conoce. Tal vez algún beodo
insulta al pasar con caricia irrisoria,
un chiquillo os arroja una pella de lodo.

Sombras avergonzadas de vivir, encogidas,
cansadas, marcháis pegadas a los muros,
ninguno os saluda, pasáis inadvertidas;
vuestros cuerpos ya están para caer, maduros.

Pero yo que de lejos os sigo con ternura,
por calles y calles peregrinar os veo,
el mismo que si fuera vuestro padre, ¡oh ventura!,
que vos lo sepáis, néctares paladeo.

Veo cómo se ensanchan vuestros pechos novicios,
rojos, negros o claros, vuestros perdidos días;
para mi corazón con todos vuestros vicios,
que las vuestras virtudes quisiera fueran más.

¡Ruinas! Sois mis hermanas, vencidas, solitarias.
Esta tarde os despido con un solemne adiós.
¿Dónde estaréis mañana, Evas octogenarias,

arcadas por la garra implacable de Dios?

XCII

Los ciegos

¡Míralos, alma, son en verdad espantosos!
igamente ridículos, maniquíes noctámbulos;
ribles, singulares, igual a los sonámbulos,
an quién sabe en dónde sus ojos tenebrosos.

Sus ojos, de que huyó la centella divina,
mo si algo miraran en lo lejano, al cielo
alzan siempre; jamás su cabeza se inclina
ra buscar, cargada de visiones, el suelo.

Él atraviesa así la negra inmensidad,
rmano del silencio infinito. ¡Oh ciudad!,
entras en torno cantas, ríes sin un anhelo

generoso, aturdida, de placer embriagada,
ira!, también me arrastro, el alma desolada,
ne digo: «¿Qué buscan los ciegos en el cielo?».

XCIII

A una transeúnte

La calle aturdidora en torno mío aullaba,
ta, fina, de luto, dolor majestuoso,
cruzó una mujer. Con un gesto precioso
cogía la blonda que la brisa agitaba.

Y era ágil, noble, con su pierna de escultura.
Yo bebí en el instante, embriagado y crispado,
su pupila —cielo de tormenta preñado—
acer mortal y a un tiempo fascinante dulzura.

Un relámpago... ¡y noche! Fugitiva beldad
ya mirada me ha hecho de pronto renacer,
o he de volver a verte sino en la eternidad?

¡Lejos, lejos..., o tarde..., cuando no pueda ser!
es dónde voy no sabes, ni yo sé adónde huiste,
¡a quien yo hubiera amado, tú, que lo comprendiste!

XCIV

El esqueleto labrador

I

En las láminas de anatomía
e hay en el muelle polvoriento,
nde el libro y el documento
ermen como una momia fría

—dibujo a cuya gravedad
oficio de un viejo artista,
nque el tema se le resista,
de dar cierta calidad—,

se ven, para hacer más completos
os misteriosos horrores,
vando, como labradores,
spellejados y esqueletos.

II

En esa tierra que caváis,
nebres siervos resignados,
isa la vértebra, curvados,
cid, ¿qué cosecha sacáis?

Decidme, a ver, ¿qué extrañas mieses
cosechan en ese osario;
qué granjero estrafalario
áis sirviendo los intereses?

¿Queréis —imagen espantosa
un humano destino harto duro—

mostrar que no hay sueño seguro
en lo profundo de la fosa;

que la nada es siempre traidora,
e hasta la propia muerte miente,
en fin, que sempiternamente,
¡!, tendremos en mala hora

y en algún país ignorado
e cavar una tierra mala,
empujar una dura pala
n el pie desnudo y llagado?

XCV

El crepúsculo de la tarde

He aquí la noche, amiga del criminal desvelo;
me a paso de lobo como un cómplice; el cielo
cierra lentamente, cual si una alcoba fuera,
todo hombre impaciente se cambia un poco en fiera.

¡Oh noche!, amada noche, tranquila, deseada
r aquellos que pueden decir: «Hoy la jornada
sido de trabajo». La noche es quien serena
¡almas devoradas por indecible pena,
sabio que se obstina inclinando su pecho,
el obrero cansado que va en busca del lecho.

Los demonios malsanos, a favor del ambiente,
mo hombres de negocios, despiertan torpemente,
ileros y ventanas golpean al volar.
través de las luces, que el viento hace temblar,
enciende la prostitución en las aceras;
sucios callejones abre sus madrigueras;
ra todos ofrece un oculto camino
incluso para quien nos acecha ladino—,
se agita en el lodo de la ciudad podrida
mo un verme que al hombre robara su comida.
¡y allí se oyen las cocinas silbar,
¡teatros gañir, las orquestas roncar;
¡verdes mesas donde el juego hace primores,
n corte de ramera, chulos y estafadores;
pronto van también a empezar los ladrones
trabajo que no conoce vacaciones,
zando dulcemente las cajas escondidas
ra vivir un tiempo y vestir sus queridas.

Recógete, alma mía, en tan grave momento

tierra tus oídos a ese desbordamiento.
la hora en que todos los enfermos se agravan.
noche les aprieta la garganta; así acaban
una vez sus fatigas, y hacia el abismo van;
hospital solloza... Ya nunca volverán
unos a buscar la sopa perfumada
frente al fuego, de noche, cerca de un alma amada.

¡Aunque la mayor parte jamás han conocido
calor de un hogar y jamás han vivido!

XCVI

El juego

En sillones raídos, cortesanas ya viejas,
lidas, de pintadas cejas y ojo fatal,
queteando y haciendo en sus magras orejas
nar un tintineo de piedras y metal;

el rostro que sin labios a sonreír se atreve,
cas descoloridas, mandíbulas sin dientes,
ledos contraídos por una infernal fiebre,
scando en el bolsillo o en el seno impacientes;

colgando de los techos arañas parpadeantes,
os grandes quinqués dando sus resplandores
bre las frentes fúnebres de poetas triunfantes
e van a disipar sus sangrantes sudores;

he aquí el sombrío cuadro que en un sueño nocturno
irvidentemente descubrió el ojo ocioso.
mí mismo, en un ángulo del antro, taciturno
e vi acodado, frío, callado y envidioso.

Las tenaces pasiones de esa gente envidiando,
aquellas viejas putas la fúnebre alegría,
dos gallardamente ante mí cotizando
honor descolorido, su belleza de un día!

Y mi alma se sentía de envidiar espantada
quellos que marchaban hacia el abismo abierto,
que ebrios de su sangre prefirieran de cierto
dolor a la muerte, el infierno a la nada.

XCVII

Danza macabra

A Ernest Christophe

Altiva, hermosa, ufana de su noble estatura,
n su gran ramillete, su pañuelo y sus guantes,
ne la negligencia y la desenvoltura
una esbelta coqueta de aires extravagantes.

¿Se vio nunca en el baile cuerpo más entallado?
falda, exagerada en vuelo y esplendor,
e abundantemente sobre su pie calzado
r un chapín con borla, lindo como una flor.

El pliegue que en el borde juega de sus clavículas,
mo un lascivo arroyo en la roca al frotar,
fiende pudoroso de caídas ridículas
; fúnebres encantos que trata de ocultar.

De vacío y tiniebla está hecha su pupila,
su cráneo adornado de flores bellamente,
bre los hombros frágiles rítmicamente oscila.
h encanto de la nada danzando locamente!

Algunos te dirán tal vez caricatura,
es, ávidos de carne, jamás han comprendido
elegancia sin nombre de la humana armadura...
ú colmas, esqueleto, mi gusto preferido!

¿Vienes quizá a turbar con tu danza crujiente
fiesta de la vida? ¿O un deseo de ayer,
poleando aún tu osamenta viviente,
empuja al aquelarre del vicio y el placer?

¿Con cantos de violines y llamas de bujías
peras espantar ese sueño burlón,

peras espantar ese sueño burlón,
en el torrente quieres de todas las orgías
frescar el infierno que arde en tu corazón?

¡Inagotable pozo de error y de falsía!
h tú, alambique eterno del eterno dolor!
r entre el costillar yo veo todavía,
mo tras una reja, el áspid del amor.

Pero, a decir verdad, espantosa coqueta,
veo que tu esfuerzo encuentre el galardón.
¿Quién entre estos mortales comprende tu pirueta?
El horror sólo encanta a un fuerte corazón!

Tus ojos, sí, horrible como tu pensamiento,
en vértigo; y aquellos bailarines prudentes
han de mirar sin náusea, sin estremecimiento,
perenne sonrisa de tus treinta y dos dientes.

Y, sin embargo, ¿quién no abrazó a un esqueleto,
¿quién de sepulcrales cosas no se ha nutrido?
¿Qué importan el vestido, el perfume secreto?
¿Luchas sólo a quien más que tú se ha creído.

Amante irresistible, ninfa desnarigada,
¿y tú a esos que danzan y que te son esquivos:
¿huapos galanes, pese al polvo y la pomada,
los oléis a muerto, ¡oh cadáveres vivos!

Antínoos pasados, dandis que mucho admiro,
ornizados difuntos, Lovelaces sin pelo,
¿la danza macabra os arrastra en su giro
lugares lejanos y os levanta del suelo.

Hasta el borde del Ganges, desde orilla del Sena,
el rebaño mortal en su danza, sin ver
¿el ángel misterioso, cuya trompeta suena
para el juicio supremo, pudiera aparecer.

¡Bajo todos los soles, la muerte su mirada
¿a en tus contorsiones, risible Humanidad,

como tú, también de mirra perfumada,
a mezclar su ironía con tu imbecilidad!».

XCVIII

El amor engañoso

Cuando pasar te veo, ¡oh mi amada indolente!,
steniendo tu paso armonioso y rotundo,
entras suena en la orquesta algún metal valiente,
u mirada esparce un hastío profundo;

cuando veo inclinarse tu frente seductora,
a pálida frente que no ha de hacerme ingrato,
donde las antorchas encienden una aurora,
us ojos que atraen como los de un retrato,

yo me digo: «¡Qué hermosa!». Como por un conjuro,
e recuerda la torre de una altiva realeza;
ne por corazón un durazno maduro,
mismo que su cuerpo todo amor y belleza.

¿Eres fruto de otoño de sabor soberano?
únebre vaso para los llantos quemadores?
erfume evocador del oasis lejano?
lna almohada amorosa o un cestillo de flores?

Hay ojos de una triste, bella melancolía,
nque nunca se pagan de preciosos desvelos,
mo estuches sin joyas, como un arca vacía,
ís hondos, más vacíos que vosotros, ¡oh cielos!

Pero ¿no basta acaso que seas la apariencia
ra alegrar un alma que huye de la verdad?
'u necedad qué importa o qué tu indiferencia?
alud, adorno o máscara! Yo adoro tu beldad.

XCIX

Yo no he olvidado nunca la casita cercana
la ciudad, el campo, la tranquila mañana.
Pomona de yeso y la Venus antigua
se oculta su desnudo tras una fronda exigua.
por la tarde, el sol, luminoso, radiante,
e detrás del cristal se asomaba un instante
al que una pupila celestial y curiosa
contemplar a gusto la casa silenciosa,
bañando gozoso de alegría pascual
las cortinas de sarga, nuestro mantel frugal.

C

La sirvienta tan buena, tan fiel, tan afanosa,
se duerme para siempre en una humilde fosa;
vamos —¿no crees?— llevarle algunas flores,
porque los muertos deben de tener sus dolores;
cuando octubre envía melancólicos vientos,
deshoja los árboles junto a sus monumentos,
los juzgarán ingratos, vacuos, indiferentes,
y dormir abrigados, entre mantas, calientes,
entre ellos tiritan con negras fantasías
y agradables charlas y dulces compañías.
Perdidos despojos comidos del gusano,
no ven gotear la nieve, recuerdan el verano,
transcurrir los años en silencio y negrura
y que nadie se acerque a aquella sepultura.

Cuando la tarde muere y chispea el tizón,
la viera sentada tranquila en su sillón;
en una noche de diciembre azul y helada,
en mi alcoba en un ángulo la viese recostada,
gase, grave y dulce, desde su lecho eterno,
dar al niño grande un amparo materno,
aquella alma piadosa qué le respondería,
viendo caer las lágrimas de su órbita vacía?

CI

Brumas y lluvias

Fines de otoño, inviernos, primaveras lluviosas,
os alabo y os amo sobre todas las cosas;
alma se siente envuelta de una mortaja leve;
go como una tumba ya presentimos... Llueve.

En esta gran llanura que el ábrego oscurece,
ando en las largas noches la veleta enronquece,
alma, mejor aún que en días de tibieza,
s dos alas lo mismo que un cuervo despereza.

Nada hay más dulce al alma llena de tristes cosas
que guarda hace tiempo vuestras gélidas rosas,
nas de nuestros climas, pálidas estaciones,

que el permanente aspecto de vuestros corazones,
no es, en una noche sin luna, lado a lado,
ansar él dolor en un lecho alquilado.

CII

Sueño parisiense

A Constantin Guys

I

De aquel terrible paisaje
mo jamás nadie ha visto,
imagen, vaga y lejana,
a mañana ha venido.

¡Oh milagro de los sueños!
r un singular capricho,
lo rastro vegetal
e del paisaje excluido.

Y saboreé en un cuadro
artista genial y altivo—
bella monotonía
agua, metal, mármol frío.

Babel de arcos y escaleras,
a un palacio infinito,
no de fuentes, cascadas,
yendo sobre oro vivo.

Las rugientes cataratas
cortinas de cristal líquido—,
ndiendo de las murallas
cristal, daban su brillo.

Árboles, no; columnatas
torno a estanques dormidos,
nde espejaban las náyades
s encantos femeninos.

Y el agua azul se extendía
tre andenes de granito
les y miles de leguas
cia el horizonte... Ríos.

Ganges, en verdad, volcaban
splicentes y sombríos,
s cielos desde sus urnas
bre los hondos abismos,

Arquitecto de mis sueños
señor de mis caprichos,
jo un túnel de diamantes,
ares profundos, tranquilos.

Y todo, aunque negro todo,
stellaba, claro, nítido,
sado por la gloria
un rayo de sol caído.

Pero en el cielo, ni un astro
ra alumbrar el prodigio
omaba, porque todo
llaba allí por sí mismo.

Y sobre la maravilla
do visto, nada oído,
n terrible sensación!),
largo, eterno mutismo.

II

Cuando abrí de nuevo los ojos,
e encontré con mi cuchitril,
alma entre penas y abrojos,
vida, fea, dura, vil.

El reloj con fúnebre acento
unciaba mi mediodía;

sobre un mundo ceniciento
cielo tinieblas vertía.

CIII

El crepúsculo de la mañana

La diana madrugaba cantando en las casernas,
el viento matutino soplabá en las linternas.

Es la hora en que el enjambre de sueños impacientes
se pereza en su almohada a las adolescentes;
como un ojo sangriento que palpita y se ensancha
la lámpara en el día pone una roja mancha;
el alma, bajo el peso que en hundirla confía,
rece ella también la lámpara y el día.
Como un rostro lloroso que las brisas enjugan,
sobre el aire un temblor de cosas que se fugan;
el hombre está cansado de escribir y de amar.
Las casas, a lo lejos, comienzan a humear.
Las mujeres alegres, el párpado morado,
se remitan viendo en sueños la noche que han pasado;
las —senos caídos, rostros llenos de miedos—
seoplan en los tizones y se soplan los dedos.

Es la hora en que entre el frío, la sangre, los sudores,
la mujer de parto se agravan los dolores;
el parto al que, de golpe, corta sangre en espuma,
el gallo desgarraba la mañana de bruma;
señalaba un mar de niebla los altos edificios,
los agonizantes daban en los hospicios,
entre hipos y desmayos, el último estertor.
Se olvíá el libertino de rendir su labor.

En su auriverde túnica la aurora tiritaba,
entre las que sobre el Sena lentamente avanzaba;
París, restregándose los ojos, perezoso
se apuñaba sus útiles de anciano laborioso.

El vino

CIV

El alma del vino

Brillando en las botellas, cantó el alma del vino:
lombre, elevo hacia ti, pobre desheredado,
canto luminoso, fraternal y divino,
sde mi cárcel vítrea y mi lacre encarnado.

Yo sé que es necesario en la colina ardiente
nar, sudar al sol, vendimiar el racimo
ra engendrar mi vida, esta alma transparente,
no he de ser ingrato con lo mismo que estimo.

Pues mi gozo es inmenso cuando siento el latido
l garguero de alguien cansado por la brega,
su pecho caliente me es mucho más querido
e el ventrudo tonel y la fría bodega.

¿Escuchas ya los cantos del domingo? Ha llegado
luz. Es la esperanza que dentro de mí siento.
e codos en la mesa, dichoso, remangado,
e glorificarás y quedarás contento.

Yo encenderé los ojos de la mujer querida,
volveré a tus hijos la fuerza y los colores,
ré para ese frágil atleta de la vida
aceite que pule brazos de luchadores.

Y he de caer en ti, vegetal ambrosía,
ano que lanza el eterno sembrador,
sí de nuestro amor nacerá la poesía
de se alzará hacia Dios como una rara flor!».

CV

El vino de los traperos

A menudo, a la luz roja de un reverbero
se tiembla en una esquina bajo del aguacero,
un viejo arrabal, laberinto fangoso,
donde hierve el humano fermento tormentoso,

pasa el viejo trapero con la bolsa repleta,
apezando en los muros lo mismo que un poeta,
haciendo caso omiso del gendarme *feroche*,
plaza sus gloriosos proyectos... ¡Qué derroche!

Él presta juramentos, dicta la ley sublime,
ante a los perversos, las víctimas redime,
bajo el firmamento, como bajo un dosel,
embriaga de esplendores... ¡ya la virtud es él!

Sí; estos míseros hombres, de penas hostigados,
olvidados de trabajo, por la edad agobiados,
en la basura a cuestras y que están en un tris
de ser un poco el vómito del enorme París,

regresan perfumados de un olor de toneles,
seguidos por amigos y camaradas fieles,
y los mostachos caen cual pendones marciales.
Las banderas, las flores y los arcos triunfales

se yerguen ante ellos como en solemne día!
en esa aturdidora y luminosa orgía
el sol, de los clarines, los gritos y el tambor,
gloria traen en alto al pueblo ebrio de amor.

Así es como a través del hombre claudicante,
vino vierte su oro, Pactolo deslumbrante;

canta la proeza, el heroísmo, y canta
rey también por sus dones— en la ávida garganta.

Por mecer la indolencia y el rencor sofocar
esos viejos malditos que mueren sin chistar,
atiéndose por ello quizá apesadumbrado,
os al hombre dio el vino, hijo del sol sagrado.

CVI

El vino del asesino

Mi mujer ha muerto. Soy libre.
Ahora puedo beber mucho o poco.
Cuando llegaba sin un céntimo,
sus gritos me volvían loco.

Ahora soy tan feliz como un rey;
Como el aire y el cielo admirable.
En verano feliz como éste
Como juramos amor invariable.

Esta sed tan terrible que siento
Podría aplacar solamente
Con el vino que pueda caber
En su tumba... ¡Por Dios, fui valiente!

La arrojé a lo profundo de un pozo,
Con el brocal, con sus piedras encima...
Quitaré de olvidar si es que puedo:
Recordarlo, no más, me da grima.

En nombre de los juramentos
En un día se hizo nuestra pasión,
Como en otros bellos tiempos
Recordando la reconciliación,

Yo imploré que me diera una cita
Para una noche en sitio oscuro,
Ella acudió —¡loca criatura!—.
Todos nos vamos del seguro!

Estaba linda todavía,
Aunque muy fatigada. Y yo

amaba tanto que le dije:
Ea! ¡Esta vida se acabó!».

Nadie puede entenderme. ¿Alguno,
tre tanto borracho cretino,
soñado en sus noches malsanas
nvertir en sudario el vino?

Esta crápula invulnerable
mo las máquinas de acero,
nás, en invierno o en verano,
noció el amor verdadero,

con sus negras hechicerías,
s redomas de hiel, sus calvarios,
cortejo infernal de sospechas,
s cadenas y sus osarios.

¡Heme aquí libre y solitario!
rrachín que al vaso se aferra,
noche, sin remordimiento,
e tenderé sobre la tierra.

¡Me dormiré lo mismo que un perro!
on sus ruedas allí la carreta
rgada de piedras y escombros,
a pesada vagoneta,

podrá partirme en dos pedazos,
drá aplastarme la cabeza,
e yo me río igual que Dios
la serpiente y su fiereza!

CVII

El vino del solitario

La mirada insinuante de una bella mujer
e nos recorre igual que ese rayo de luna
slizándose suave, y que hace estremecer
n su belleza el agua de la quieta laguna;

las últimas monedas que aprieta el jugador,
beso libertino de la esbelta Adelina,
; sones de una música enervante y felina,
ese grito lejano del humano dolor,

todo eso no vale, ¡oh botella profunda!,
penetrante bálsamo con que tu vientre inunda
corazón sediento del poeta piadoso;

tú le das juventud, la vida, y la esperanza,
el orgullo —un tesoro en toda malandanza,
e lo hace sentirse, como un dios, victorioso.

CVIII

El vino de los amantes

¡Hoy el espacio es todo vida!
in freno, ni espuelas, ni brida,
mos cabalgando en el vino
in cielo mágico, divino!

Como dos ángeles que tortura
a implacable calentura,
¡el cristal de la mañana
rsigamos la imagen lejana!

Columpiándonos dulcemente
este torbellino ardiente,
eña de mí, yo de ti dueño,

hermana mía, braceando,
¡cesar iremos buscando
paraíso de mi sueño.

Las flores del mal

CIX

La destrucción

El demonio a mi lado acecha en tentaciones;
mo un aire impalpable lo siento en torno mío;
respiro, lo siento quemando mis pulmones
un culpable deseo con que, en vano, porfío.

Toma a veces la forma, sabiendo que amo el arte,
la más seductora de todas las mujeres;
n pretextos y antojos que no echo a mala parte
ostumbra mis labios a nefandos placeres.

Cada vez más, me aleja de la dulce mirada
Dios, dejando mi alma jadeante, fatigada
medio de las negras llanuras del hastío.

Y pone ante mis ojos, llenos de confusiones,
ridas entreabiertas, espantosas visiones...
.destrucción preside este corazón mío.

CX

Un mártir

Dibujo de un maestro desconocido

En medio de los búcaros, las sedas, los brocados
de los muebles voluptuosos,
mármoles, pinturas, vestidos perfumados,
astrando sus pliegues suntuosos,

en una alcoba tibia como un invernadero
donde el aire fuera enervante y fatal,
exhalasen las flores un perfume postrero,
como en un ataúd de cristal,

un cuerpo femenino está decapitado
sobre la almohada... Un río
sangre viva y roja todo el lecho ha bañado
mismo que si fuera un pradeño.

Semejante a visiones por la noche engendradas,
ayentes a un tiempo y medrosas,
cabeza de crines sombreadas
adornada de piedras preciosas,

en la mesa de noche, como una planta acuática
posada; y de pensar vacía,
sobre los vagos ojos una sombra lunática,
palescente y fría.

Sobre el lecho está el tronco tendido sin pudor,
ostentando su belleza,
belleza fatal y el secreto esplendor
de su naturaleza.

En la pierna una media rosa bordada de oro,

ruerdo que perdura;
liga, tal que un ojo que atisba sin decoro,
amante que fulgura.

El singular aspecto de aquella soledad
en gran retrato voluptuoso,
ojos provocativos, sedientos, en verdad
velan un amor tenebroso;

alegría frenética y morbosa, de fijo,
na de besos infernales,
e a los ángeles malos darían regocijo,
minados de las regiones celestiales.

Y sin embargo, al ver del hombro la finura,
le su esbelta espalda el contorno quebrado,
afilada cadera, la mínima cintura,
nejante a un reptil irritado,

¡qué joven vemos que era! Mas, su alma exasperada,
ordidos por el tedio sus sentidos,
la hambrienta jauría estaba ya entregada,
os malos deseos, a los locos ladridos?

El hombre vengativo a quien tú no pudiste,
resar de tu amor, complacer y aplacar,
ació sobre tu cuerpo inerte —presa triste—
torpe sed de amar?

¡Respóndeme, cadáver! ¿En tales desvaríos,
gida del cabello, en el lecho te alzó?
me, testa espantosa, ¿en esos dientes fríos
último adiós dejó?

Lejos del mundo imbécil y de la turba impura,
os del magistrado circunspecto, untuoso,
erme en paz, duerme en paz, peregrina criatura,
tu sepulcro misterioso.

Tu esposo corre el mundo, y tu forma inmortal
la junto a él, inerte;

eres fiel, y él te debe fidelidad igual
ís allá de la muerte.

CXI

Mujeres condenadas

Como triste ganado en la arena acostadas,
tornando los ojos y mirando hacia el mar,
en los pies que se buscan, las manos enlazadas,
en posturas lánguidas, lento desperezar.

Las unas, corazones que aman la confianza
medio de las frondas, la fuente florecida,
letreando el amor con tímida inocencia
escribiendo sus nombres en la corteza herida.

Las otras, como hermanas, caminan lentamente
a través de las rocas llenas de apariciones,
donde San Antonio vio surgir de repente
sus senos nacarados y los rojos pezones.

Y las hay que a la lumbre de resinas goteantes,
la muda oquedad de los antros paganos,
se llaman en socorro de sus fiebres aullantes,
¡Baco, que adormeces los tormentos humanos!

Y otras cuyas gargantas ciñen escapularios
que un látigo ocultan bajo sus vestiduras,
se mezclan en los nocturnos instantes solitarios
como una suma de placer con lágrimas oscuras.

¡Oh vírgenes!, ¡oh mártires!, ¡oh monstruos!, ¡oh posesas!,
espíritus de toda realidad negadores,
santas de infinito, devotas, sátiresas,
bañadas en lágrimas, ya presas de furores.

Yo, que hasta vuestro infierno también os he seguido,
amo, hermanas mías, y os tengo compasión,
con la sed insaciable y el tormento sufrido,

r la sed insaciable y el tormento sufrido,
a amorosa urna de vuestro corazón.

CXII

La lujuria y la muerte son dos buenas chiquillas;
ódigas en sus besos, vigor inusitados,
flanco siempre virgen, mostrando las rodillas,
su eterno ejercicio jamás han fecundado.

Al poeta siniestro, terror de los hogares,
vorito del diablo, cortesano sin más,
ofrecen una cama tumbas y lupanares
nde el remordimiento no ha dormido, jamás.

Y el féretro y la alcoba, blasfemias soberanas,
recen alternando como buenas hermanas,
¡terribles placeres, el deleite al revés.

Lujuria inmunda, ¿cuándo lograrás enterrarme?
uerte, ¿cuándo vendrás, su rival, a besarme,
bre tus mirtos fúnebres, bajo un negro ciprés?

CXIII

La fuente de sangre

Creo sentir, a veces, que mi sangre en torrente
me escapa en sollozos lo mismo que una fuente.
Sigo perfectamente su queja dolorida,
pero me palpo en vano para encontrar la herida.

Corre como si fuera regando un descampado,
y en curiosos islotes convierte el empedrado,
agitando la sed que hay en toda criatura
haciendo doquiera de rojo la Natura.

A menudo también del vino he demandado
y me aplaque por un día mi terror. ¡Pero el vino
hace el mirar más claro y el oído más fino!
Un poco en el amor el olvido he encontrado:
he sido para mí un lecho de alfileres,
y he sido para saciar la sed de las mujeres.

CXIV

Alegoría

Ésta es una mujer de rotunda cadera
que permite en el vino mojar su cabellera.
Las garras del amor, los miasmas del garito
se abalanzan y se embotan en su piel de granito.
Conoce de la muerte y la depravación,
a pesar de su fuerte poder de destrucción,
y los hombres han respetado hasta ahora, su verdad,
su cuerpo alto y firme la altiva majestad.

Anda como una diosa y se tiende sultana,
ante por el placer una fe mahometana.
Cuando abre los brazos, sus pechos soberanos
mandan la mirada de todos los humanos.
Ella sabe, ella sabe, ¡oh doncella infecunda!,
cesaria, no obstante, a la caterva inmunda,
que la beldad del cuerpo es un sublime don
que de cualquier infamia asegura el perdón.

Ella ignora el infierno y el purgatorio ignora,
mirará por eso, cuando le llegue la hora,
cara de la muerte en tan duro momento,
como un niño: sin odio y sin remordimiento.

CXV

La Beatriz

En tierras calcinadas, desiertas, sin verdura,
entras me lamentaba un día ante Natura,
en tanto que al azar vagaba el pensamiento
sentía en mi pecho clavar un puñal lento,
en pleno mediodía bajar sobre mi frente.
La fúnebre nube de tormenta inminente,
mejante a un rebaño de demonios viciosos,
mo crueles enanos, deformes, espantosos.
se síéronse a mirarme entonces fríamente,
como se oye al loco que pasa entre la gente,
cómo decían después de cuchichear
ver entre ellos y algún guiño cambiar:

«Contemplemos a gusto esta caricatura,
la sombra que imita de Hamlet la postura,
¡cabellos al viento, la mirada indecisa.
No es cierto que da lástima y también mueve a risa
este vago, este histrión, este gran vividor
que, porque representa su papel con calor,
pretende interesar cantando sus dolores
al águila y al grillo, al arroyo y las flores,
hasta a nosotros, maestros en cómicas chuscadas,
citarnos a gritos retóricas tiradas?».

Hubiera yo podido (alto como los montes
mi orgullo y domina demonios y horizontes)
llover hacia otra parte la mirada serena,
no haber descubierto entre la tropa obscena
¡y que esto no lograra la luz del sol nublar!—
¡a que reina en mi alma, ¡oh mirada sin par!,
de mi desamparo reía con delicia,
ciéndoles, a veces, una sucia caricia.

CXVI

Un viaje a Cyteres

Mi corazón, albatros, se mecía en la altura,
en torno del cordaje libremente volaba;
sobre un cielo sin nubes el navío avanzaba
como ángel embriagado de sol y de hermosura.

«¿Qué isla es ésta, tan negra y triste?» Y la respuesta:
«Es Cyteres, país famoso en las canciones,
dorado ideal de viejos solterones.
Pero que, a pesar de todo, es pobre tierra ésta».

¡Isla de las secretas fiestas del corazón!
En la Venus antigua el recuerdo adorado
sobre tus mares un aire perfumado
en el alma una lánguida caricia de pasión.

¡Isla de verdes mirtos y de fragantes cosas,
siempre apetecida, la siempre venerada,
donde el suspiro de la criatura enamorada
alza como incienso sobre un jardín de rosas,

o ese cálido arrullo de palomas torcaces!
Cyteres era sólo tierra pelada y fría,
desierto clamado por campiñas feraces.
Pero, sin embargo, un algo singular allí había!

Aquello no era un templo con sombreadas laderas,
ya sacerdotisa, amorosa de flores,
sino, el cuerpo abrasado de secretos ardores,
treabiendo su túnica a las brisas ligeras.

Mas, he aquí que ya puesto a la costa el bauprés
para asustar las aves con nuestras velas blancas,
el patíbulo vimos apoyado en tres zancas

patíbulo vimos apoyado en tres zancas
stacarse en el cielo, negro como un ciprés.

Las aves de rapiña, bajando de la cumbre,
strozaban con rabia un cuerpo ya maduro,
cada una hundía, feroz, su pico impuro
todas las piltrafas de aquella podredumbre.

Los ojos, agujeros; el vientre, desfondado,
jaba por los muslos rodar los intestinos,
al era la saña de aquellos asesinos
e, picando, lo habían limpiamente castrado.

A los pies, alargando hocicos anhelantes,
tropel de encelados cuadrúpedos rondaba;
a fiera más grande en medio se agitaba
mismo que un verdugo entre sus ayudantes.

¡Oh mortal de Cyteres, hijo de un cielo hermoso,
é silenciosamente sufrías los insultos
mo en una expiación de tus infames cultos
r la cual te negaban de la tumba el reposo!

¡Oh ridículo ahorcado, tu dolor es el mío!
o sentí al contemplar tus despojos pendientes
e la náusea quería subir hasta mis dientes,
n los viejos dolores, la hiel que ya es un río.

Ante ti, pobre diablo, grato de recordar,
ntí los picotazos, las mandíbulas fieras
los cuervos terribles y las negras panteras
e antaño se gozaban mi carne en triturar.

El cielo era precioso; la mar estaba en calma;
ra mí todo era ya sombrío y contrario;
¿!, creía sentir, como en negro sudario,
esta alegoría amortajada el alma.

¡Oh Venus! En tu isla yo no encontré en mi viaje
ís que una horca simbólica que mi imagen fingía...
h, señor, dame siempre el valor, el coraje

mirarme por dentro sin asco cada día!

CXVII

El amor y la calavera

Pie de lámpara antigua

El amor se ha sentado en el cráneo
la humanidad,
en tal trono sentado el profano
ríe procaz.

Sopla alegremente redondas burbujas,
biendo, subiendo,
mo si quisiera alcanzar los mundos
e pueblan el cielo.

Globos de colores, irisados, frágiles
mentido tesoro—
e estallan y exhalan su alma delicada,
mo un sueño de oro.

Y oigo el cráneo con cada burbuja
gar y gemir:
Este juego feroz y ridículo,
o va a concluir?

»¡Porque eso que tu boca cruel
parece en el aire,
esino, es mi propio cerebro,
carne y mi sangre!«.

Rebelión

CXVIII

La negación de san Pedro

¿Qué piensa Dios de esa ola terrible de anatemas
e hasta sus serafines ascienden cada día?
omo un tirano ahíto de manjares y vinos,
de nuestras blasfemias oye las letanías.

Los sollozos del mártir y del ajusticiado
n una sinfonía, a no dudar, magnífica,
es no obstante la sangre que cuesta a los humanos,
¡cielos no se cansan de escuchar su delicia.

¡Ah, Jesús, no te olvides de la noche del huerto!
¡tu simplicidad, orabas de rodillas
te aquel que en el cielo, al ruido de los clavos
e en tus pies y tus manos clavaban, sonreía.

Cuando viste a la crápula de soldados borrachos
e tu divinidad suciamente escupían;
ando en esa cabeza, que es también la del hombre,
ntiste que se hundía la corona de espinas:

cuando tu Cuerpo, débil y roto al desgajarse,
ebrada la cintura, tus brazos distendía;
el sudor y la sangre corrían por tu frente,
in «¡Perdónalos, padre!» era tu boca lívida,

¿recordabas los días luminosos, ¡tan bellos!,
que fiel a la eterna promesa aparecías
llando los caminos, alfombrados de flores,
palmas, de ramajes, en una mansa asnilla?

¿Dónde, inflamado el pecho de valor y esperanza,
¡viles mercaderes esgrimir te veían

látigo? ¿Sentiste, antes que la lanzada
riendo tu costado, que algo te remordía?

Cierto; yo, por mi parte, gustoso dejaré
mundo en que el vivir y el soñar no armonizan.
hubiera usar la espada y morir por la espada!
San Pedro renegó de Jesús..., bien hacía!

CXIX

Abel y Caín

I

Raza de Abel, tú come y duerme;
os te sonríe complaciente.

Raza de Caín, en el fango
e y muere míseramente.

Raza de Abel, tu sacrificio
; aroma de serafín!

Raza de Caín, tu suplicio,
odrá tener un día fin?

Raza de Abel, mira tus siembras
us rebaños prosperar.

Raza de Caín, oigo que el hambre
ial a un perro te hace aullar.

Raza de Abel, patriarcalmente
nforma el vientre junto al lar.

Raza de Caín, en tu negro antro
mbla de frío, pobre chacal.

¡Raza de Abel, ama y pulula!
mbién el oro sabe engendrar.

Raza de Caín, corazón ardiente,
árdate bien de desear.

¡Raza de Abel, creces y engordas

mo las chinches en la madera!

Raza de Caín, por los caminos
arrastra tu familia entera!

II

¡Raza de Abel, con tu carroña
de abonar el sueño humeante!

Raza de Caín, tus ajetreos
ya no fueron bastante.

Raza de Abel, he aquí tu oprobio:
hierro al hierro gana la guerra.

Raza de Caín, sube hasta el cielo
arroja a Dios sobre la tierra!

CXX

Las letanías de Satán

Oh tú, ángel hermoso, que loado no has de verte.
es Dios traicionado por la suerte.
¡h Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Príncipe desterrado que injusticia padece
que, a pesar de todo, altivo permanece.
¡h Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que lo sabes todo, rey de trapacerías,
niliar curandero de humanas agonías,
¡h Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que al mismo leproso y al paria si es preciso,
ravés del amor les das el paraíso,
¡h Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que en la propia muerte, vieja que aún enamorara,
gendras la esperanza —¡qué loca encantadora!—,
¡h Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que das al proscrito el mirar altanero
e en lo alto de un cadalso condena a un pueblo entero,
¡h Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que el rincón conoces de tierras envidiadas
nde, celoso, Dios guarda joyas preciadas,
¡h Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Ojo de lince para descubrir arsenales
nde en mortaja duerme un pueblo de metales,
¡h Satán, ten piedad de mi larga miseria!

¡Oh tú!, cuya ancha mano oculta el precipicio

sonámbulo al borde del más alto edificio,
1 Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, cuya magia única el espantajo anima
ese viejo borracho que ve un caballo encima,
1 Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que por consolar al débil cuando sufre,
mezclar nos enseñas salitre con azufre,
1 Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que imprimes tu sello, ¡oh cómplice sutil!,
la frente del creso impunemente vil,
1 Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que de las ramera el corazón halagas
en el culto al andrajo y el amor a las llagas,
1 Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Báculo de exiliados, lámpara de inventores,
profesor de asesinos y de conspiradores,
1 Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Padre adoptivo para cuantos Dios padre quiso
reír, irritado, desde su paraíso,
1 Satán, ten piedad de mi larga miseria!

PLEGARIA

¡Gloria y loor a ti, Satán, en las alturas
del cielo en que reinaste y en las hondas negruras
del infierno en que sueñas vencido y silencioso!
Deseo que un día mi alma junto a ti halle el reposo,
y que el árbol de la ciencia me cubra, y su ramaje,
deseo que un nuevo templo, florezca en tu homenaje.

La muerte

CXXI

La muerte de los amantes

Tendremos un lecho de suaves olores,
ranes profundos como sepulturas,
en tallos y búcaros nos darán las flores
omas extraños bajo albas más puras.

Nuestros corazones, amando a porfía,
rán de su antorcha la llama postrera:
s llamas gemelas son tu alma y la mía,
pejos que miran la eterna ribera.

Relámpago único, centella preciosa,
a tarde mística, de azul y de rosa,
adiós seremos, el llanto, el sollozo.

Y después un ángel, abriendo las puertas,
; espejos turbios y las aguas muertas,
suscitará temblando de gozo.

CXXII

La muerte de los pobres

La muerte, ¡ay!, nos consuela y nos hace vivir;
jeto es de la vida, la esperanza está en ella,
peranza que embriaga igual que un elixir
que en la negra noche brilla como una estrella.

A través de la nieve o de la tempestad
la luz que ilumina el horizonte oscuro,
posada, el refugio y la tranquilidad
descansar al fin bajo techo seguro.

Es un ángel que tiene en sus dedos magnéticos
secreto del éxtasis, de los sueños proféticos;
quien hace la cama de pobres y afligidos;

la gloria es de los dioses, el místico granero,
la bolsa del pobre, su país verdadero,
; el pórtico que abre cielos desconocidos!

CXXIII

La muerte de los artistas

¿Cuánto aún mis cascabeles tendré que hacer sonar
que besar tu frente, triste caricatura?
ra dar en el blanco que en la sombra fulgura,
uántas flechas aún tendré que disparar?

En intentos inútiles se habrá de fatigar
alma, y quebraremos nuestra fuerte armadura
tes de contemplar la divina criatura
yo infernal anhelo nos hace sollozar.

Algunos nunca vieron el ídolo soñado;
cultores malditos que el fracaso ha afrentado
se dan martillazos en el pecho y la frente

sin más que una esperanza, Capitolio dudoso:
e la muerte al alzarse como un sol venturoso
ga, ¡por fin!, abrirse las flores en su mente.

CXXIV

El fin de la jornada

Bajo una luz descolorida
haciendo muecas sin razón
impúdica y chillona vida.
Y eso, al llegar la ocasión.

de la noche voluptuosa
que todo, aun el hambre, se aquieta,
arbozándose pudorosa,
Ah, por fin! —se dice el poeta—;

mis vértebras, como mi alma,
vocan cansadas la calma.
Seno de sueños torturadores,

me voy boca arriba a acostar
en vuestros velos a ocultar,
Y tinieblas de mis amores!».

CXXV

El sueño de un curioso

A F. N.

¿Conoces, como yo, la tortura gustosa,
haces decir de ti: «¡Oh, qué hombre singular!»?
o iba a morir. Y aquello en mi alma amorosa
a atracción y miedo, huir y desear.

Angustia y esperanza, indefinible cosa.
el reloj de arena la hora iba a llegar;
tortura se hacía áspera y deliciosa.
el corazón perdía su mundo familiar.

Yo estaba como el niño lleno de expectación
e está esperando que se levante el telón...
al fin se reveló la verdad, dura y fría:

estaba muerto ya; y la terrible aurora
e circundaba. ¿Cómo? ¿No había más ahora?
taba alto el telón, y la escena, vacía.

CXXVI

El viaje

A Máxime du Camp

I

Para el niño que goza mapas y estampas, sé
que el universo es igual a su apetito.
Ah, qué inmenso es el mundo a la luz del quinqué!
A la luz del recuerdo, ¡se hace tan pequeñito!

Salimos de mañana, el alma ardiente y sola,
cargado el corazón de anhelos y pesares,
allá vamos, siguiendo el ritmo de la ola,
haciendo lo infinito en lo azul de los mares:

unos, regocijados de abandonar su suelo
que le es adverso; otros, por olvidar su cuna,
fuguno, huyendo acaso de unos ojos de cielo,
Circe perfumada, peligrosa, importuna.

Para no verse en bestias convertidos, devoran
los abrasadores, de aire y de luz posesos;
hielo que los muerde, los soles que los doran
y borrando despacio las huellas de los besos.

Pero sólo el que parte por partir, es viajero:
razones sensibles a todos los reclamos
para quien su destino, bueno o malo, es primero,
sin saber por qué, responden siempre: «¡Vamos!».

Aquel cuyos deseos son cual nubes lejanas,
que sueña —cual sueña en la pelea el hombre
de guerra— con placeres, con delicias arcanas
para las que jamás hallará nadie el nombre.

II

Imitamos, ¡horror!, el trompo y la pelota
su vals y sus saltos; y aun en nuestros desvelos
cruel curiosidad nos pincha, nos azota
mo un ángel rebelde que azotara los cielos.

Fortuna singular, cuyo fin no se alcanza,
e; estando en todas partes, no se encuentra tampoco,
en que el hombre, incansable detrás de su esperanza,
r hallar el reposo se afana como un loco.

En busca de su Icaria nuestra alma es un navío.
Atención el vigía!», escúchase en el puente;
otra voz en la gavia le responde con brío:
Amor..., gloria!...». ¡Un escollo chocamos, de repente!

Cada isla que anuncia por la noche el vigía
algún Eldorado que el destino engalana;
as, la imaginación, que encendiera su orgía,
lo halla un arrecife al sol de la mañana.

¡Oh pobre enamorado de regiones quiméricas!
¿endremos qué encerrarlo o que arrojar al mar
ebrio marinero, a ese inventor de Américas
e aun en el propio abismo islas cree encontrar?

Tal que un viejo mendigo con los pies enfangados
eña, nariz en alto, un palacio en estuco,
scubren una Capua sus ojos embrujados
í donde el candil sólo alumbra un tabuco.

III

¡Asombrosos viajeros! ¡Cuántas nobles historias
mos en vuestros ojos como la mar profundos!
bridnos ya los cofres que guardan las memorias,
as preciosas hechas con éteres y mundos!

¡Sin vapor y sin vela queremos navegar!

ra que el negro tedio estos muros remonte,
ced vuestros hermosos recuerdos desfilar
mo lienzos que tengan un marco de horizonte.

«¿Qué habéis visto?», decid.

IV

«Los astros hemos visto,
as olas, las playas remotas...; pero allí,
desar del desastre y el escollo imprevisto,
s hemos aburrido de igual modo que aquí...»

Y la gloria del sol sobre la mar violeta,
gloria de las cúpulas que incendiaba el ocaso,
el alma encendían una ansiedad secreta
hundirse, diluirse en el cielo de raso.

Las ciudades más ricas, los más bellos paisajes
nás tuvieron el encanto misterioso
e la nube lejana, los rosados celajes...
el deseo pedía siempre algo más hermoso!

Tras el goce, es sabido, crece más el deseo.
seco, viejo árbol al que abona el placer,
entras más se endurece tu corteza, yo creo
e tus ramas quisieran más aún florecer.

¿Habrás de crecer siempre, gran árbol, más potente
e el ciprés? Y no obstante el tener a la mano
to croquis de álbum, tanto cuadro atrayente,
ermanos, siempre halláis más bello lo lejano!

«Vimos templos e ídolos de una rara belleza,
ronos constelados de joyas luminosas,
nágicos palacios vimos, cuya riqueza
in banquero sería como un baño de rosas.

Vestiduras que son a los ojos delicia,
ijeres cuyas uñas son igual que cerezas,

glares exquisitos que la sierpe acaricia».

V

«¿Y qué más, y qué más?»

VI

«¡Oh pueriles cabezas!
es para no olvidar la cosa principal,
nos por dondequiera sin haberlo buscado,
sde el principio al fin de la escala fatal,
tedioso espectáculo del inmortal pecado.

La mujer, vil esclava, estúpida, orgullosa,
í propia adorándose, queriendo a quien la humilla;
hombre, duro, déspota, de índole codiciosa,
clavo de la esclava, hedor de alcantarilla.

El mártir que solloza, el verdugo que ríe,
sangre sazizando, perfumando la fiesta;
tirano aferrado al poder que lo engríe,
el pueblo que, sumiso, al látigo se presta.

Y muchas religiones de quien la nuestra imita
a busca del cielo; y allí la santidad,
al en lecho de plumas se goza sibarita,
scando en el cilicio la voluptuosidad.

Humanidad banal, tan loca y torpe hoy día
mo lo ha sido siempre —sea el tiempo testigo—,
itando a Dios en su furibunda agonía:
Oh tú, mi semejante, señor, yo te maldigo!”

Los otros, menos tontos, prefieren la locura,
yen del gran rebaño que conduce el destino,
encuentran en el opio la inmensidad segura.
l es el parte diario de este mundo sin tino».

VII

Saber amargo aquel que se aprende en el viaje.
mundo es tan pequeño, monótono y sombrío,
e nos repite siempre nuestro propio miraje:
¡oasis de horror en desierto de hastío!

¿Partir? ¿Quedarse? Quédate, si puedes. Y si no,
rte. Corren los unos, y tratan de burlar
os al enemigo más ruin que nadie vio:
¡tiempo! Y, ¡ay de aquellos que marchan sin cesar,

igual que los apóstoles o que el judío errante,
quienes no les sirve ni el vagón, ni el navío
ra huir! Y hay quien sabe dar muerte al infamante,
¡tiempo!, sin moverse del lecho... ¡Ése es el mío!

Cuando por fin consiga doblegarnos la espina,
sotros gritaremos todavía: «¡Adelante!»,
mismo que en un tiempo partimos rumbo a China,
¡cabellos al viento y el mirar anhelante.

Sobre el mar tenebroso sabremos navegar
n el alma gozosa de un joven pasajero...
¡escucháis ese canto fúnebre y hechicero
e dice: «¡Por aquí, los que quieran gustar

el perfume del loto! ¡La vendimia ha llegado
l fruto milagroso al corazón hambriento!
enid, pues, a embriagaros de un dulzor no soñado;
la siesta sin fin ha llegado el momento!».

Tiene ahora el espectro acento familiar;
s brazos nuestros Píldes nos tienden en la orilla.
Navega hacia tu Electra, ven tu alma a refrescar!»,
de aquélla a quien antes besamos la rodilla.

VIII

¡Oh muerte, capitana, el ancla hay que levar!

artir, partir! Busquemos horizontes mejores.
negros como tinta son el cielo y el mar,
esta alma —¡tú lo sabes!— irradia resplandores.

¡Veneno delicioso que nos brinda el abismo!
fin avistaremos, vigías sin relevo,
puerto deseado, cielo o infierno, ¡es lo mismo!
lo desconocido para encontrar lo nuevo!

Suplemento a *Las flores del mal*

I

Epígrafe para un libro condenado

Lector apacible y bucólico,
hombre de bien, ingenuo y sano,
para este libro saturniano,
tú eres orgiástico y melancólico.

Si tu retórica no aprendiste
de Satan, astuto decano,
¡vete! Me leerás en vano,
no pensarás que a un loco leíste.

Pero si sabes bucear
los abismos sin temblar,
¡ame, y has de amarme, amigo;

alma elegida que, penando,
paraíso vas buscando,
¡compadéceme..., o te maldigo!

II

Examen de medianoche

El reloj en la medianoche
s induce con ironía
neditar si en este día
precemos premio o reproche.
cha fatídica ciertamente,
ernes, trece; pues a pesar
la advertencia, fuimos a dar
la herejía impenitente.

De Jesús hemos blasfemado,
e los dioses, el verdadero!
mo un paraíso sentado
a mesa de un creso altanero,
r complacer al potentado,
l demonio, vasallo cabal,
que amamos hemos insultado,
oado lo que está mal.

Zaherido también, cual sayones,
que todos insultan a coro,
i la bestia de frente de toro
dicarle mis genuflexiones.
la sucia materia besé,
misión de devoto fingido,
le todo lo vil y podrido
que bendije—, además, me glorié.

Y finalmente, para ahogar
que se embriaga en lo que delira,
gran preste de la lira,
e se gloria en desplegar
pompa de lo funerario,

la sed y sin hambre nos fuimos
a comer y beber... —nos dormimos
en la tiniebla del solitario.

III

Madrigal triste

I

¿Qué me importa de tu cordura?
é bella! ¡Y sé triste! Que el llanto
da a tu rostro cierto encanto,
al la lluvia a la flor la frescura,
al río al paisaje otro tanto.

Te adoro cuando de tu frente
aba de huir la alegría,
ando tu alma se torna sombría,
rque se cierne en tu presente
negra nube de algún día...

Cuando tu pupila florece
n una lágrima quemante,
¡ pesar de mecerte al instante
mis brazos, tu angustia parece
estertor de un agonizante.

Yo aspiro —¡esencia divina,
nno profundo, delicioso!—
sollozo en que el llanto culmina
que tu corazón ilumina
mo un cristal maravilloso.

II

Tu pecho alguna vez jadea
recuerdo de amores pasados,
entonces se enciende y llamea

n ese orgullo que señorea
frente de los condenados.

Hasta que tus sueños, amada,
reflejen más que el infierno,
pólvora, el veneno, la espada,
en pesadilla inusitada
as dormir el sueño eterno;

hasta que oyendo un terrible grito,
abras, encuentres solamente,
la hora negra, convulsamente,
e no hay más que el tedio infinito
perando impasiblemente,

no podrás, sierva soberana,
e a pesar tuyo amas mi ley,
una noche sin mañana,
cirme al fin con alma insana:
Yo soy tu igual, oh tú, mi rey!».

IV

Todo hombre —y ser hombre es lo primero—
va en su corazón una serpiente
mo en un trono; y cuando él dice «¡Quieto!»
a responde «¡No!», inmediatamente.

Si hundes tus ojos en los ojos fijos
ninfas o de satiresas,
a te dice: «¡Apártate de éstas!».

Si plantas árboles o engendras hijos,
aces poemas, siempre el reproche:
Sabes si vivirás esta noche?».

Lo mismo en la acción que en la espera,
hombre no vive un instante
i sufrir la advertencia constante
e le hace esa víbora fiera.

V

El rebelde

Un ángel ha bajado como un águila, y fiero
cunde del cabello al hombre descreído:
Acatarás mi ley? —pregunta—. ¿Has entendido?
¿Que yo soy tu ángel, ¿comprendes? ¡Yo lo quiero!

Sánete qué hay que amar a todos igualmente,
pobre, al contrahecho, al necio, al apestado,
para que si Jesús pasara por tu lado
caridad le alfombrase el paso humildemente.

¡No hay otro amor! Por eso, antes que el corazón
te apague de hastío, ¡busca en Dios la razón,
éxtasis, la gloria, el gozo verdadero!».

Y el ángel, que el castigo o el premio sabe dar,
quisiera el anatema negarse a pronunciar,
mas el réprobo siempre le responde: «¡No quiero!».

VI

Muy lejos de aquí

He aquí la cabaña sagrada
a doncella engalanada
e aguarda siempre reclinada,

abanicando lentamente
flor de su pecho incipiente,
entras se oye llorar una fuente.

Es la alcoba de Dorotea.
gua y brisa prosiguen cantando
canción que a la niña recrea,
nque canta a la vez sollozando.

Y se mece... La piel delicada
un aroma de aceite de olores,
benjuí acariciada, frotada...
un búcaro mueren las flores.

VII

Recogimiento

Sé bueno, ¡oh dolor mío!, dulcificate ahora.
¡esperabas la tarde; aquí está, aquí la tienes;
¡tamente, el crepúsculo torres y piedras dora,
sus manos de paz acarician mis sienes.

Mientras la muchedumbre corre por la ciudad
¡jo el látigo vil de un verdugo, el placer
cosecha que más tarde remuerde sin piedad—,
¡lor, dame la mano, aquí, vamos a ver...

Lejos de ellos. Recuerda viejos días de anhelo,
e hoy cuelgan, desvaídos, los balcones del cielo.
go que nos sonríe se acerca: la añoranza.

El sol, ya moribundo, declina lentamente,
envuelta en un sudario que arrastra hacia el oriente
escucha, corazón—, la dulce noche avanza.

VIII

El abismo

Pascal tuvo también su abismo, era obligado.
y, que todo es abismo! —deseo, acción, soñar,
alabra!—, y yo por veces en mi pecho erizado
sentido del miedo el hálito pasar.

Arriba, abajo, en todo, en el mar y el desierto,
el silencio, en el bello espacio imponente...,
os, que mientras yo duermo permanece despierto,
ra mis pesadillas dibuja sabiamente.

Le tengo miedo al sueño, ese negro agujero
e lleva a no sé dónde y un vago horror emana;
veo más que infinito desde cualquier ventana.

¡Y tú, espíritu mío, eterno prisionero,
sentir, no pensar, no imaginar prefieres!
h, no poder librarse de números y seres!

IX

Lamentaciones de un Ícaro

Los que buscan a las rameras
son felices después de saciados;
ahora tengo los brazos quebrados
por haber abrazado quimeras.

Astros de luz inigualada
se brillan al fondo del cielo;
recuerdo de sol y de anhelo
asisten aún en mi mirada.

En vano me esforcé en hallar
medio y fin de toda cosa.
¿Qué ojo de fuego el ala hermosa
al poeta hace ahora plegar?

Y abrasado en amor a lo puro
o bello, no tendré el honor
de legar mi nombre al horror
de mi tumba, ¡oh refugio seguro!

X

La tapadera

Dondequiera que esté, en el mar o en la tierra,
jo un clima de fuego o de un sol desvaído,
orador de Venus, creyente que se aferra
esús; pordiosero a Creso envanecido;

de la ciudad, del campo errante, sedentario,
tivo o perezoso sea su entendimiento,
lo hombre en su interior lleva un terror primario,
sterioso, que lo hace mirar al firmamento.

¡En lo alto, el cielo!, el techo, la bóveda adecuada
ra una ópera bufa y mal representada
que el histrión su sangre va pisando, en verdad;

terror del libertino, ansia del eremita:
cielo!, tapadera de la enorme marmita
nde hierve la pobre y vasta humanidad.

XI

La pipa de la paz

A la manera de Longfellow

I

Y Guitche Manitú, el señor de la vida,
poderoso, baja a la vega florida,
a inmensa pradera rodeada de montes,
allí, sobre las rocas de la roja cantera,
arcando el espacio con mirada altanera,
edó un instante erguido, dominando horizontes.

Entonces convocó las tribus, que es contar
; hierbas de los campos, las arenas del mar.
En su puño terrible, de un pedazo de roca
zo una pipa, y luego, del pie de la montaña
nde corre un arroyo tomó una larga caña
completó la pipa que llevar a su boca.

Para cargarla toma de un sauce la corteza.
todopoderoso —fuerza y naturaleza—,
enciende después, cual divino fanal,
pipa de la paz. Erguido en la cantera
maba, en luz bañada la figura señera,
esto para los pueblos era la gran señal.

Lentamente ascendía la humareda divina,
ibalsamada en la dulzura matutina;
principio sólo era un surco tenebroso;
ego el vapor se hizo más azul y más denso;
r fin, se hizo más blanco, y en vuelo esplendoroso
zó la dura bóveda del firmamento inmenso.

Desde las cumbres de las Montañas Rocosas,

Desde las cumbres de las Montañas Rocosas,
os lagos del norte, las aguas tempestuosas,
desde Tawasentha, el valle sin igual,
esta Tuscaloosa, la selva perfumada,
los vieron la inmensa humareda sagrada
e ascendía en la paz del aire matinal.

Los profetas decían: «¿No veis como una mano
gigantesca, pausada, de ademán soberano,
se destaca negra sobre el solar reflejo?
Guitche Manítú, el señor de la vida,
proclama por toda la pradera florida:
Guerreros, acudid! ¡Os convoco a consejo!”».

Por canales y ríos, por campos polvorientos,
por los cuatro costados donde soplan los vientos,
acudían las tribus en actitud guerrera,
respondiendo a la señal de la roja cantera,
y Guitche Manítú aguardaba imponente.
Todos obedecían la señal dócilmente.

Estaban en la verde pradera los guerreros
con sus armas en guardia, apercebidos, fieros,
con sus rostros cobrizos como otoñal follaje;
el odio que a la guerra empuja a los mortales,
el odio que encendía las luchas ancestrales,
veía en sus ojos, de impaciencia y coraje:

Herencia, maldición, que pide sangre y guerra.
Guitche Manítú, el señor de la tierra,
como contemplaba a todos con honda compasión,
como un padre amoroso que a sus hijos mirara
unirse entre sí y arañarse la cara.
Y Guitche Manítú para toda nación.

Tendió, pues, sobre ellos su poderosa mano
para librar su alma de todo impulso insano,
para aliviar su fiebre con paternal cobijo
siempre igual que si fuera el padre con el hijo—,
y habló de esta manera (su voz era un torrente

e se despeña majestuosamente):

II

«¡Oh, mi posteridad, deplorable querida!
cuchad; hijos míos, la divina razón.

Guitché Manítú, el señor de la vida,
ien os habla. Yops di la tierra apetecida,
os di el castor, el oso, el reno y el visón.

Os he dado la caza y la pesca abundantes;
es ¿por qué el cazador se torna en asesino?
sobre los pantanos hay plumajes radiantes,
or qué vivís en lucha y en acechos constantes?
or qué él hombre pretende cazar a su vecino?

En verdad que estoy harto de guerras y de horrores.
uestras mismas plegarias son siempre fechorías.
peligro, sabedlo, está en vuestros rencores.
os unís, han de ser vuestras fuerzas mayores.
vid, pues, y que en paz transcurran vuestros días.

Bien pronto habréis de ver, de mi mano, un profeta
e vendrá con vosotros a vivir y a sufriros.
palabra, que tiene una virtud secreta,
milagroso bien para quien la respeta.
lo afrentáis, ¡malditos!, habré de destruiros.

Borrad de vuestras huestes el lema cainita.
y rosas por doquiera y hay espigas en haz.
o más sangre! ¡A vivir en concordia infinita,
mo buenos hermanos! Vuestro padre os invita
¡ué fuméis unidos la pipa de la paz».

III

Al punto, deponiendo las armas en la tierra,
van en el arroyo los colores de guerra
e en sus frentes lucían, las salvajes pinturas.

da cual una pipa se hace, y en la ribera
ge una larga caña que adorna a su manera.
nreía el Espíritu a sus pobres criaturas.

Y todos retornaron con su alma redimida,
Guitche Manítú, el señor de la vida,
e a buscar de los cielos el pórtico glorioso;
a través de las nubes, sobre el azul abismo,
a el omnipotente contento de sí mismo,
nenso, perfumado, sublime, esplendoroso.

XII

La plegaria de un pagano

¡Ah, que no se extinga esta llama!
ardece mi alma aterida,
del y dulce voluptuosidad,
proplicem exaudi, Diva!

Diosa en el aire derramada,
ma oculta que nos incita,
cucha un alma temblorosa
e un canto sacro te dedica.

Sé mi reina, voluptuosidad,
cha de ensueño y realidad,
n la apariencia de una sirena.

O para mí, fantasma divino,
erte ese raro, místico vino
n que la copa jamás se llena.

XIII

La luna ofendida

Te adoraban, discretos, nuestros padres, ¡oh Luna!
el país azul con harenas radiantes,
¡astros te persiguen cual si fueran amantes,
vieja Cintia, lámpara del sepulcro y la cuna.

¿Has visto a los amantes sobre el lecho propicio
mirar, mostrando el fresco esmalte de sus dientes?
¿al poeta acoplarse con lascivas serpientes,
inclinada la frente en su amargo ejercicio?

¿Bajo tu dominó vas cautelosa ahora,
igual que en otro tiempo, de la noche a la aurora,
desear de Endimión la gracia envejecida?

«Veo a tu madre, hijo de un siglo fatigado,
sobre tu pobre pecho, por ella amamantado,
luciendo una medalla de plata desvaída».

XIV

A Théodore de Banville

1842

De la diosa empuñasteis la crin con tal manera,
en puño tal, que bien se os hubiese tomado,
sacando el aire de mando y el gesto descuidado,
como un joven rufián golpeando a una ramera.

Claro el mirar, con fuego de lo precoz y puro,
has sido el arquitecto que nos muestra orgulloso,
audacia y medida, en impulso y reposo, .
que el temprano fruto habrá de ser maduro.

Poeta, nuestra sangre ha de regar el lauro.
¿Acaso por azar la sangre del centauro,
y las venas tornáronse en sangrienta laguna,

fue teñida tres veces en las babas sutiles
aquellos vengativos y monstruosos reptiles
los que Hércules niño estranguló en su cuna?

Los despojos

I

El ocaso romántico

¡Ah!, qué bello es el sol cuando se alza risueño
mo si un «¡Buenos días!» alegre nos dijera.
h!, bienaventurado, dichoso el que pudiera
ludarlo en su ocaso más glorioso que un sueño.

¡Lo recuerdo! Yo he visto todo, flor, surco, fuente,
sfallecer bajo él en inmenso latido...
razón, vamos, vamos, que se va, que se ha ido,
rramos, que aún destella un rayo en el poniente.

Pero persigo en vano al dios que se retira;
inexorable noche con imperio nos mira,
gra, húmeda, funesta, llena de escalofríos;

Un olor de sepulcro desciende de lo arcano,
ni pie temeroso, al borde de un pantano,
za sapos nocturnos y caracoles fríos.

II

Lesbos

Madre de los latinos y los griegos deleites,
Lesbos, donde los besos, lánguidos, perezosos,
lidos como soles, untuosos cómo aceites,
en Ornato de noches y de días gloriosos;
Madre de los latinos y los griegos deleites,

Lesbos, donde los besos son como esas cascadas
que se lanzan sin miedo al abismo imponente,
y luego sollozantes corren encadenadas,
mentosas, secretas, en remolino hirviente.
Lesbos, donde los besos son como: las cascadas!

Lesbos, donde Friné a otra Friné reclama,
donde jamás se queda sin un eco el suspiro,
como la igual de Pafos el azul te proclama,
celosa de Safo la propia Venus miro.
Lesbos, donde Friné Otra Friné reclama.

Lesbos, tierra de noches ardientes, amorosas
que hacen, ante el espejo, con voluptuosidad,
y las adolescentes acaricien mimosas
y frutos ya maduros de su nubilidad.
Lesbos, tierra de noches ardientes, amorosas,

deja al viejo Platón que ponga el gesto austero;
que ganas el perdón a fuerza de besar,
Lesbos, emperadora del placer, te venero
porque nunca has podido la delicia agotar.
deja al viejo Platón que ponga gesto austero.

Tú arrancas el perdón del martirio constante
iligido al que tiene corazón ambicioso,

os qué atrae de lejos el sonreír radiante,
gamente entrevisto, de un existir hermoso.
¡arrancas el perdón del martirio constante.

¿Cuál, Lesbos, de los dioses osará ser tu juez,
condenar tu frente, pálida de extravíos,
su balanza de oro no ha pesado una vez
¡lágrimas que al mar han vertido tus ríos?
Cuál, Lesbos, de los dioses osará ser tu juez!

¿Qué nos quieren las leyes de lo justo y lo injusto?
¡Honra del archipiélago, ¡oh vírgenes en celo!,
como otro cualquiera vuestro rito es augusto,
el amor se reirá del infierno y del cielo!
¿Qué nos quieren las leyes de lo justo y lo injusto?

Pues Lesbos entre todos los hombres me ha elegido
para dar a sus vírgenes en flor todos mis cantos,
porque desde mi infancia lejana he conocido
la risa sin motivo y los sombríos llantos;
Pues Lesbos entre todos los hombres me ha elegido.

Desde entonces del Léucade yo velo,
igual que un centinela avizor y seguro
de día y de noche aguarda con anhelo
para surgir el navío del horizonte puro.
Desde entonces en lo alto del Léucade yo velo.

Quiero saber si el mar es indulgente y bueno,
si entre las espumas que golpean las rocas,
volverá una noche a Lesbos de su seno
el cadáver de Safo, la de la dulce boca.
Quiero saber si el mar es indulgente y bueno.

De Safo, la viril, que fue amante y poeta,
más bella que Venus por su sombrío encanto.
Vence a la azul pupila la pupila violeta
en ese cerco oscuro que fue dejando el llanto—.
De Safo, la viril, que fue amante y poeta.

Más hermosa que Venus se alzaré todavía,

rtiendo los tesoros de su serenidad
bre el viejo océano que la engendró en un día
espumas nacaradas y rubia claridad...
lás hermosa que Venus se alzaría todavía!

De Safo, que murió de su propia locura
ando del nuevo culto manchó el rito sagrado
entregar su cuerpo a la brutal criatura
e vio su orgullo por la impiedad castigado.
e Safo, que murió de su propia locura.

Y desde entonces Lesbos sin cesar se lamenta;
a pesar de las loas que le fueron rendidas,
embriaga cada noche en la negra tormenta
e alzan hasta los cielos sus riberas perdidas.
desde entonces Lesbos sin cesar se lamenta!

III

Mujeres condenadas

Delfina e Hipólita

A la pálida luz de lámparas murientes,
bre blandos cojines impregnados de olor,
pólita soñaba con caricias ardientes
e el velo descorrían de su joven candor.

Buscaba, ahora, turbada en su sensual pereza,
purísimo cielo de su infancia lejana,
mismo que un viajero que vuelve la cabeza
cia el bello horizonte que cruzó una mañana.

Y las lágrimas lentas de sus ojos velados,
herida languidez de indefensa criatura
sus desnudos brazos cayendo abandonados,
lo servía para realzar su hermosura.

Extendida a sus pies, cautelosa y aviesa,
Delfina la acechaba con sus ojos ardientes,
manera del tigre que vigila a su presa
s de haberla marcado primero con los dientes.

Bella, fuerte, de hinojos ante la frágil bella,
luptuosa aspiraba el néctar del momento,
pasionalmente se inclinaba hacia ella.
scando la mirada de su agradecimiento.

De su pálida víctima en los ojos buscaba
canto sin palabras, desfalleciente giro
l placer, esperando la gratitud esclava
e aletea en los párpados como un largo suspiro.

«Hipólita, amor mío, ¿qué dices de estas cosas?
e has dado cuenta ahora de que no hay que entregar

¿Le has dado cuenta ahora de que no hay que entregar
sagrado holocausto de tus primeras rosas
al rudo soplo que las puede marchitar?

Mis besos son ligeros cual los de las estrellas
que acarician de noche el lago transparente,
pero los de un amante cavarían sus huellas
profundo en tierra el arado tras la lluvia reciente;

Sobre ti pasaría igual que una piara
de caballos y bueyes, de cascos sin piedad...
Hipólita, mi vida, vuelve hacia mí esa cara,
alma y corazón mío, mi todo y mi mitad.

¡Mírame, que al mirarme me das todos los cielos!
Con una sola mirada sin temores y sin
cuidado, y ante ti descorreré los velos
de placeres secretos en un sueño sin fin!»

Pero Hipólita entonces levantando la frente:
«No me taches de ingrata, no estoy arrepentida,
Delfina de mi alma, pero hay algo mordiente
que siento en mí lo mismo que una mala bebida.

He sentido, de pronto, yo no sé qué terrores,
como si me asedian fantasmas espantosos
que quieran arrastrarme por negros corredores,
por los lagos de sangre, por caminos fangosos.

¿Habremos cometido un insano extravío?
Explícame, si puedes, esta turbación loca:
el terror me estremezco si me dices: “¡Bien mío!”,
sin embargo, siento que hacia ti va mi boca.

¡No me mires así, tú, mi vida, mi amor,
quien pienso a toda hora, tú, mi hermana elegida,
porque me ocasionaras el más grande dolor
al legaras a ser perdición de mi vida!»

Delfina, sacudiendo su melena, rabiosa,
al ver que a punto estuviera de jurar odio eterno,

mirada fatal, le responde imperiosa:
Quién, hablando de amor, se atreve a hablar de infierno?

Maldito sea por siempre el triste soñador
e por primera vez quiso, en su necedad,
cerse prisionero, de amargo torcedor,
en las cosas de amor mezclar la honestidad.

El que pretenda unir como en un raro díptico
sombra con la luz, la noche con el día,
nás calentará su cuerpo paralítico
n ese sol que enciende el amor cada día.

Ve, si quieres, un novio estúpido a buscar,
re a ofrecerte, virgen, a los besos ansiados,
e a mí, llena de horror, habrás de retornar,
ida, contemplando tus pechos macerados...

¡No se puede en la vida servir a más de un amo!».
Entonces la criatura, con inmensa pasión,
gritó la respuesta: «Hay entre tu reclamo
ni ser un abismo: el de mi corazón.

¡Hondo como el vacío, como un volcán ardiente!
ada habrá de saciar al monstruo suplicante,
a la sed de la Euménide ha de servir de fuente
unque la furia llegue con su antorcha quemante!

Que espesos cortinajes nos oculten al mundo
que la lasitud dé reposo al amor.
o quiero aniquilarme en tu seno profundo
hasta la muerte misma respirar su frescor!».

¡Descended, descended, víctimas lamentables,
scended al infierno por la negra abertura!
undíos, y purgad acciones miserables
es del cielo jamás ya veréis la hermosura!

Flageladas seréis por un terrible viento.
orred, locas, corred al placer sin testigo!;
lacar el furor no podréis un momento

unque el propio placer engendrará el castigo.

Nunca un rayo de luz llega a vuestras cavernas;
r los muros se filtran miasmas venenosos
e se inflaman lo mismo que lúgubres linternas,
mpregnan vuestros cuerpos de perfumes viscosos.

Jamás sacia su sed vuestro goce infecundo,
estra esterilidad os reseca la piel;
la concupiscencia el viento furibundo
ota vuestra carne, roto y sucio cartel.

¡Lejos de toda gente, errantes, perseguidas,
ravés del desierto os veréis como lobas;
mplid vuestro destino, almas envilecidas,
yendo del vacío que hay en vuestras alcobas!

IV

El Leteo

Ven a mi pecho, alma cruel y sorda,
re adorado, monstruo indolente;
quiero hundir mis trémulos dedos
en tus cabellos largamente.

En tu regazo perfumado
ahogajar mi cabeza contrita,
respirar de mi amor el cadáver
como si fuera una flor marchita.

¡Quiero dormir! Mejor que vivir.
En el sueño, dulce como la muerte!
Cubrir tu cuerpo pulido de cobre
con mis besos adormecerte.

Nada apacigua mis sollozos
como tu lecho corrompido;
Dime el Leteo de tus labios
donde en ellos habita el olvido.

De hoy más, ya sé que mi destino
es el martirio delicioso
de ahogar mi propio tormento
sugariéndome a ti fervoroso.

Succionaré para ahogar mi rencor
con el filtro mágico, la cicuta
de ese pecho sin corazón
preferible al que el de una prostituta.

V

A la que es demasiado alegre

Tu cabeza, tu aire, tu gesto
son bellos como un paisaje;
tu risa juega en tus mejillas
como la brisa con el celaje.

Tu paso lento, desganado,
neutraliza con la salud
tus brazos y de tu espalda
se van cantando juventud

Salpicas todos tus vestidos
con tan llamativos colores,
como el espíritu de los poetas
en ti un gran *ballet* de flores.

Tus ropas son como el emblema
de tu corazón alocado;
es la que me haces enloquecer,
por eso mismo yo te he amado.

Alguna vez en un jardín
me arrastraba mi atonía,
me sol desgarrar mi pecho
sentido como una ironía.

Y el verdor que exaltaba la luz
me humillaba de tal manera,
que en una flor he castigado
la insolencia de la primavera.

Así, yo quisiera una noche
a la hora de la voluptuosidad,

al tesoro de tu persona,
mo un cobarde, en la oscuridad.

Y castigar tu carne loca,
norder tu garganta redonda,
en tu flanco maravilloso
cer una herida larga y honda.

Y, ¡oh voluptuosa dulzura!,
ravés de esa boca ufana
su frescura y su belleza,
trarte mi veneno, hermana.

VI

Las alhajas

La muy amada estaba desnuda. Ella conoce
el corazón: lucía sus alhajas sonoras,
mejantes a aquellas que brindan raro goce
los cuerpos sumisos de las esclavas moras.

Cuando al danzar suscitan un extraño rumor
de alhajas —metal y piedra—, estremecido
se siento por el éxtasis, y adora mi furor
de cosas en que se une la luz con el sonido.

Estaba recostada, y se dejaba amar
en lo alto del diván, sonriendo indolente
al amor, que es profundo y lento como el mar,
que hasta ella subía como hasta la rompiente.

En mí fijos los ojos como un tigre amansado,
sayaba posturas con aire soñador,
en su metamorfosis era lo inesperado
como una mezcla lúbrica de placer y candor.

Y su brazo, su pierna, sus muslos, su cintura,
como de aceite untados, cual un cisne, ondulantes,
slumbraban mis ojos absortos de hermosura...
su vientre y sus racimos avanzaban triunfantes

—¡oh, sus senos!— tan cálidos como ángeles del mal,
para turbar el reposo a mi alma concedido,
para arrancarla de la roca de cristal
sobre la que, tranquila y sola, hace tiempo se ha asido.

Se diría, con mezcla de diabólico cebo
tan escueto su talle y hermosa la cadera—,

e era el anca de Antíope y el busto de un efebo.
oberbio aparecía su cuerpo de pantera!

Y habiéndose la lámpara resignado a morir,
mo sólo un rescoldo la alcoba iluminaba,
piel de ámbar y sangre se veía lucir
da vez que, gozosa, un suspiro exhalaba.

VII

La metamorfosis del vampiro

La mujer nos decía con su boca de fresa,
dulante, acechante, entre sierpe y tigresa,
¡senos oprimidos a punto de estallar,
las palabras que ella dejaba resbalar:
¿o tengo el labio húmedo y conozco la ciencia
e en él fondo del lecho diluye la conciencia.
¡juga todo llanto la gloria de mis senos
e hacen reír a los viejos igual que niños buenos.
Soy para quien sepa contemplarme sin velos
luna, y soy el sol, las estrellas, los cielos!
En docta soy amando, queridos sabihondos,
cuando un hombre aprisiono en mis brazos redondos,
cuando a sus mordiscos abandono mi pecho,
vigil y libertina a la vez, que en mi lecho,
estador del deleite que raya en frenesí,
hasta los mismos ángeles se perdieron por mí».

Cuando toda la médula succionó de mis huesos,
sobre ella rendido quise darle mis besos,
vertí que en sus flancos —todo fue en un momento—
¡balaba un humor viscoso, purulento.
¡arré entonces los ojos de frío y de terror,
al abrirlos de nuevo al vivo resplandor,
¡to a mí, y en lugar del maniquí gozado
é parecía haberse ya de sangre saciado,
¡nblaba un esqueleto, produciendo un crujido
mo el de esa veleta que da un agrio chirrido,
el rótulo hecho trizas del umbral del infierno
molando en el viento de una noche de invierno.

VIII

El surtidor

¡Qué bellos son tus ojos, pobre amante!
¡Quédate así, entredormida,
esa postura del instante
que del placer fuiste sorprendida.
El murmullo del surtidor
se escucha de noche y día
en su dulce melodía
el éxtasis del amor.

Al haz derramado
mil flores
el agua ha prestado
sus rubios colores,
cae, como lluvia, irisado,
el mismo que un llanto de amores.

También tu alma así incendiada
por voluptuosos anhelos,
avida, atrevida, ya lanzada
hacia los imposibles cielos.
Luego se expande muriente,
siguiendo de pasión,
desvaneciéndose invisiblemente
en el fondo de mi corazón.

Al haz derramado
mil flores,
el agua ha prestado
sus rubios colores,
cae, como lluvia, irisado,
el mismo que un llanto de amores.

¡Oh tú que la noche haces bella

¡Oh tú, que la noche haces bella,
é dulce me es aquí, en tu pecho,
cuchar ese llanto deshecho
bre el agua en que tiembla una estrella!

¡Luna, agua sonora, temblor
la floresta, melodía,
e con vuestra melancolía
is el espejo del amor!

IX

Los ojos de Berta

Bien podéis los más bellos ojos menospreciar,
Ojos de mi pequeña, que saben diluir
Como la noche, difícil de decir,
Deseos y dulzuras prestos a derramar.

Ojos de mi criatura, arcanos que yo adoro,
Que fingen grutas mágicas de un oculto tesoro
Que sólo se llega a través de la sombra
Al insaciable anhelo de lo que no se nombra.

Son los ojos de Berta insondables, oscuros,
Como tú, noche inmensa, con tu mismo fulgor,
Donde resplandecen para mí fe y amor,
Como astros que palpitan voluptuosos y puros.

X

Himno

A la muy amada y muy bella
e me llena de claridad,
ángel, la diosa, la estrella,
¡salud en inmortalidad!

Ella en torno a mi vida alienta
como un aire impregnado de sal,
¡vierte en mi alma sedienta
el anhelo de lo inmortal.

Almohadilla de olor, que orea
perfuma el rincón amado,
pensario olvidado que humea
¡que la noche ha llegado.

¿Cómo este amor incorruptible
primir, agotar en verdad?
es grano de almizcle invisible
el fondo de mi eternidad.

¡A la muy buena, a la muy bella
e me ha ofrendado su juventud,
ángel, la diosa, la estrella,
¡salud, salud, salud, salud!

XI

Las promesas de un rostro

Yo amo, belleza pálida, tus pestañas sombrías
r donde la tiniebla parece resbalar,
¡ ojos que, no obstante ser tan negros, me inspiran
as nada oscuras sobre el arte de amar.

Tus ojos que armonizan con tus negros cabellos,
a melena elástica,
¡ grandes ojos lánguidos que me dicen: «Si quieres,
ador de la musa plástica,

lograr esa esperanza que en ti hemos despertado,
odo aquello que para tu gusto valga,
podrás comprobar cómo somos veraces
sde el ombligo hasta la nalga.

Tú encontrarás al término de dos senos potentes
medallones de bronce por el fuego fundido—
ajo un vientre liso, el tibio terciopelo,
un negror desleído:

es el suave toisón, hermano verdadero
mis cabellos que porfían a hermosura,
el sedoso rizo, igual en espesor,
¡ noche sin estrellas, noche oscura!».

XII

Versos para un retrato de Honoré Daumier

Este que veis ante vosotros,
yo arte es sutil entre todos,
s enseña a reírnos de nosotros
es un sabio de todos modos.

Es un satírico, un burlón;
as, la energía con la cual
ata la secuela del mal
deba que es noble su corazón.

Su risa no es la risa impía
Mefisto o Melmoth, no es la injuria
jo la antorcha de la furia
e los quema y nos escalofría.

Su risa es, ¡ay!, jovialidad
e un oculto dolor descarga,
a radiante, franca y larga,
e es el signo de su bondad.

XIII

Lola de Valencia

Para un retrato pintado por Edouard Manet

Entre tanta belleza como la vista alegre,
comprendo, amigos míos, que vacile el deseo;
así, entreabrirse en Lola de Valencia yo veo
encanto imprevisto de una flor rosa y negra.

XIV

Sobre el Tasso en prisión

—*De Eugène Delacroix*—

El poeta en la cárcel, el pecho descubierto
un manuscrito al pie como un pájaro muerto—,
contempla con terror silencioso el abismo
que parece hundirse lo mejor de sí mismo.

Las risas y las voces que llenan la prisión
citan a lo extraño y absurdo su razón;
duda lo circunda; el ridículo miedo
en odiosos disfraces se aproxima muy quedo.

El genio aprisionado en un antro sombrío;
¡muecas y los gritos; el loco desafío
espectros que despiertan en enjambre al poeta,

volviéndolo al horror de su angustia secreta...
al es tu emblema, alma de los sueños oscuros,
se ahoga la realidad entre sus cuatro muros!

XV

La voz

Junto a una biblioteca mi cuna se mecía.
En la oscura donde novela, ciencia, escolio,
polvo griego con la ceniza se fundía
lo latino. Yo era alto como un infolio.
Dos voces me hablaban. La una firme, atrevida:
«La tierra es un pastel colmado de dulzor;
yo puedo —y tu placer no ha de tener medida—
certe un apetito que iguale su grosor».
La otra: «¡Ven, oh, ven en el sueño a viajar,
era de lo posible y de lo conocido!».
Como el viento en la playa sonaba su cantar,
a un tiempo acariciaba y aterraba el oído.
Yo respondí: «¡Contigo, dulce voz!»; De aquel día
me, ¡ay!, lo que puedo llamar mi desventura,
fatal, esta llaga, la constante sangría.
Desde entonces yo tengo singulares visiones,
víctima extasiada de mi clarividencia,
cayendo en un abismo negro arrastro mi existencia,
tanto las serpientes me muerden los talones.

Desde entonces yo amo, igual que los profetas,
asombradamente el desierto y el mar,
en los duelos me río, y en la risa, ¡oh poetas!,
el vino, y el vino amargo me es dulce de gustar.
Los hechos más reales me parecen ensueños,
por mirar al cielo, caigo en la charca a poco.
Mas la voz me consuela, diciéndome: «¡Ten sueños:
el sabio no los tiene tan bellos como el loco!».

XVI

Lo imprevisto

Harpagón que velaba al padre agonizante,
dice al ver que da ya sus últimas quejas:
No tendré en el granero algunas tablas viejas?
Yo creo que es bastante».

Celimená, mimosa, dice: «Mi corazón
bueno, y, en verdad, Dios me ha hecho muy bella».
Mi corazón! Un callo negro como un jamón
curado, recocado en llama eterna... Es ella.

Un periodista célebre y tonto en una pieza
dice al infeliz a quien su pluma ha hundido:
En dónde has visto tú al creador de belleza,
Quijote por quien la razón has perdido?».

Conozco, como nadie, cierto voluptuoso
que bosteza día y noche, y se lamenta y llora,
sufriendo impotente: «Sí, seré virtuoso...
pero esperad ahora!».

El reloj, a su vez, dice: «Ya está maduro.
Yo vano pretendía salvar su barro infecto.
Este hombre es ciego, sordo, y es frágil como el muro
que ha minado un insecto».

Y entonces surge aquél en quien nadie creía
entre burlón y fiero les dice: «En mi copón,
¡oh, misa negra!, habéis comulgado herejía.
Yo esperéis redención!

Cada uno en su alma hizo un templo en mi honor,
y en secreto besó mi tufanario inmundo.

Satán conoced, risa de vencedor,
enorme y feo como el mundo!

Sorprendidos hipócritas, ¿acaso alguno piensa
cerme a mí la trampa y malograr mi celo?
Creéis que habéis ganado la doble recompensa
, además de ser ricos, ir derechos al cielo?

Merece recompensa el viejo cazador
que se pasó buscando la pieza todo el día.
¡Llevaré conmigo cruzando el espesor,
a dignos compañeros de mi triste alegría!

Y a través de la tierra —nadie el perdón invoque—,
a través del montón que seréis de ceniza,
mostraré un palacio hecho de un solo bloque.
¡Y es de piedra caliza:

está hecho con el universal pecado,
en él reina mi orgullo, mi dolor y mi gloria».
¡Y esto, allá, en lo alto, un ángel se ha asomado,
proclama: «¡Victoria!».

Para aquellos que en su alma dicen siempre: «Señor,
bendito sea tu azoté y el dolor sea bendito.
¡Mi alma se entrega dócil en manos del Creador.
Tu amor es infinito!».

Y se oye la trompeta de modo tan glorioso,
¡y celestiales himnos y vendimias sonoras!,
y el éxtasis penetra en el pecho amoroso
de los que a Dios ensalzan y cantan sus auroras.

XVII

El rescate

El hombre paga su redención
en dos campos —riqueza impar—
e infatigable ha de roturar
en el hierro de la razón.

Para alguna espiga obtener,
para una rosa conseguir,
tanto salobre habrá de fluir,
regar, regar, y envejecer.

Uno es el arte, otro el amor.
Para presentarse ante el juez
cuando llegue la terrible vez
ser juzgado con rigor,

hará falta mostrar el granero
lleno de mieses y de flores
y con sus formas y colores
presentar al ángel justiciero.

XVIII

A una malabaresa

Tus pies son finos como tu mano; tu cadera
a mujer más blanca envidia produjera;
l pensativo artista eres la dulce almohada;
ís negra que tu piel es aún tu mirada.
l el país azul que Dios te dio al nacer,
tarea es la pipa de tu dueño encender,
nar de agua los cántaros, los búcaros de flores,
pantar de su lecho mosquitos y zumbadores,
uando la hoja del plátano verdea en la mañana,
mprar en el mercado la piña y la banana.

Tus pies desnudos van y vienen todo el día,
entras cantas muy bajo alguna melodía,
uando cae la tarde con su manto escarlata,
tiendes dulcemente tu cuerpo en una estera,
allí pueblan tu sueño colibríes de plata
y graciosos y alados cual tu planta ligera.

¿Por qué quieres tú ver a Francia, di, criatura,
ís repleto de vidas que siega la amargura,
al rudo marinero dando tu brazo lindo,
cir una mañana adiós al tamarindo?
i, que apenas te cubres de fresca muselina,
á, temblando bajo la nieve y la neblina,
ómo recordarías tus ocios, dulces, francos,
ando el corsé brutal oprimiera tus flancos,
ubieses de espigar tu cena en nuestros lodos,
perfume vendiendo de tus hechizos todos,
go el mirar, transida de relentes insanos,
endo, como fantasmas, cocoteros lejanos!



CHARLES BAUDELAIRE (París, 1821 - 1867). Poeta francés, uno de los máximos exponentes del simbolismo, considerado a menudo el iniciador de la poesía moderna. Hijo del ex sacerdote Joseph-François Baudelaire y de Caroline Dufayis, nació en París el 9 de abril de 1821. Su padre murió el 10 de febrero de 1827 y su madre se casó al año siguiente con el militar Jacques Aupick; Baudelaire nunca aceptó a su padrastro, y los conflictos familiares se transformaron en una constante de su infancia y adolescencia.

En 1831 se trasladó junto a su familia a Lyon y en 1832 ingresó en el Colegio Real, donde estudió hasta 1836, año en que regresaron a París. Continuó sus estudios en el Liceo Louis-le-Grand y fue expulsado por indisciplina en 1839. Más tarde se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de París, y se introdujo en la vida bohemia, conociendo a autores como G. de Nerval y H. de Balzac, y a poetas jóvenes del Barrio Latino. En esa época de diversión también conoció a Sarah «Louchette», prostituta que inspiró algunos de sus poemas y le contagió la sífilis, enfermedad que años más tarde terminaría con su vida.

Su padre adoptivo, el comandante Aupick, descontento con la vida liberal y a menudo libertina que llevaba el joven Baudelaire, lo envió a un largo viaje con el objeto de alejarlo de sus nuevos hábitos. Embarcó el 9 de junio de 1841 rumbo a la India, pero luego de una escala en la isla Mauricio, regresó a

Francia, se instaló de nuevo en la capital y volvió a sus antiguas costumbres desordenadas. Siguió frecuentando los círculos literarios y artísticos y escandalizó a todo París con sus relaciones con Jeanne Duval, la hermosa mulata que le inspiraría algunas de sus más brillantes y controvertidas poesías.

Como ya era mayor de edad, reclamó la herencia paterna, pero su vida de dandy le hizo dilapidar la mitad de su herencia, lo que indujo a sus padres a convocar un consejo de familia para imponerle un tutor judicial que controlara sus bienes. El 21 de septiembre de 1844 la familia designó un notario para administrar su patrimonio y le asignó una pequeña renta mensual, situación que profundizó sus conflictos familiares.

A principios de 1845 empezó a consumir hachís y se dedicó a la crítica de arte, publicando *Le Salon de 1845*, un ensayo elogioso sobre la obra de pintores como Delacroix y Manet, entonces todavía muy discutidos. Ante los primeros síntomas de la sífilis y en medio de una fuerte crisis afectiva, intentó suicidarse el 30 de junio de ese año. Más tarde publicó *Le Salon de 1846* y colaboró en revistas con artículos y poemas. Buena muestra de su trabajo como crítico son sus *Curiosidades estéticas*, recopilación póstuma de sus apreciaciones acerca de los salones, al igual que *El arte romántico* (1868), obra que reunió todos sus trabajos de crítica literaria.

Fue además pionero en el campo de la crítica musical, donde destaca sobre todo la opinión favorable que le mereció la obra de Wagner, que consideraba como la síntesis de un arte nuevo. En literatura, los autores Hoffmann y Edgar Allan Poe, del que realizó numerosas traducciones (todavía las únicas existentes en francés), alcanzaban, también según Baudelaire, esta síntesis vanguardista; la misma que persiguió él mismo en *La Fanfarlo* (1847), su única novela, y en sus distintos esbozos de obras teatrales.

Comprometido por su participación en la revolución de 1848, la publicación de *Las flores del mal*, en 1857, acabó de desatar la violenta polémica que se creó en torno a su persona. El 30 de diciembre de 1856, Baudelaire había vendido al editor Poulet-Malassis un conjunto de poemas, trabajados minuciosamente durante ocho años, bajo el título de *Las flores del mal*, que constituyó su principal obra y marcó un hito en la poesía francesa. El poemario se presentó el 25 de junio de 1857 y provocó escándalo entre algunos críticos. Gustave Bourdin, en la edición de *Le Figaro* del 5 de julio, lo consideró un libro «lleno de monstruosidades», y once días después la justicia ordenó el secuestro de la edición y el proceso al autor y al editor,

quienes el 20 de agosto comparecieron ante la Sala Sexta del Tribunal del Sena bajo el cargo de «ofensas a la moral pública y las buenas costumbres». Sin embargo, ni la orden de suprimir seis de los poemas del volumen ni la multa de trescientos francos que le fue impuesta impidieron la reedición de la obra en 1861. En esta nueva versión aparecieron, además, unos treinta y cinco textos inéditos.

Precedido de una dedicatoria en verso «Au Lecteur», desconcertante y penetrante apóstrofe, *Las flores del mal* está dividido en seis secciones: *Spleen e Ideal*, *Cuadros parisienses*, *El vino*, *Flores del mal*, *Rebeldía* y *La muerte*. En esta subdivisión ha querido verse la intención del autor de dar a la obra casi el riguroso dibujo de un poema que ilustrase la historia de un alma en sus sucesivas manifestaciones. Así, el espectáculo de la realidad y el resultado de las múltiples experiencias (que proporcionaron el tema a las poesías de la primera y de la segunda secciones) seguramente llevaron al poeta a una desolada angustia, que en vano busca consuelo en los «paraísos artificiales», en la embriaguez; después, a una nueva reflexión sobre el mal con sus perversos atractivos y su desesperado horror, de donde se origina un desesperado grito de rebelión contra el mismo orden de la creación; y, finalmente, el extremo refugio de la muerte. Sin embargo, aunque puedan reconocerse las etapas de su drama personal e incluso las anécdotas biográficas (sus amantes: Jeanne Duval, Madame Sabatier, Marie Daubrun), este diseño ideal debe entenderse solamente en su valor simbólico, no como una sucesión propiamente «histórica» de fases sucesivas.

El mismo año de la publicación de *Las flores del mal*, e insistiendo en la misma materia, Baudelaire emprendió la creación de los *Pequeños poemas en prosa*, editados en versión íntegra en 1869 (en 1864, *Le Figaro* había publicado algunos textos bajo el título de *El spleen de París*). En esta época también vieron la luz los *Paraísos artificiales* (1858-1860), en los cuales se percibe una notable influencia de De Quincey; el estudio *Richard Wagner et Tannhäuser à Paris*, aparecido en la *Revue européenne* en 1861; y *El pintor de la vida moderna*, un artículo sobre Constantin Guys publicado por *Le Figaro* en 1863.

Pronunció una serie de conferencias en Bélgica (1864), adonde viajó con la intención de publicar sus obras completas, aunque el proyecto naufragó muy pronto por falta de editor, lo que lo desanimó sensiblemente en los meses siguientes. La sífilis que padecía le causó un primer conato de parálisis (1865), y los síntomas de afasia y hemiplejía, que arrastraría hasta su muerte,

aparecieron con violencia en marzo de 1866, cuando sufrió un ataque en la iglesia de Saint Loup de Namur.

Trasladado urgentemente por su madre a una clínica de París, permaneció sin habla pero lúcido hasta su fallecimiento, en agosto del año siguiente. Su epistolario se publicó en 1872, los *Journaux intimes* (que incluyen *Cohetes* y *Mi corazón al desnudo*), en 1909; y la primera edición de sus obras completas, en 1939. Charles Baudelaire es considerado el padre, o, mejor dicho, el gran profeta, de la poesía moderna.

Índice de contenido

Cubierta

Las flores del mal

El poeta de «Las flores del mal»

Prólogo

Charles Baudelaire. Las flores del mal

Dedicatoria

Al lector

Spleen e ideal

I. Bendición

II. El albatros

III. Elevación

IV. Correspondencias

V

VI. Los faros

VII. La musa enferma

VIII. La musa pobre

IX. El mal monje

X. El enemigo

XI. La mala suerte

XII. Mi vida anterior

XIII. Caravana de gitanos

XIV. El hombre y el mar

XV. Don Juan, en los infiernos

XVI. Castigo del orgullo

XVII. La belleza

XVIII. El ideal

XIX. La gigantea

XX. La máscara

XXI. Himno a la belleza

XXII. Perfume exótico

XXIII. La cabellera

XXIV

XXV

XXVI. «Sed non satiata»
 XXVII
 XXVIII. La serpiente que danza
 XXIX. Una carroña
 XXX. «De profundis clamavi»
 XXXI. El vampiro
 XXXII
 XXXIII. Remordimiento póstumo
 XXXIV. El gato
 XXXV. Duellum
 XXXVI. El balcón
 XXXVII. El poseído
 XXXVIII. Un fantasma
 I. Las tinieblas
 II. El perfume
 III. El marco
 IV. El retrato
 XXXIX
 XL. «Semper eadem»
 XLI. Toda entera
 XLII
 XLIII. La antorcha viviente
 XLIV. Reversibilidad
 XLV. Confesión
 XLVI. El alba espiritual
 XLVII. Armonía de la tarde
 XLVIII. El frasco
 XLIX. El veneno
 L. Cielo nublado
 LI. El gato
 I
 II
 LII. El bello navío
 LIII. La invitación al viaje
 LIV. Lo irreparable
 I
 II
 LV. Conversación
 LVI. Canto de otoño
 I
 II
 LVII. A una madona

LVIII. Canción de siesta
LIX. Sisina
LX. «Franciscae meae laudes»
LXI. A una dama criolla
LXII. «Moesta et errabunda»
LXIII. El aparecido
LXIV. Soneto de otoño
LXV. Tristezas de la luna
LXVI. Los gatos
LXVII. Los búhos
LXVIII. La pipa
LXIX. La música
LXX. Sepultura
LXXI. Un grabado fantástico
LXXII. El muerto gozoso
LXXIII. El tonel de odio
LXXIV. La campana hendida
LXXV. «Spleen»
LXXVI
LXXVII. «Spleen»
LXXVIII. «Spleen»
LXXIX. Obsesión
LXXX. El gusto de nada
LXXXI. Alquimia del dolor
LXXXII. Horror simpático
LXXXIII. «El heautontimorumenos»
LXXXIV. Lo irremediable
I
II
LXXXV. El reloj
Cuadros parisienses
LXXXVI. Paisaje
LXXXVII. El sol
LXXXVIII. A una mendiga pelirroja
LXXXIX. El cisne
I
II
XC. Los siete viejos
XCI. Las viejecitas
I
II
III

IV

XCII. Los ciegos

XCIII. A una transeúnte

XCIV. El esqueleto labrador

I

II

XCV. El crepúsculo de la tarde

XCVI. El juego

XCVII. Danza macabra

XCVIII. El amor engañoso

XCIX

C

CI. Brumas y lluvias

CII. Sueño parisiense

I

II

CIII. El crepúsculo de la mañana

El vino

CIV. El alma del vino

CV. El vino de los traperos

CVI. El vino del asesino

CVII. El vino del solitario

CVIII. El vino de los amantes

Las flores del mal

CIX. La destrucción

CX. Un mártir

CXI. Mujeres condenadas

CXII

CXIII. La fuente de sangre

CXIV. Alegoría

CXV. La Beatriz

CXVI. Un viaje a Cyteres

CXVII. El amor y la calavera

Rebelión

CXVIII. La negación de san Pedro

CXIX. Abel y Caín

I

II

CXX. Las letanías de Satán

La muerte

CXXI. La muerte de los amantes

CXXII. La muerte de los pobres

CXXIII. La muerte de los artistas

CXXIV. El fin de la jornada

CXXV. El sueño de un curioso

CXXVI. El viaje

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Suplemento a Las flores del mal

I. Epígrafe para un libro condenado

II. Examen de medianoche

III. Madrigal triste

I

II

IV

V. El rebelde

VI. Muy lejos de aquí

VII. Recogimiento

VIII. El abismo

IX. Lamentaciones de un Ícaro

X. La tapadera

XI. La pipa de la paz

I

II

III

XII. La plegaria de un pagano

XIII. La luna ofendida

XIV. A Théodore de Banville

Los despojos

I. El ocaso romántico

II. Lesbos

III. Mujeres condenadas

IV. El Leteo

V. A la que es demasiado alegre

VI. Las alhajas

VII. La metamorfosis del vampiro

VIII. El surtidor

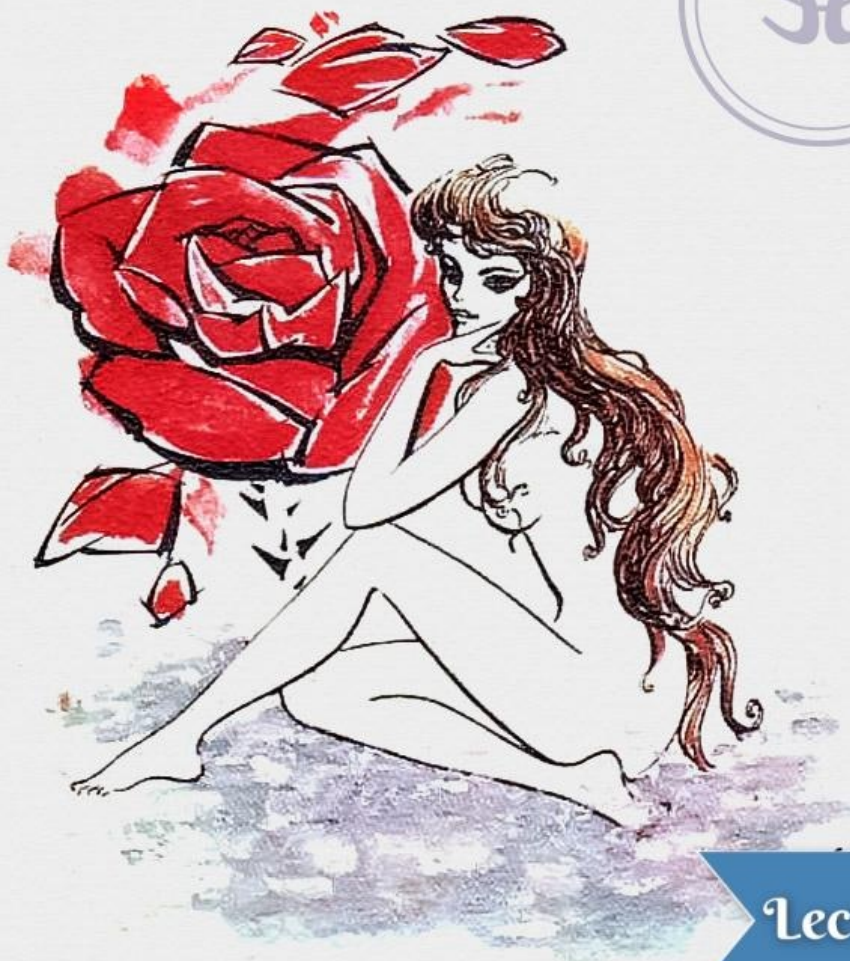
IX. Los ojos de Berta

- X. Himno
- XI. Las promesas de un rostro
- XII. Versos para un retrato de Honoré Daumier
- XIII. Lola de Valencia
- XIV. Sobre el Tasso en prisión
- XV. La voz
- XVI. Lo imprevisto
- XVII. El rescate
- XVIII. A una malabaresa

Sobre el autor

BAUDELAIRE

LAS FLORES DEL MAL



Lectulandia